

EL BARBERO DE PARIS.

Novela escrita en francés por el célebre Carlos

Pablo de Kock, autor de BIGOTES,

Y VERTIDA AL CASTELLANO

por D. Pedro A. O-Croovlen.

Casas puestas en montones,
Por todas las calles lodo,
Palacios codo con codo,
Puentes, iglesias, prisiones.
Tiendas bien ó mal surtidas,
Muchísimo majadero
Con polvos y sin dinero,
Otros que huyen del rondin,
No pocos perdonavidas
De ánimo cobarde y ruin.
Pages, lacayos, en fin...
Ruido continuo infernal,
Mucho rocin; mucho coche,
Sendo ladron por la noche,
Este es Paris; eh, que tal!

SCARRON.

TOMO II.

Imprenta de la Revista Médica, plaza de la
Constitucion, n.º. 11

CADIZ 1842.

EL BARBERO DE PARIS.

CAPITULO I.

¿Saldrá ella del aprieto?

CUANDO amamos con ardor y vemos acercarse el momento de hallarnos á solas con el objeto de nuestra pasión, solemos sentir una zozobra imposible de dominar; parece que tememos no poder resistir á nuestra dicha, ó recelamos que tan dulce esperanza á realizarse no llegue: es en especial cuanto amamos con todo el candor, con toda la buena fé de la adolescencia que la hora de la primera cita amorosa nos hace temblar tanto como lo haria la que sonase para avisarnos que partiésemos de aquellos lugares que mas gratos nos fueran. ¿Y por qué habrá de encon-

trarnos el momento de la felicidad tan dispuestos á suspirar y á temer? Pobres mortales! no parece sino que nos causa asombro el hallarnos felices!... Esta sensacion, empero, pasa con los años y embótase con la experiencia; entónces esas mismas citas encantadoras dejan de causarnos la misma emocion; las consideramos como unas meras distracciones, y nos reimos de esa inquietud, de esos embarazos que acompañan á nuestras primeras tentativas en pos del bello sexo. Ingratos! nos mortificamos de lo que constituyó nuestra dicha! de esas dulces sensaciones que se disiparan como cualquiera otra ilusion de nuestra edad juvenil; pareciéndonos entonces á la zorra de la fabula. «Que lerdos andábamos á los diez y ocho!» solemos esclamar, «que atados nos veíamos en las entrevistas de entónces!... acudíamos á una cita, temblando como las ojas del álamo; qué diferencia á lo que hoy nos sucede!... ahora corremos á despachar un negocio de esta clase, bailando y riendo: y vamos en derechura al grano... somos cien veces mas amables que e ntonces! si, pero á todos esto nuestros cabellos empiezan á encanecer, nuestro vientre á redondearse, y encada estremidad de nuestros ojos sediseñan las arrugas de la maldita pata del gallo.»

Si el acercarse la felicidad anhelada largo tiempo causa en amor una inexplicable zozobra, ¿cual deberá ser el estado de nuestro corazon cuando de repente, y sin haberlo ni aun esperado, nos vemos próximos á conseguir el favor mas delicioso? Tal era la situacion de Urbano. Amaba á Blanca con toda la embriaguez que se experimenta á los diez y nueve años de edad, para con la

primera querida, y hallábase á las once de la noche, á solas con el objeto de su ternura, en una pequeña alcoba, distante de todo oído profano, mientras la amable niña acababa de correr el cerrojo, y disponíase á desnudarse para meterse en la cama. ¿Cuál es el amante que en circunstancias tales pudiera conservar sus sentidos? Pobre Blanca! tu situación me hace estremecer!... Verdad es que tienes un talisman, pero yo no me fio demasiado de su virtud, especialmente si vuelves á enseñarle á Urbano la ballena de tu corsé.

El joven bachiller, trémulo, cortado, suspirante, y completamente mudo, se quedó en pie arrimado á un rincón del cuarto, mientras que Blanca mu-llia el lecho, iba y tornaba saltando y riéndose, hasta que comenzó á desnudarse.

—Oh cielos! decía para sí Urbano, quien se estremecía, sonrojaba, y ponía la vista en el suelo; después atreviéndose á mirar á Blanca de cuando en cuando, proseguía su soliloquio.—Valgame Dios! ¿que haré? ¿No debo ahora declararme, darle á conocer quien soy, implorar mi perdón, y confesarle mi cariño?... Oh! sí, sí; ya llegó el momento... y sin embargo, si semejante descubrimiento llegara á ofenderla... ó si me lanzase de su habitación... si sus gritos trajesen gente á su socorro, lástima sería, cuando aun puedo, continuando mi engaño... participar de su lecho,..... oh! no,... esa fuera una villanía... pero, valgame el cielo! que linda es!..., cuantos encantos posee! Ab! no quiero mirarla!

Y á pesar de eso mirábala al soslayo, el bribon-

zuelo; pero mientras mas la contemplaba, mas sentia debilitarse su razon, pues á cada momento parecia mas hechicera la jóven; y ya el estrecho corsé que aprisionara su bien cincelado talle, iba á verse depositado al lado de su tarima.

Detúvose en esto Blanca... y á fé que era ya tiempo. Miró á Urbano que permanecia inmóvil y en pie, embutido en su rincon y mudo como una estatua.

—Y bien, Ursula ¿por qué no te desnudas? dijo la jóven acercándose al bachiller.

—Es que... señorita... yo temo... no sé...

—Y que es lo que te espanta? ¿tienes miedo de acostarte conmigo, Ursula?

—Miedo!... oh si, señorita!... conozco que tengo miedo.

—Vaya! aqui tenemos á otra Margarita!... ¿y yo que soy la mas jóven, he de ser la mas valiente? Verdad que el viento muge tanto... pero no nos llevará... no tengas recelo... Ah! y como tiembla! ¿Es posible, Ursula, tu que te ibas todas las noches hasta la puerta de San Antonio, estás temblando al verte conmigo dentro de mi vivienda?

—Oh! eso es muy distinto!

—¿Es por que Margarita se ha llevado tatalisman?... no tenemos el mio?... Toma! míralo! cuando me quito el corsé, lo pongo debajo de la almohada pues mi chacha dice que es durante la noche cuando mas falta me hace la reliquia, y que cuando están las muchachas acostadas es entonces que vienen á atormentarlas los brujos... ¿no es verdad, Ursula? ¿Han intentado alguna vez atormentarte por la noche?

—Si... no, señorita.

Ya no sabia Urbano que decir, pues á pesar suyo ibánsele los ojos hácia el pequeño talisman, que parecia ser la serpiente en el árbol del bien y del mal, para hacerle caer en la tentacion.

—Estas tiritando, Ursula, nos hallaremos mejor en la cama, allí estaremos mas abrigadas. ¿Quieres que te ayude á desnudar? vaya, y que suspiros!

...¿Qué congoja tienes?... vamos cuéntame la causa de tu pesadumbre. Es tan dulce tener una amiga!... y decirle todo cuanto nos pasa!... Vamos á ver! primero te quitaré esta escofia que te tapa toda la cara. Estoy segura que la mia te sentará mejor. Luego te la probarás... pero siéntate, eres tan alta, Ursula, que apenas te alcanzo á la cabeza.

Dejóse conducir á una silla el jóven bachiller; sentóse, y la inocente niña, puesta en pie delante de él, empezó á quitarle los alfileres que le sujetaban la escofia, y los poblados rizos de color castaño. Urbano permitió que le descubijase la sencilla Blanca, pues ya estaba resuelto á darse á conocer. Ademas que tarde ó temprano seria preciso que supiese la verdad, y ahora todo su anhelo se dirigia á no asombrarla, para cuyo fin iba preparando poco á poco la metamorfosis.

Despréndese la última horquilla, quitale Blanca la escofia, y los bucles castaños del mozuelo se escapan por todos lados, y caen sobre su frente y cuello. Lanza un grito la jóven, y detiénese sobrecogida. Temeroso Urbano de que no intente huir, le ciñe suavemente el talle con ambos brazos.

—Ah! que raro es esto! dijo por fin Blanca, mirando siempre á Urbano con asombro: tus cabellos no son de veras como los de todas las mugeres que he visto!... ¿Se estila en Verberie llevarlos de esa manera?

—Si, señorita.

—Mientras mas te miro... sabes, Ursula, que mas bien tienes aspecto de hombre con ese peinado.

—No es la primera vez que me lo han dicho, señorita.

—Oh! pero vaya una cosa admirable!... tienes puesto el cabello como lo llevan todos los hombres que veo pasar por la calle!

—¿Y os desagrado por eso?

—No: y sin embargo... me hace un efecto muy singular.

—¿Y si yo fuese un hombre, os enfadaríais?

—Calle! creo que si: pues que ya no podrias ser mi amiga... ya no fuera posible denominarte mi hermana.

—Ah! Blanca; si yo fuera un hombre, seria vuestro amante; si, el amante mas tierno, el mas leal... Os querria con amor verdadero, y este es mucho mas dulce que la amistad. Entónces, toda vez que participaseis de mi ternura, ¿existiria acaso un mortal mas dichoso que yo?

—Querida Blanca! ¿habrá sobre la tierra un bien mas precioso que el de poseer vuestro corazon?... Por conseguirlo daria yo con gusto la mitad de mi existencia.

Mientras así hablaba, ya Urbano, arrastrado del amor, no hacia por disimular su voz mientras

sus brazos ceñían siempre la cintura de Blanca. Conmovida la jóven, dejóse caer sobre las rodillas del bachiller, pronunciando con voz apagada:

—Válgame Dios, Ursula, no digas esas cosas; pues me agitan sobremanera... No sé lo que tengo, Me estan dando ganas de llorar... ¿á qué decir embustes? ¿hablar de amor, de amantes?... Ursula me han dicho que es muy feo conversar de esas materias... Ah! Dios mio! desde que te he quitado la escolia me da miedo de mirarte!

—Blanca... Blanca querida!

—Vaya, y que bien hace el papel de hombre!... eso me da miedo: Ursula, por favor, vuélvete mujer, como antes.

—No Blanca no quiero seguir engañándote... Es un hombre, es el amante mas tierno quien está á tu lado.

Por un movimiento repentino, levantóse Blanca, y se huyó al otro estremo del aposento. No procuró detenerla Urbano; pero arrojándose á sus pies tendia las manos hácia la jóven, y parecía aguardar su perdon; mientras ella le miraba mas bien con sorpresa que con asombro.

—Qué? ¿sois un hombre? dijo al cabo de un momento la amable niña.

Si, señorita.

—¿Y estais seguro de ello?

—Y tanto.

—Ay Dios mio! no os llegueis á mi, os lo suplico.

—Ah! no tembleis; miradme á vuestros pies, el mas sumiso de los amantes.

—De los amantes! yo no sé lo que eso significa.

—Fué para conseguir hablaros, y haceros conocer toda la estension del amor que inspirado me hubisteis, que me atrevi á tomar este disfraz, sin tal arbitrio, como hubiera yo podido introducirme hasta vos, á quien tienen aprisionada en este cuarto.

—Ah! no vuelvo de miasombro... yo no deberia escucharos; por supuesto que no! ¡y decís que os enamorasteis de mí?

—Fué al traves de estos vidrios que os vi por la primera vez; estabais al parecer escuchando con deleite á unos cantores que acababan de pasarse debajo de vuestra ventana; volví á la noche y canté en el mismo lugar el romance que tanto os gusta.

—¡Fuisteis vos! exclamó con regocijo Blanca, y ya, olvidando su primer susto, miró á Urbano con completa seguridad. Su corazón inocente y puro no comprendía todos los peligros de su situacion; otra jóven, mas esperta, hubiera gritado y hecho muestra de furor, pero Blanca, cuya alma desconocia todo disimulo, manifestó al bachiller la misma confianza que antes, porque no se le ocurria un solo pensamiento de que pudiera sonrojarse,

—Como! fuisteis vos? repitió ella, oh! ved ahí porque hallaba yo tanta similitud en la voz vuestra... Pero no está bien, caballero, el haberme mentido... Yo, quien creia que erais Ursula; que os amaba como á una buena amiga! ¿Puedo acaso quereros ahora?

—¿Y quien lo impide? siempre que yo no os desagrade.

—Oh! no me desagradais!... y aun me pare-

«eis mejor sin escofia... pero no es lícito amar á un hombre...

—¿Y por qué razon, cuando ese hombre pretende ser esposo vuestro?

—Dice Margarita que todos los hombres son unos engañadores... Además que el diablo suele tomar esa forma, y si no cuando se le apareció á la bruja de Verberie... Ay Dios mio! si fuéseis el demonio!

—Ah! Blanca, que pensamiento!

—Pero no; teneis la voz muy dulce... luego no sois completamente negro... y tampoco teneis uñas.

—Llámome Urbano Dorgeville; mis padres fueron personas de honradez y viso; hállome huérfano... Mi fortuna es corta, pero cuando se ama de veras poco se necesita para ser dichosos. Querida Blanca! ¿me perdonareis?

—Me llama querida Blanca! vaya una ocurrencia! ¿Y si yo no os perdona, que os sucedería?

—Veriame reducido á la desesperacion, y no me quedaría otro refugio que la muerte!

—Oh! yo no quiero que os murais, exclamó la sensible doncella, y os perdono porque mucho me penaria causaros congoja.

—Es posible! dijo Urbano levantándose con celeridad, y allegándose á Blanca; todavia hizo la jóven otro movimiento de asombro; mas reponiéndose al instante; sonrióse é hizo una seña á Urbano para que se le sentase junto. El feliz bachiller colocó su silla pegada á la de Blanca, y apoderóse blandamente de una de las manos de la sencilla jóven, quien no hizo movimiento alguno para retirarla.

—¿Con que me perdonáis el que os ame? díjole el mancebo mirándola con ternura.

—¿Calle! preciso es que así sea, pues sino os moriríais si os lo prohibiese.

—¿Y vos me amareis también?

—Ah! no lo sé... mucho amaba yo á Ursula!... pero á vos! ¿no podrá ser del mismo modo, no es verdad?

—Ah! mucho mas dulce seria eso!

—¿Creeis que sí?

—Seguro estoy por lo que en este instante experimento.

—¿Y os consideras feliz ahora?

—Sí, muy feliz!... pues que ya no os causo espanto, ¿digo bien?

—Ya no os tengo miedo, no... ¿pero á que me apretáis tanto la mano?

—Quisiera apretarosla siempre... tenerla sin cesar sobre mi corazón.

—¿Y es esa una prueba de amor también?

—Sí, Blanca, pero si eso os incomoda; voy á soltar vuestra mano querida.

—Oh! eso no me incomoda; lo que tiene es que abrasa vuestra mano, y quema tanto la mia!... sin embargo, tiritáis, ¿es por ventura el amor lo que produce semejante contrariedad?

—Sí, me abrasa, me consume!

El jóven bachiller, á fin de calmar sin duda el fuego que le devoraba, arrimó los labios á la mano de la jóven; y cubriósela de besos. Dejó ella que se despachara á su placer; mientras las miradas apasionadas de su amante comenzaron á introducir en su alma un disturbio desconocido. Han-

diásele el seno con mayor frecuencia, suspiraba y decía balbuciente:

—Ursula! Ursula! válgame Dios, no sé lo que me pasa... pero tengo miedo de que se me pegue vuestra dolencia; ved aquí cual tiritito como vos?... Ah! mi talisman! mi talisman!

Pobre Blanca! ¿que es lo que haces?... al pretender acudir á lo que crees será capaz de preservarte de todo mal, vuelves á enseñar aquellos tesoros secretos contra los cuales habrá de estrellarse el juicio de un débil mortal, y ha tiempo que á Urbano le costaba trabajo conservar algun viso de moderacion. Mientras juraba interiormente abstenerse de todo ataque contra la virtud de la jóven; estrechaba fuertemente entre sus brazos á la inocente, suplicándola que no temblase. Blanca admirada no le rechazaba de sí, pues que el esceso de la inocencia tienen tambien su peligro;... pero en aquel instante se oyeron violentos golpes á la puerta del cuarto, y la terrible voz del barbero pronunció en recios acentos las siguientes palabras:

—Abre, Blanca, abre la puerta que yo te lo mando!

Quedóse hecho un mármol el jóven bachiller permaneciendo Blanca inmóvil entre sus brazos que aun le ceñían la cintura.

CAPITULO II.

¿Quién la hubiera pensado?

EL bofetón que Urbano aplicára á las quijadas de Chaudoreille habian aturdido de tal suerte al hombrezuelo, que por un instante se quedó viendo las estrellas apoyado sobre el guardacantos sin saber donde se hallaba; pero, luego que se tranquilizaron sus espíritus, enderezose con cierta especie de resolucion; y despues de haberse llevado una mano á la megilla que aun le echaba fuego, exclamó:

—No, por vida de Chápiro! no habrá de decirse que Venus se retrajo de los asaltos de Marte, y este bofetón ha de costarle un ojo á su virtud.

Inmediatamente se puso á dar caza á su Venus, la que se alejaba, saltando los caños, pero los ojillos escudriñadores de Chaudoreille no tardaron en seguir la pista del marimacho, mientras Urbano, llegado á la casa del barbero, entraba en el zaguan que le abriera Margarita.

Chaudoreille conocia demasiado la casa de Touquet, para que la distancia que mediaba entre él y la fingida lugareña le sirviese de estorbo á fin de reconocer el lugar de su retirada. No fué sin extrema sorpresa que nuestro *cazador de gangas* advirtiese que el objeto de su persecucion se habia refugiado en los penates de su amigo el barbero.

Acercóse al pasadizo, presumiendo que se habia quedado abierto por descuido; pero encontrólo cerrado; además, que como la persona á quien seguía no titubeára un momento en la eleccion de su retiro, no cabia duda de que su intencion era desde luego dirigirse á casa de Touquet. Este suceso dió hilo á sus conjeturas, escitando vivamente su curiosidad: determinó vigilar de cerca la casa hasta que saliese de ella la persona que habia entrado, y paseóse arriba y abajo desde la calle de Malas Palabras hasta la de San Honorato.

Mas pasábanse las horas, y en vano hacia centinela Chaudoreille, con los ojos fijos en la barbería y reparando que la luz continuaba ardiendo en el aposento de Blanca. Bien pronto comenzó á llover á chuzos, y el viento á soplar con vehemencia; pero el valenton, aunque debilmente guarecido por un tingladete debajo del cual se refugiára, no pensó en ceder el puesto, y embo-

zándose lo mejor que pudo en su capilla, decia para su sayo:

—Ella ha de salir por fuerza! que diantre!... á no ser qué... ¿Si será la querida del barbero?... Ah! por vida mia, preciso es que yo desenrede este enigma... Y hay siempre luz en el cuarto de mi hermosa discipula... Hem!... tengo ciertas sospechas... Aquella maldita bofetada traia una fuerza que me hace recelar que mi Venus era barbuda... Paciencia... ó ella sale, ó yo me cuelo tambien.

Desgraciados amantes! mientras experimentais placeres tan deliciosos al hallaros juntos, mientras empezais á entenderos, y á trocar tiernas miradas, en las que Blanca ha olvidado ya sus zozobras, estais muy léjos de imaginaros que á pocos pasos de distancia un hombre maldito tiene los ojos clavados en vuestra ventana, y se propone interrumpir vuestra dicha... y todo esto porque el feliz éxito de su truhaneria, el vino blanco y las gracias postizas del bachiller le han trastornado los sesos al espadachin.

Ya hace largo rato que han dado las once; sabemos muy bien lo que pasa arriba, vamos ahora á ver lo que sucede abajo.

Chaudoreille, no pudiendo contenerse mas, se resolvió á llamar á la puerta del barbero. Los amantes no oyeron el aldabonazo, porque entonces se hallaba Urbano besándole la mano á la jóven, y cuando se está absorto en ocupaciones tan dulces no se oye lo que pasa en la calle. Margarita roncaba de un modo que no daba á entender miedo ni pismo. A la verdad se habia dormido con el precioso talisman puesto sobre el lado del cora-

zon, pero habiase vuelto entre sueños, y la reliquia mudando de lugar, habia ido bajándose poco á poco por su espalda hasta llegar á un sitio donde no se acostumbra guardar objetos tan devotos.

Pero el barbero no dormia; fuese por causa del huracan, del ventarron ó de otro motivo cualquiera, el maese Touquet, á quien rara vez contemplaba la noche reposando en paz sobre el lecho, no habia subido aun á su cuarto, y paseábase con pasos lentos en su trastienda, siempre sombrío, siempre pensativo y murmurando por intervalos.

—Maldita noche!... ¿por qué estas sombras perturbaban mi descanso? Luego que desaparece el dia, renacen mis tormentos... ORO tengo... si, tengo ORO... y no puedo disfrutar una hora de sueño!... Ah! voy á vender esta casa!... me trasladaré á lugares distantes de aqui... si, muy distantes!..... volveré á ver mi pais natal; y á mi padre; si existe todavía... Se admirará mucho el buen anciano del súbito cambio de mi fortuna... Maldijome cuando abandoné mi lugar... pero solicitaré su perdon... si, me perdonará mis primeras faltas, al verme rico y considerando;.. No le diré empero de que modo he llegado á adquirir este caudal.

Aquí una amarga sonrisa arrugó los pálidos labios del barbero, quien volvía á sumirse en sus reflexiones, cuando un recio aldabonazo le sacó de su distraccion.

Respingó Touquet, pero al instante, cual si se avergonzara de su debilidad, tomó su velon, y se dirigió con premura hacia la puerta. A nadie esperaba tan á deshora; mas presumió que el marques de Villebelle, hallándose en aquel barrio, ven-

dria en su busca para alguna intriga amorosa.

Cuando estuvo cerca de la puerta reconoció la voz de Chaudoreille quien le gritaba.

—Abre Touquet, abre, y no tengas miedo, que soy yo; pero tengo que hablarte con precisión.

Franqueóle la entrada el barbero, y Chaudoreille, cuyos vestidos empapados en agua se adherían de tal suerte á su flaca humanidad que parecían haberle quitado tres pulgadas de su bulto naturalmente asaz acartonado, entró en el pasadizo envuelto hasta las narices en su diminutiva capota; y haciéndose un ovillo cual si temiese achocarse con la rejilla colocada sobre el marco de la puerta.

—¿Qué diablos te trae por acá á estas horas, dijo el barbero, corriendo el cerrojo, mientras el Gascon miraba hácia el remate del zaguán para ver si descubría á alguien.

Por último, poniéndose un dedo en la boca; pronunció á media voz.

—¿Estás solo en este momento?

—Si que lo estoy.

—¿No tienes á nadie de fuera?

—A nadie te digo.

—Pues entonces me precisa hablarte.

Entró el barbero en la sala baja, á donde le siguió Chaudoreille, andando siempre de puntillas, y mirando á derecha é izquierda cual si buscara á alguien.

—Vamos! ¿acabarás de reventar ahora? le dijo Touquet. ¿A que viene esta visita cerca de la media noche? ¿Juzgas que estoy dispuesto á ofre-

certe una cama? todavía hay sendos garitos abiertos en Paris y en alguno de ellos no te saltará guarida; pero mi casa no dá asilo á borrasqueros.

Sin parecer desconcertado, escuchó Chaudoreille á Touquet sacudiendo su sombrero y torciéndose la capa á fin de secarla algun tanto; pero se sonrió al oír las últimas palabras del barbero, y respondióle así:

—Tu casa!.. tu casa! vive el mengue!... bien haces de echar plantas con tu casa bendita!... no tardaremos en saber si sirve de albergue á alguna persona sospechosa.

—¿Y que quiere decir eso? exclamó Touquet con acentos de cólera.

—Chiton! nada de ruido! te ruego que no despiertes al gato que duerme.

—Chaudoreille! la paciencia me falta!... habla!... ¿qué es lo que quieres?... ó por vida de todos los demonios del infierno!...

—Cachaza, camarada! conque vengo á prestarte un buen servicio, y la hechas de buche... poco á poco pues no hay para que enfadarse. Escúchame; pero te ruego no te vayas de los estribos, porque eso me haría perder el hilo de mi arenga.

Hizo el barbero cuanto pudo para detenerse, y Chaudoreille despues de haber restregado con la manga las alas del chambergo para sacarle lustre, empezó su relacion, aunque muy de quedo.

—Fuime esta mañana á la feria de San German; encontrábame sin dinero; casualidad que me sucede bastante amenudo; tenia ayuna la panza desde ayer.

—Pero bien se conoce que despues has comido y bebido.

—Muy cierto; gracias á mi ingenio! iba yo haciendo reflexiones asaz tristes sobre la inestabilidad de los lances del truquiflor, lo engañoso de los cientos, y la falsedad de las contrajudias.

—Ganas me estan dando de hacerte unas cuantas sobre lo inquebrable de una vara de acebuche.

—Chiton! no me interrumpas!... Columbré en la feria á dos camuesos... á unos pàrvulitos, estás?... con aquellas caras de sopa en leche, verdadera ganga para nosotros hombres de industria. Los bobonazos estaban jugando á las bochas.

—Por vida de mi abuela que esto es abusar de la paciencia de Job!

—Todo esto tiene íntima conexi3n con el asunto que te interesa. Acerqu3me á aquellos mandrias, y enseñeles un nuevo golpe que ignoraban los pobretes... Para abreviar, comimos juntos, y solo les llev3 un peso por la leccion, lo que me parece bastante razonable; verdad es que si se hubieran rechillado me los ensarto á los dos en Rolanda como á un par de cuines!... No patees, Touquet, que ya va llegando la catástrofe. Volviame bastante templado, y cantando segun mi costumbre, cuando top3 en la calle con una lugareña que me pareció cosa de gusto, aunque la dibuj3 poco... pero era la chica de estas zaranderas, quebrada de cintura... alta, y hembra de rollizas muñecas. Subióseme la sangre al punto de hervor, seguila... díjete cosas muy finas... pero ¿lo creerias tu? callaba la maldita como si hubiera tenido la lengua hecha de barro; volví á la carga pero ni por esas: acerqu3me empeñado en

palparle el delantal para cerciorarme de que tela era... mas ay! amigo mio: entonces la chica me regaló una bofetada de aquellas que dejan memoria.

—A fé mia que hizo perfectamente: acaba en hora menguada tu parleria si no quieres recibir una segunda edicion de la misma obra.

—Aturdido por un momento, vuelvo pronto á recobrar mis espíritus, persigo á la traidora, y véola entrar... ¿á dónde? en tu propia casa.

—¿En mi casa?... Vamos; eso es imposible! te habrás engañado.

—No me he engañado, vive Júpiter! ¿conoceré yo estas puertas?... Entróse por el pasadizo, que al momento volvieron á cerrar.

—¿Y qué hora seria entonces?

—Las siete poco mas ó menos, y te aseguro que no ha vuelto á salir, porque no me he movido de la acera de enfrente.

—¿Qué dices, miserable? esa muger se halla en mi casa desde entonces, y ahora es cuando vienes á decirmelo?

—¿Y qué quieres que hiciera?... encontrábame indeciso... y entre nosotros, creí que la chica seria cosa tuya... pero notando que la luz no dejaba de arder en el cuarto de mi discípula... se me ocurrió que...

—¿Y habia luz en el aposento de Blanca?

—Si, por mi alma, y aun la hay en este instante... por lo que concluí...

Levantóse bruscamente el barbero, encendió otro velon, armo de su puñal, y tomó la escalera diciendo á Chaudoreille:

—Quédate aquí y aguárdame.

—Como! ¿no quieres que te acompañe?

—Quédate aquí te digo; pero si me has engañado, tiembra! tu castigo será proporcionado á mi cólera!

—Llévete el diablo! dijo Chaudoreille, embu tiendose en un rincon de la sala: vengo á prestarle un buen servicio, y si no encuentra el cuerpo del delito desfogará sobre el mio todo su enfado,... vaya una bofetada que puede parir una nube de coces y de palos.

Subió Touquet con rápidos pasos hasta la habitacion de Blanca, llamó á la puerta, mandando que se le abriese, y ya hemos visto el efecto que produjeran sus palabras inesperadas en la jóven pareja encerrada dentro de la vivienda.

Permaneció inmóvil el bachiller mientras sus brazos ceñían aun la cintura de la doncella que estaba medio desnuda, y al momento se hizo cargo de todas las sospechas que habia de producir el que se le hallase en semejante situacion. Blanca, inocente y pura, aunque su virtud estaba muy próxima á chamuscarse, iba á ser juzgada como culpable, y la culpa era de él... ¿Y como impedirlo? Todos estos pensamientos, rápidos como el relámpago, pasaron por las mientes de Urbano antes que el barbero llamase por segunda vez y con mayor fuerza, reiterando con voz amenazadora la orden que ya habia fulminado.

Miró Urbano á la chimenea, que le pareció el solo medio de sustraerse de la requisa; ya iba á correr á ella, cuando le detuvo Blanca, quien recobrada ya de su primera sorpresa, le dijo con una serenidad que le admiró:

—¿A donde vais?

—A esconderme.

—No, no debeis hacer eso... ¿por qué no habremos de decir la verdad?

—Ah! Blanca, ¿y si me encontrasen con vos á solas y de noche?

—Bien! á nadie hemos ofendido... mas vale confesar de plano que mentir.

Y la amable niña acudiendo á la puerta, descorrió el cerrojo y abrió al barbero. Precipitose este dentro del cuarto, y sus primeras miradas se fijaron en el bachiller que estaba inmediato á la chimenea. Miróle Touquet un solo instante; pues bastóle para reconocer á Urbano, y desenvainando su puñal, lanzóse sobre él y gritó:

—Miserable! con la vida vas á pagar ahora tu temeridad!

Permaneció Urbano inmóvil, y parecia desafiar el furor de Touquet; mas al ver brillar el arma homicida, dió un alarido Blanca, y aun mas pronta que el barbero, corrió á colocarse delante de Urbano, á quien cubria con su cuerpo, mientras elevando las manos para contener á Touquet, le decia con unos acentos capaces de derretir el corazon mas feroz.

—Ah! padrino de mi alma! no hagais daño al pobrecito!

Poco faltó para que el puñal del barbero rasguñase el seno de la jóven, pero la exclamacion de esta tenia cierta cosa tan conmoviente y en sus facciones tan dulces y nobles, se imprimia una espresion tan angelical que el barbero mismo no pudo resistirla. Sus furias dieron muestra de

aplacarse; dejó caer el puñal á tierra, y pronunció con voz menos adusta.

—Este hombre te ha ultrajado, y era á ti quien yo queria vengar..... Me pides su perdon?... está muy bien... no le heriré.

—Qué! dijo Blanca con acento de sorpresa. Qué! padrino, ¿es por mí que pretendiais hacerle mal á Urbano?..... Ah! hubierais sido muy injusto: decía que el me ha ultrajado? no, Señor, no; yo os lo juro... Confesóme que mucho me amaba, que pretendía amarme toda su vida; pero eso en nada me ultrajaba, pues, cuando llamasteis á la puerta, creo que yo iba á decirle que le queria tambien... ahora veis que vuestra ahijada era tan culpable como él, y entonces preciso fuera que á entrambos castigaseis.

Las expresiones de Blanca llevaban consigo un sello de verdad á que era imposible resistirse. Miraba con asombro el barbero alternativamente á los dos amantes; bien se traslucía en sus ojos que, á pesar de las apariencias, juzgaba Tonquet que su protegida se mantenía tan pura como siempre. Sin embargo, el desorden que en el aposento se advertía, la desnudez de la muchacha, y el traje de Urbano que participaba del de uno y otro sexo, todo parecía confundir sus ideas.

—Escuchad! dijo Blanca; vais á saber toda la verdad. Urbano tiene una leve parte de culpa; hace quince dias que viene á verme todas las noches, pero cual si fuese una chica. Solo hace unos momentos que sé su sexo verdadero. Al principio tambien yo me enfadé, pero en fin le he perdonado... este Urbano tiene una cara tan hechicera...

luego, yo amaba muchísimo á Ursula, y esto hacia que le quisiese de antemano... Dice que pretende ser mi amante, mi esposo; que no puede vivir sin mí, que depende de vos hacernos felices para siempre... Ah! ¿consentireis en ello, no es verdad, padrino? ya mucho habeis hecho por mí; dadme por esposo á Urbano, y os prometo que jamás habré de pedir os otra cosa.....

El barbero al escuchar á Blanca, decia entre dientes:

—Hace quince dias que está viniendo todas las noches!... y por una estraña casualidad no lo he descubierto hasta hoy... y eso que yo pensaba guardar facilmente á la niña!... frustrar las empresas de sus galanes!

—Señor, dijo Urbano, quien hasta entonces habia guardado silencio; confieso todos mis yerros: solo el amor podrá alcanzarme la venia; pero yo adoraba á Blanca, á quien habia columbrado por los vidrios de esta ventana, al paso que no permitiais se le acercase hombre ninguno. Intenté trabar relaciones con vos, pero el modo con que me recibisteis, ne me dejó la mas leve esperanza. Ya solo consulté mi amor. Gracias á este disfraz, burlé á la vieja Margarita, quien consintió en introducirme acá. Vi á Blanca., ¿y como renunciar á la esperanza de poseerla? Engañéla asi como á la añosa dueña, bajo el nombre de Ursula; y á merced de algunos cuentos curiosos logre divertir á la sencilla camarera. Disfrutaba yo de mi felicidad, sin osar descubrirme todavia; hasta que hoy mismo, la tempestad... la lluvia que con tanta violencia se desplomaba... y lo avanzado de la hora

les obligaron á instarme pasase la noche bajo esta techumbre.

—Si, añadió Blanca, con celestial sonrisa, iba á acostarse conmigo; yo misma fui quien á ello le invité...

Frunció las cejas el barbero, y lanzó al jóven una mirada de enfado. Precipitóse Urbano á sus pies diciendo:

—He respetado su virtud, su inocencia. Ah! señor ¿no os conmoverá la pasión que profeso á esta veldad?... Si, adoro á Blanca; concededme su mano, ó quitadme la vida, que sin ella me seria insoportable.

—¿Le ois, padrino? dijo Blanca; se ha empeñado en morirse si no llega á ser su esposa... Y yo si él se muriera, siento que mi pesar no tendría límites.

Hacia muestra el barbero de escuchar á Urbano, sin que nada le conmovieran sus ruegos, cuando repuso el jóven bachiller:

—Me consta, caballero, cuanto habeis hecho á favor de Blanca... su padre murió asesinado; quedóse ella huérfana, sin apoyo ninguno, y os debe todo...

—Qué! dijo Touquet; quien habia prestado alguna mas atención á las últimas palabras de Urbano, ¿sabeis por ventura?...

—Si señor, sé cuanto concierne, al ídolo de mi adoracion; la jóven no tiene padres; ni posee bienes ningunos; pero es su persona tan solo lo que os pretendo. Demasiado habeis hecho ya por ella... Dadme á Blanca: ella basta para mi dicha. Yo tambien soy huérfano, mi familia era honrada y apre-

ciable; pero mis padres han muerto. Llámome Urbano Dorgeville; gozo de 1200 libras de renta, y poseo ademas una casita de campo en las márgenes del Loire. Allí iré á vivir con Blanca, lejos del tumulto de la ciudad, y de uu mundo que no queremos canocer: en ese retiro pasaremos en paz y amor unos dias cuya felicidad se habrá asegurado en virtud de vuestro consentimiento.

Púsose el barbero á reflexionar profundamente; levantóse y comenzó á dar pasos largos por el aposento, con la cabeza caida en el pecho y los brazos cruzados. La esperanza y la curiosidad se pintaban en las miradas de ambos amantes, que esperaban ansiosos su respuesta; en fin, parándose Touquet se espresó asi:

—Sois huérfano? y enteramente dueño de vuestras acciones:

—Si, señor.

—¿Y nadie llevará á mal que os caseis con una huérfana, sin bienes de fortuna, y cuya familia, como lo sabeis, nos es desconocida del todo?

—Oh! nadie, os lo repito, puede contrariar mis voluntades.

—¿Ni vos mismo hareis jamas la pesquisa mas leve para conseguir indicios sobre la familia de Blanca, lo que ademas seria infructuoso del todo?

—¿Y que me importa su parentela?... ella por si equivale un tesoro.

—E ireis á vivir con ella léjos del Paris, lejos del mundo?

—Si, pues pondré todo mi conato en bastar por mi mismo á su felicidad.

—Oh! Dios mio! bien sabeis, Urbano, que ja-

mas he salido de este aposento, donde no veía sino á Margarita. Si yo viviese con vos en el campo, que otra cosa podría apetecer?

—Querida Blanca! juntate conmigo para obtener el consentimiento de vuestro protector.

—Fijaron los dos jóvenes en el barbero sus ojos deprecantes, sin mirarle este parecia hallarse absorto en sus reflexiones; en fin, parándose súbito delante de Urbano, pronunció en voz breve:

—Blanca es vuestra...

—¿Será posible? exclamó el bachiller transportado á la cumbre de la dicha, Blanca! ¿habéis oído? tu padrino consiente en nuestra ventura!

—Ah! padrino de mi alma! cuanto os lo agradezco!

Y los dos amantes cayeron de rodillas á los pies de Touquet, con los ojos bañados en lágrimas, pues que rebozaban sus corazones de placer y reconocimiento.

—¿Qué haceis? dijo el barbero, avergonzado de ver á la joven pareja en actitud tan humilde. Levantaos... lo exijo.

—Sellaís nuestra felicidad, respondió Urbano, ¿y ni aun quereis recibir nuestra gratitud?

—Nada, nada de eso quiero; y solo pido sigilo y discreción!

—Ah! padrino amado! que bien hicisteis en no lastimar á Urbano... y que bien hizo éste en disfrazarse de muger! El fué quien cantó tan dulcemente debajo de mi ventana... Ah! que contenta estoy! ahora podrá cantar conmigo todo el día, y enseñarme el precioso romance.... otras mu-

chos tambien! ¿no es verdad, Urbano, que me enseñarás muchísimas cosas? Ah! cuan felices vamos á ser!

—No le costó al barbero poco trabajo sosegar los transportes de Urbano, y el sencillo gozo de Blanca; en fin, consiguió que le prestasen oído:

—Hasta el momento de verificarse vuestra union os lo repito, exijo la mas rigurosa prudencia. ¿Me prometeis, Urbano, no hablar á nadie de vuestro casamiento; ni de traer acá á ninguno de vuestros conocidos?

—Ah! os lo juro, señor; ademas que á nadie conozco en Paris... no cuento en el mundo amigo alguno con quien tenga intimidad.

—Tanto mejor: asi os costará menor pena salir de esta ciudad. Haced todos vuestros preparativos de marcha, y procuraos los documentos necesarios para vuestro enlace. Respecto á Blanca, os entregaré la carta que se le halló encima á su difunto padre... Eso es cuanto la corresponde. Luego que hayais concluido vuestras diligencias, os desposareis con Blanca, pero de noche... sin ruido... sin nada que atraiga gente á la iglesia para presenciar la ceremonia... no me gustan las campanadas... detesto esas reuniones de curiosos. Enseguida y sin deteneros partireis á vuestra casa de campo, sin volver jamás á esta metrópoli donde lo módico de vstra fortuna extraordinaria que vivieis dichosos.

—Está muy bien; todo os lo prometo, señor.

—¿Y vos, padrino, vendreis tambien con nosotros?

—No: eso no es necesario. Mas tarde... quizás.

—¿Y podremos llevarnos á Margarita?

—Sí.

—Ah! tanto mejor.

—Hasta el día de vuestra partida, Urbano, podrá venir á casa; pero solo por las noches, y fuera de disfraces.

—¿Vendrá vestido de hombre? ah! qué ganas tengo de verle con ese equipaje.

—Me habeis entendido, supongo? la noche está muy adelantada, y es fuerza os separeis. Urbano, os lo repito, sobre todo en este negocio sigilo y discrecion. Apresurad los preparativos, y con eso Blanca será vuestra mas en breve.

Renovó Urbano al barbero sus juramentos, y espresiones de gratitud; apretóle la mano á Blanca y cubriósela de besos: ambos jóvenes no podian acabar de convencerse de su dicha, mientras el porvenir que se les prometia era aun para ellos como un desvario de la imaginacion. Pero Touquet les daba prisa.

—Hasta mañana! dijo Urbano.

—Hasta mañana! dijo Blanca, y no mas trago de muger ¿me entendeis?... quiero acostumbrarme á veros vestido de hombre.

—Oh! por contado Blanca querida, se acabó todo fingimiento.

Puso el barbero un término á sus adioses, llevandose casi arrastrando al enamorado mancebo, y cerró su puerta Blanca, suspirando y diciendo balbuciente una vez mas.

—Hasta mañana, Urbano mio!

Guiaba el barbero al estudiante, con su velon en la mano y dirigíase presuroso hácia la escale-

ra; mas apenas hubo andado diez pasos por el corredor, cuando sintió que los pies se le enredaban en un bulto: bajó el velon, y descubrió un pequeño envoltorio viviente, que procuraba escabullirse à lo largo de la pared. Corrió à detenerlo Touquet y quitándole súbito la capilla que le arropaba, vió debajo a Chaudoreille, quien tenia el cuerpo echo cuatro dobles, de modo que solo ocupaba el sitio que pudiera hacer un gato de mediana corpulencia.

—¿Qué haces aqui, majadero? gritóle Touquet arrimándole el velon à la cara.

—Yo... nada... estaba recogiendo un alfiler que se me habia caido.

—Bájate à la sala. Ya te he dicho que no me gustan los curiosos.

Y à fin de probárselo sin duda, alargóle el barbero un vigoroso puntapie al bravo, quien no habiendo tenido tiempo de desdoblarse todavia, lo recibió à la vez en tres partes de su cuerpo. Mas Touquet, sin otra detencion, condujo al bachiller hasta la puerta de la calle, y abriéndosela, dijo:

—Id en paz, y acordaos de cuanto prometido me habeis.

Quiso Urbano renovar las protestaciones de su reconocimiento, mas impidióselo el barbero, aconsejándole ganase cuanto antes su propio domicilio y cerróle la puerta bruscamente.

Volvió Touquet à la sala baja y encontró allí à Chaudoreille, quien ya habia recuperado su tamaño natural y se paseaba con aire de triunfo, mientras parecia aguardar que el barbero le diese las gracias.

—¿Y bien por vida de Sanes! exclamó el valiente, impacientado de que nada le decían. ¡Hallaste en el nido la urraca, eh! ves como no tengo gota serena... La luz no servía para alumbrar á las ánimas... luego aquel descomunal bofetón! Vaya! bien me supo á unto de hombre! Según veo, hemos puesto en la calle al galán? Respecto á la chica... canastos! con su airecito de monja gazmoñera, ¿quien lo habria de esperar?

—Cállate! gritó el barbero acercándose á Chaudoreille con gesto amenazador. No ultrages á Blanca, esa jóven es todavía mas pura que tú embustero y cobarde.

—Cobarde! vive Júpiter! si mi Rolanda tuviera lengua!

—Si, convengo en que había un hombre arriba; pero ese hombre no estaba á solas con Blanca.

—Estraño es eso; porque no oi la voz de Margarita.

—¿Conque te pusistes á escuchar, miserable?

—No, por casualidad fué que llegaron á mis oidos algunos susurrillos que me dejaron medio sordo... Como oi gritar, figuróseme que alguien me pedía favor y dejándome conducir por mi natural bravura, di algunos pasos hácia el sitio en donde sonaba la gresca.

—Y bien? que oiste? habla... yo te lo mando! Nada; unas palabrillas sueltas. Parecióme que te hallabas dispuesto á echarles la bendición á aquellos dos amantes,.. á lo menos creí coger algo por ese estilo... ahora si yo no hubiera supuesto que guardabas la chica para ti, hace muchos

días que hubiera solicitado su mano; pues me parece que bien merezco se me prefiera á ese mono enmascarado, quien á no protegerle su faldellín hubiera visto lo caro que le costaba la bofetada descomunal que me regaló.

—Tu! casarte con Blanca! dijo el barbero, echando al hombrecillo una mirada de desprecio. Escúchame Chaudoreille, me conviene unir á Blanca con ese jóven, quien puede hacerla feliz.

—Eres muy dueño de hacerlo, mas...

—Mas si dices una palabra de lo que has visto ú oído esta noche, vive el cielo que caerá sobre tu cabeza la venganza mas terrible. ¿Me entiendes?

—Si, si, te entiendo pues tu language es bien claro.... Y á mi que?..... Por vida del Dios Himeneo! casa á la mozueta con quien mejor te cuadre: tan fresco me quedará como si me apuntasen con una escopeta de dos cañones. Sin embargo, toda vez que haya boda espero...

—No habrá boda, ni holgorio, y menos que todo convite.

—Sabes que no será malo el bromazo.

—Pero si eres cuerdo, te prometo dos monedas de oro, de las gordas, luego que esté todo concluido y Blanca fuera de esta casa.

—Hecho! estamos conformes y bien pudieras pagarmelas adelantado.

Me acomoda mas satisfacertelas en su día; pero ya estamos en la madrugada: retírate, Chaudoreille, y acuérdate de tu promesa.

—Si, si: es negocio convenido... A propósito ¿que se hace el hechicero marques? ¿has vuelto á

stener noticias de la jóven italiana?

—Supongo que esos amigos se los llevó ya-pateas,... pero no me maravilla: quince días, tres semanas es la constancia de esos señorones.

—Segun eso, es probable que tengamos que manejar algun nuevo enredo... acuerdate de mí, querido Touquet.

—No tengas cuidado... anda á recogerse.

—En efecto... tardécillo es... volvamos á la calle de Rompe Molletes... por feliz fortuna mi calera, me guarda ciertas consideraciones, pues de lo contrario tendria yo que hacer la rosca á la Luna... Ahora, si tu quieres, esperaré aquí á que amanezca sentado en una silla.

—No, no... es preciso que te vayas, tambien yo tengo ganas de dormir; y me parece no lo haré tan mal esta noche.

Embozóse Chaudoreille lo mejor que pudo en su capilla y se dirigió hácia la puerta haciendo feísimos gestos. Aseguróla el barbero por la parte de adentro, y encaminóse á su dormitorio diciéndo para sí;

—He obrado bien... se irá la jóven... y nadie volverá á hablar de ella... con eso olvidaráse bien pronto cuanto la incumbe.

CAPITULO III.



Instantes de felicidad.

SOLO Margarita habia dormido aquella noche que tal trastorno causára en la casa del barbero. Bien podemos suponer que Blanca no cerraría los ojos un minuto. La amable niña aturrida aun de los sucesos que se habian ccurrido, tuvo á penas tiempo para pasar del espanto al amor, del asombro á la alegría; su pobre corazon ignoraba donde estuviese, aunque un sentimiento mas fuerte que todos los demas dominase sus pensamientos. Incorporábase y daba vueltas en la cama y volviase á cada instante repitiendo.

—Es un jóven!... el mismo que cantaba tan primorosamente! estaba precioso vestido de muger: mas me parece que aun le sentará mejor la ropa de

hombre!... Ah! ya quisiera que fuese esta tarde!... Dice que me ama!... vaya una cosa estraña! es que tambien le amo yo... creo que si... Pero bueno será que Margarita me explique lo que es el amor. La pobrecilla deberá saberlo. Válgame Dios, que fria se quedará cuando sepa que la aldeanita no es muger. Ah! cuanto deseo que acabe de venir el dia.

Llegó por fin la aurora tan anhelada. Hacia tiempo que Blanca estaba vestida é impaciente de no sentir que la vieja bajase, mas no pudo contenerse, y subiendo al cuarto de Margarita, llamó á la puerta gritando:

—Despierta, chacha, que ya es muy tarde; tengo que contarte mil cosas, levántate... por favor; que has dormido mas de lo regular.

Margarita, á quien jamás llamaba nadie, porque siempre estaba de pie con asaz premura, restregóse los ojos asombrada, y creyendo que habia fuego ó ladrones, procuró coordinar sus ideas, y encontrar el talisman que le habian confiado; mas haciase un lio debajo de las sábanas, mientras invocando á su patrona bendita, refunfuñaba trémula:

—Allá voy!... lo ando buscando! ¿si me lo habrá quitado el diablo esta bendita noche? aguardad un poco... no doy con él! Ah! ya siento una cosa... ciertamente es el demonio quien me lo ha puesto ahí... de pura malicia!

Por fin, halló Margarita el pedacito de forro que le diera Urbano, y acordándose de lo que habia acontecido la noche anterior, corrió á abrirle á Blanca diciéndole:

—¿Se ha marchado Ursula? es menester darle prisa para que se vaya.

A esto contestó la joven brincando por el cuarto y achuchando á la vieja.

—Si; ella se ha marchado... es decir, *élla*, pero no tengais miedo: mi padrino le ha dado permiso para que venga á vernos... quiere que se case conmigo... ya se le ha quitado el enojo... volverá esta tarde vestido de hombre... Verás que bonito está... no tardaremos en casarnos: luego iremos á vivir en el campo, y tu vendrás tambien con nosotros... Ah! que gozosa estoy!... Ríete tu igualmente chacha, bien ves que se nos acabó el miedo.

Margarita no tenia ganas de reírse; antes bien muchas de llorar, pues no comprendiendo una sílaba de cuanto le decia Blanca, abría los ojos de par en par y exclamaba:

—Válgame Dios! hijita de mis entrañas! quien te ha trastornado los sesos esta mañana bendita? ¿Será esa Ursula alguna hechicera? no saltes así, que me mareas, por la Virgen Santísima!

Recomenzó Blanca su relato, y no le costó poco trabajo hacer entender á Margarita que Ursula era varon. Entonces la vieja dando un chillido, exclamó:

—Bienaventurado San Pacomio! ¿varon dijiste? ¿y has dormido con él?

—No, chacha, no pudo ser porque sobrevino el señor Tonquet en el instante que á fé mia, no sé en que instante... Ah! si; creo que me estaba dando un abrazo.

—Virgen Santísima! ¿si sería un duende disfrazado de aldeana?

—No, chacha; se llama Urbano; es huérfano como yo; pero de una familia muy distinguida.... en fin quiere casarse conmigo...

—Casarse!

—Si por cierto; y no te opondrás, ya que mi protector ha consentido.

—Quien! ¿el señor Touquet?

—Si, si, te digo: todo está arreglado.

Trabajo le costaba todavía á la vieja convenirse de que no la engañaban sus oídos, pero la llegada de su amo puso fría su incertidumbre.

Llegóse á Margarita el barbero con aspecto adusto, y púsose la vieja á temblar, porque conocia que no se hallaba inocente del todo.

—Margarita, le dijo él, deberia castigarte por haber hecho alevosia á mi confianza, introduciendo á pesar de mis órdenes á un hombre en mi casa. Me dirás que has sido engañada como Blanca; y me hallo dispuesto á creerlo. Luego he perdonado á los otros, y no me gusta hablar de cosas pasadas. El jóven sera esposo de Blanca. Puede hacerla feliz, y tú te irás con ellos cuando salgan de acá. Solo tengo un encargo que darte, y este es que te guardes de contar este suceso á tus amigas, las charlatanas del barrio. Si cometieres la mas leve indiscrecion, te verias desacomodada al punto, y tendrias la culpa de que este negocio no se cuajase.

—Ah, chacha; cuidado con la lengua, añadió Blanca.

—No, señorita... no señor, repuso la sirvienta todavía temblando, os juro que...

—Basta con eso, repuso el barbero; amas á

Blanca y su dicha depende de tu discrecion Urbano vendrá á casa solamente á prima noche, hasta el dia que se lleve para siempre á su muger.

Fuese el barbero despues de espresarse así, dejando atónita á Margarita con lo que de oír acababa.

—Como! dijo la vieja, siguiendo á Blanca á su cuarto ¿consintió el señor Touquet, sin dificultad alguna?

—Si chacha.

—Estoy lela!

—Tambien lo estoy yo... temi que no rehusase á Urbano!

—Urbano!... Urbano! pero... válgame Dios; tu no le conocias antes, hijita.

—Pues no que no; si era Ursula en una misma pieza.

—Ya te entiendo; pero Ursulita nos engañó de lo mas lindo.

—Si era para hablarme que se habia disfrazado de la suerte... fué por amor, chacha mia.

Por amor! pero tu no puedes amarle aun, hija de mis entrañas.

—Si, creo que no tardaré en hacerlo... Urbano, me estaba dando lecciones de eso anoche cuando padrino llamó á la puerta.

—Jesus, Maria y José!... ¡qué, hijita, en vez de pedir á gritos socorro cuando descubriste que era macho!

—Oh! muchas ganas tuve al principio... pero si supieras que Urbano nada tiene de espantoso..... todo lo contrario... y luego se echó á mis pies; y pidióme perdon con un aire tan dulce... con unos

ojos tan... Ah! Margarita? ¿quién hubiera dejado de perdonarle?

—Justos cielos!... ¿y tu talisman, hija mia? ¿por qué no acudiste á él?

—Perdoname, chacha; pues si se lo enseñé repetidas veces á Urbano!

—¿Y eso no le ahuyentó?

—Al contrario, chacha; cada vez se me arri-maba mas!

—Vamos! por supuesto; todo se lo llevó la trampa! preciso que ese mozo sea un nigromántico muy potente para operar semejante trastorno en esta casa!... maldita la fé que tengo ya en su reliquia!

Blanca y la vieja aguardaron impacientes la caída de la tarde. Anhelosa Margarita de conocer al jóven, que tales prodigios había obrado, y la enamorada niña estaban sin sosiego por volver á recibir la visita de un hombre, que las hacia suspirar de curiosidad, y sentir cada una por su estilo ciertos movimientos interiores completamente nuevos para ellas. Mas á los deseos de Blanca mezclábanse ya aquella zozobra, aquel pudor que acompañan siempre á los primeros amores. Cuanto mas se acercaba la hora de venir Urbano, tanto mas desazonada se sentía, tanto mas cavilosa; y ya cierta desconocida sensacion le inspiraba un secreto afán por agradar; y la jóven se levantaba, y mirándose al espejo se componia los rizos, y consultaba á Margarita de este modo.

—Chacha, ¿estoy bien así? ¿crees que me quedará tanto hoy como anoche?

—Hijita mia, contestaba la chocha, si fuera ca-

paz de variacion, seria indigno de tí... Cuando se quiere bien, es para siempre.

—Oh! tanto mejor, chacha; así me gustan los amores; verás como Urbano nada tiene que asustar; y estoy cierta de que también le amarás.

No con menor impaciencia esperaba el joven bachiller la hora de dirigirse á casa del barbero. Desde la noche antes habia perdido Urbano el juicio; tan súbita fuera su felicidad, tan imprevista su fortuna; que le trastornó completamente los sesos. Habíase vuelto á su casa por la madrugada, haciendo piruetas, corriendo, y cantando por las calles. En su embriaguez habíansele caído las enaguas y la pañoleta; pero sin detenerse á recoger estas prendas de un equipage que ya no le hacían falta alguna, llegó á su casa medio desnudo; pero tan dichoso que no hubiera trocado su suerte por la del favorito, ni por la potestad del cardenal mismo. Y haría perfectamente; pues los goces que nos proporciona el amor no están sujetos, como las grandezas y el poderio, á la mezcla amarga de las inquietudes y de los desabrimientos.

Al siguiente dia hubiera referido Urbano á todo el mundo su avetnura y dándole parte de su felicidad; pero se acordaba que una de las primeras condiciones de su casamiento con Blanca habia de ser el sigilo que era de guardar sobre este suceso: contentóse pues con mirar á cuantas personas encontraba con aquel aire de satisfaccion y de triunfo, que descubren un alma superior á los roveses de la fortuna. A la caída de la noche, pasó á verle su rolliza vecina, á fin de ofrecerle como de costumbre para ayudarlo en su me-

tamorfósis; pero dióle gracias Urbano, diciéndole que ya estaban de mas sus servicios, con lo que se despidió la complaciente ex-doncella, harto penada de que se hubiesen concluido ocupaciones tan gratas.

Determinó Urbano agradar aun mas vestido de hombre que de aldeana; púsose su sombrero y collareja con mas prolijo cuidado que de costumbre. Miróse al espejo para ver si sus cabellos le caian con bastante gracia sobre la frente; y suspiró al decir entre si.

—Buen chasco fuera que no le gustase yo ahora.

Sin embargo alentábanle los acontecimientos de la noche anterior, y dirigióse en derechura á casa del barbero.

Temblando llamó á la puerta, aunque no le agitaba ya el temor de que no se le admitiese. El sonido del aldabon hizo retemblar tambien el alma de Blanca, quien dió un brinco en su silla gritando:

—El es!

Y ya se levantaba para abrir la puerta del zaguán; cuando Margarita la detuvo diciéndole:

—Adonde vas, hija mia?... no seria bien visto que le abrieses en persona al jóven...

—Ah! ¿hablas de veras, chachia?... Pues bien anda... vé tu.... Margarita; corre!

Dióse la vieja cuanta prisa pudo, pues le picaban los ojos por ver al mancebo. Abrióle á Urbano, y le miró de hito en hito. Su aire dulce y tímido previno á Margarita en su favor, quien le dijo al instante:

—Vaya un caso!... pues no parece mucho mas

comedido con su traje de hombre que disfrazado de mugre!... Pasad adelante, doncel hermoso!... Ah! veremos ahora si sabeis otras aventuras acontecidas á vuestras primas y tias.

—Si, bondadosa Margarita, contestóle Urbano; tambien os las contaré si eso os proporciona gusto.

—Quiere complacerme, dijo la vieja entre dientes mientras le alumbraba por el pasadizo; verdad es que tiene razon Blanca; este mancebo es una perla.

Fenómeno singular fué el embarazo de aquellos dos amantes, quienes despues de la primera entrevista, en que se habian hablado de su mutua passion, volvian á verse comprometidos ya y seguros de unirse con los lazos matrimoniales. Blanca, que al principio queria correr á la puerta, se quedó clavada en su silla, al oir las pisadas de Urbano; y no se atrevia á levantar los ojos del suelo.

Tambien el estudiante al entrar en el aposento donde visitára durante quince dias, experimentó cierta turbacion, cierta cortedad; y detúvose junto á la puerta con su sombrero en la mano, mirando con timidez á su prometida.

—Me gusta! exclamó Margarita; vedle ahí sin atreverse á avanzar... Vamos, señorita varon, cuando su merced era hembra no se quedaba tan mudo é inmóvil en el umbral; pues y mi pobre Blanca!... que no osa levantar los ojos, y está trémula y cortada cual si le hubiesen dado cañazo!... Hija mia, no hay para que avergonzarse cuando uno no ha dado pasos torcidos... Calle! estará bueno que me toque á mi tener que animarlos!

Entretanto acercóse Urbano á la niña, y do-

blando una rodilla, balbució: —Si ya no me teneis cariño... si este trage me priva de vuestra confianza tomaré otra vez el de Ursula...

Levantó la cabeza; entonces la amable Blanca y echando á Urbano una mirada llena de dulzura, contestole ruborizándose todavis mas:

—Ah! no es por eso!... disimuladme!... no es lo que me sucede.

Y volviendo la cabeza fué á ocultar su rostro en el seno de Margarita, á la que dijo en voz baja:

—Chacha, ¿es el amor quien pone á una tan encogida y aborcionada?

Apenas me acuerdo y del efecto que produce, respondió la vieja, mas creo que en mi tiempo, eran sobre pocos mas ó menos unos mismos los síntomas de esa enfermedad.

Tornóse Blanca hácia Urbano, y le dijo con sonrisa encantadora.

—No os enfadeis, pues soy tan lerdia y vergonzosa... todo esto, segun parece, es porque mucho os amo.

Encantado del candor de la jóven, tomóle la mano el bachiller y la llegó á su corazon; en seguida sentándose á su lado, renovóle los juramentos que le inspiraba su ternura. No tardó la confianza en restablecerse entre aquellos corazones que ya se entendian, y desterróse bien pronto toda penosa restriccion. Recuperó Blanca su acostumbrada alegría y franqueza, confió á su amante todos los sentimientos de su alma, y conoció este que iba á ser poseedor de un tesoro de inocencia y bondad.

Mezclábase Margarita en la conversacion de los dos jóvenes. Urbano con su dulzura y deferencia á las opiniones de la jubilada ama de llaves conciliose su amistad; y entre todos se pusieron á formar mil proyectos alhagüeño para el porvenir. El joven bachiller encarecía la posición que ocupaba su pequeña hacienda rural, la que situada en medio de un paisaje encantador les ofrecía deliciosos paseos, y todas las diversiones del campo. Prometia á la vieja destinarle una habitacion á prueba de bomba contra todos los encantamientos y travesuras de malandrines y endriagos, y contarle en las noches largas del invierno copia de aquellos cuentos formidables que tanto placer y miedo daban á la pobre vieja. Mientras hablaban con Margarita, no hacian mas que mirarse los dos amantes, ó bien se apretaban la mano cariñosamente; y una dulce sonrisa, un tierno sollozo establecia ya entre ellos aquella intiligencia del corazon, que hace se disfruten las primicias, y á veces las mas deliciosas cosechas del amor.

Pasóse el tiempo rápidamente. Dió el reloj las nueve, hora señalada por el barbero para la separacion de los jóvenes, y bien se sabia que era preciso obedecer sus órdenes si se esperaba que él cumpliese sus promesas.

—Dejarla tan pronto! suspiró Urbano.

—Que dolor! dijo Blanca con el corazon oprimido.

—Mañana volvereis á veros, hijos, interpuso Margarita; tambien vendrá el dia en que no torneis á separaros. ¿Señor Dorgeville, habeis comenzado ya á hacer las diligencias necesarias para vuestro casamiento?

—Válgame Dios! respondió Urbano, he tenido la cabeza tan revuelta hoy que solo he pensado en el placer que proporcionaria la visita de la noche; nada he hecho aun.

—Si estais siempre tan distraido, contestó Margarita, jamas os echareis las bendiciones.

—Oh! mañana mismo voy á dar los primeros pasos! es tal mi anhelo de no separarme jamas de Blanca!... pero no he visto hoy al señor Touquet! ¿haría yo mal en ir á darle las buenas noches?

—No es necesario; mi amo no es un hombre como los demas: hace bien poco caso de los cumplidos. La órden que recibí de él fué esta: «Ese jóven vendrá á las siete; le subireis al cuarto de Blanca, donde permanecereis con ellos hasta las nueve en punto. Cuando se me ofrezca hablarle, pasará á verle, pero que no se moleste él en venir á buscarme».

—¡Qué hombre tan raro!... dijo el bachiller; pero debo bendecirle, pues que hace mi felicidad, en el momento mismo de suponer yo que pretendia guardar para sí este tesoro que escondia de la vista del mundo!...

—Para él? exclamó Blanca, ah! Dios mio! ¿podría ser eso?

—Perdonadme, Blanca, el amor nos hace celosos: fui injusto... bien lo conozco.

—Si, si, interrumpióle Margarita; pero dáos prisa á poner listos los papeles... para casaros cuanto antes con esta niña angelical.

Fuése por fin el bachiller, pero siguiéronle las miradas de Blanca. Ya no podia dudar de su dicha; era poseedor del cariño de aquella amable donce-

lla, quien no procuraba ocultarle los sentimientos que habia sabido inspirarle su pasion. Al dia siguiente comenzó Urbano á practicar las diligencias que iban á apresurar su himeneo. Ocurriósele tambien vender cuantos muebles poseia, pues le era preciso hacer dinero, y no se le escapaba á nuestro estudiante que el maestro Touquet esquivaba todo desembolso. Pero un amante que vá á gozar al idolo de su adoracion, se cree siempre asaz rico, y por otra parte, Blanca, criada en el mas absoluto retiro, desconocía el gusto del boato, de las galas, y de la coqueteria: por lo tanto sus inclinaciones habrían de llevarla á la economia y sencillez. Estas cualidades, sea dicho de paso, superan por lo comun á la dote mas rica que acompaña la mano de una novia.

La caída del dia juntó á Urbano con su amada; esta vez desapareció todo embarazo, y entregáronse los dos jóvenes sin reserva alguna al placer que su entrevista les causaba; siempre, empero, transcurrianse con la misma velocidad los momentos que pasaban en dulce coloquio, aunque les consolaba la idea de que no estaba léjos el dia, en que se reuniesen para no separarse jamas. A la cuarta noche de hallarse Urbano admitido en el aposento de Blanca, abrióse la puerta y presentóse el barbero á los amantes.

Hizo Touquet al joven enamorado un ligero saludo, y le dijo en el tono lacónico que le era tan natural.

—¿Estais haciendo las diligencias para apresurar vuestro casamiento?

—Si señor: contestó Urbano levantándose, y

saliendo á recibirle; bien sabeis que las gentes de la notaria no tienen tanta impaciencia como nosotros; pero dentro de diez días, á mas tardar, creo estarán en mí poder todos los papeles. Ya me he visto con el sacerdote que debe unirnos, y estoy ademas preparándolo todo para nuestra marcha.

—Está muy bien.

Nada mas habló el barbero, quien dejó bruscamente á los dos jóvenes, admirados de su proceder por el instante; pero en su interior no poco complacidos de poder entregarse al placer de amar, y de decirselo mutuamente; sin otro testigo que la vieja Margarita, quien á veces se quedaba dormida, mientras Urbano y Blanca se apretaban afectuosamente la mano.

Muy presuroso camina el tiempo cuando nos creemos felices, y si bien los días eran largos para los dos amantes, cada noche, en desquite, les parecía asaz corta. Cuanto mas se veían, tanto más el amor profundizaba sus raíces en aquellos corazones, que parecían formados para adorarse, y que ahora no concebían la posibilidad de existir el uno sin el otro.

Pero el día de la boda se acercaba; Urbano daba prisa á los empleados de la notaria, y tambien á varios artesanos, pues que habia hecho ancheta de regalos para su novia.

El cura estaba avisado ya, y á los cinco días iba el altar á recibir sus juramentos: luego debían ausentarse del gran Paris, para ir á disfrutar en un retiro apacible una dicha sin limite ni contratiempo. Tal era por lo menos el gracioso cuadro que les pintaba el porvenir!

Entretanto Chaudoreille, impelido del deseo de tocar la recompensa que el barbero le había prometido, se presentó tres veces en casa de Touquet, preguntándole:

—¿Se ha verificado ya el casamiento?

—Todavía no, contestábale su amigo.

Y entonces Chaudoreille se alejaba con pasos de desespero y refunfuñando:

—Que anden vivo pues!... Que demonio!..... me hace mucha falta el dinero... Vaya!... por vida de mi Rolanda, que en doce días ya me hubiera yo casado con doce mugeres!



CAPITULO IV.



Un dia de los de Chaudoreille.

EL valenton, que aun no habia visto en su bolsa las dos monedas de oro, que el barbero le prometiera, se hallaba sin una blanca segun su costumbre, é iba una mañana por la calle de los Cristalejos; venia de la feria de San German, donde no habia encontrado á nadie dispuesto á recibir lecciones de bochas, y dirigiese hácia la que se celebraba en San Lorenzo, donde tenia esperanzas de ser mas dichoso.

Segun su uso, caminaba Chaudoreille con la nariz respingada, mirando de reojo á derecha é izquierda con la manó zurda puesta en el cuadril,

y con la derecha atusándose los bigotes. Al acercarse á los bulevares sintió que le tiraban suavemente de la capilla, y volviendo la cabeza, vió detrás de sí á una vieja criada.

—Cáspita, vociferó el valiente; creí que era un hombre, é iba á pedirle al instante satisfaccion... pero ¿que quereis conmigo, buena madre?..... no me tireis tan fuerte de la capilla, porque está algo madura la pobre.

Púsose un dedo en los labios la sirviente, y con aire misterioso le dijo:

Mi señora desea hablaros.

—¿Vuestra señora? contestó Chaudoreille, cuyas facciones se animaron, y quien no dudaba que hubiese hecho alguna conquista.—Oh! oh! amiga mia,... ya os entiendo, ¿pero es jóven la dama? ¿es rica? ¿es... Bueno lo mismo se me da; lléveme á su casa al instante.

—No: hoy no puede recibiros: pero estad en este parage mañana á las oraciones; yo vendré á buscaros, y os llevaré á verla.

—Basta: aquí estaré y no habrá falta de mi parte... aun cuando cayese una lluvia de fuego... Ah! una palabra; con vuestro permiso, añosa mensajera de los amores ¿podiais decirme donde me ha visto esa beldad?

—En la calle, á lo que creo, pues estaba asomada á la ventana... Hasta mañana á la tarde caballero; no puedo detenerme mas.

—Partid ó Flora, y volved con Cítarea! exclamó Chaudoreille, mientras la vieja se alejaba; en seguida prosiguió su camino diciendo para sí:

—Esta es una aventura amorosa... bien le supu-

se yo. Este misterio... esta cita á las oraciones... Ella me ha visto desde su ventana... Vivan los buenos mozos! que bien hago en llevar la punta de la nariz formando una perpendicular con el ala de los tejados! Aquel que tiene una cara interesante debe alzarla de modo que todo el mundo la vea... por lo que puede tronar.

Púsose á caminar entonces con la cabeza tan erguida, que se dió de pechos con un aguador, el cual marchaba á paso de tortuga con una cubeta en cada mano. El encuentro fué tan rudo, que soltó el hombre una de las cubetas.

—Maldito imbécil! gritó el Auvernés, toma, para que aprendas á llevar los ojos delante de tí otra vez.

Así hablando, vació el aguador sobre la figurilla de Chaudoreille el cubo que le habia quedado. Vióse en completa inundación el caballero, quien ciego de furia, desenvainó á Rolanda, y avanzó contra el Auvernés; pero este sustituto de las acémilas, sin dar muestra de amedrentarse á vista de la flamberga que esgrimia su adversario, mientras hacia mas contorsiones que un energúmeno, tomó una cubeta en cada mano, y le esperó tranquilamente diciendo:

—Arrimate ahora, chicharron; maldito el miedo que me dá el espeto viejo que empuñas.

Chaudoreille envainó entonces su Rolanda, y salió corriendo por los bulevares, gritando, "á la guardia", con todos sus pulmones, y seguido de toda la pilleria de aquel barrio.

Solo se detuvo el caballero cuando dejó de oír pasos detras de si. Hallóse entonces cerca de los

Fosos Amarillos abiertos en el reinado de Carlo^s IX, y los cuales se estendian desde la puerta de San Dionisio hasta la de San Honorato. Paris acababa de ensancharse aun mas, y á lo largo de los espresados fosos veíase trazado un nuevo recinto. Habíanse construido otras dos puertas: la una en la calle de Montmatre, enfrente de la de Ayunadores, reemplazaba á la antigua puerta de Montmatre, demolida en 1635, la otra en la calle de San Honorato, entre el bulevar y la calle Real, que vino á tierra en 1631. Sobre el terreno que estaba entonces dentro de este nuevo recinto no tardaron en construirse las calles denominada: de Clery, del Mallo, de los Fosos de Montmatre, de las Victorias, de los Campillos &c. Sin embargo; en medio de todas aquellas nuevas fábricas, el cerro de San Roque conservaba todavía una forma pintoresca, y sus molino de viento. Chaudoreille estaba hecho una sopa, y era insufrible el frio; no podia ir á su casa para mudarse de ropa, por una razon muy fácil de acertar. A buena dicha, el tiempo estaba sereno, y el sol aunque poco calor prestase, embellecia el paseo al rededor de la ronda de Paris. No vió el caballero otro arbitrio que el de correr arriba y abajo dos ó tres horas al sol, y entregóse á este egercicio, con la nariz menos respingada que antes, y respondiendo á algunos conocidos suyos que le preguntaban porque corria tan desatentado, con estas solas palabras:

—No me detengais, es una puesta que he hecho de cien pesos á que no tardo en sudar la gota tan gorda.

Al cabo de tres horas, pasadas en correr al sol, las vestiduras del caballero comenzaron á tener alguna consistencia, y se detuvo nuestro héroe á tomar aliento.

—Amigo mio, has equivocado tu profesion: deberias haberte metido á correo de gabinete de alguna testa coronada, le gritó entonces un hombre, que estaba parado muy cerca de allí con otros dos, y que parecia divertirse mucho con la triste figura de Chaudoreille; mientras uno de sus compañeros, hombre de extraordinaria estatura y monstruosa obesidad, se reía á carcajada tendida, y el tercero hacia gestos pantomímicos y ademanes extravagantes, cual si se empeñase en remedar la fisonomia y talante del corredor.

—¿Qué viene á ser esto, señores? preguntó el hijo del Garona, á los tres sugetos que tenia delante. ¿Será que no pueda uno trotar cuanto se le antoje?... Cas...tañas!

—Oh! oh! vaya una voceilla de vieja constipada! dijo el hombre gordo. Camarada, miralo bien: es preciso copiar esta noche la tal figurilla, que vale su peso en oro.

—Ya está acá, contestó el tercero: mala epidemia me achicharre, si no os lo remedo esta noche desde la pezuña hasta el testuz.

—¿Me habeis visto despacio: señores, dijo Chaudoreille, mirando á los tres de reojo, porque carecia de ánimo para mirarlos de hito en hito.—¿Quien pensais que soy yo, caballeros?

—Oh! por vida de chápíro! contestó quedito Turlupin, pues era él quien se paseaba con sus

compañeros de gloria, Guillermo-el-Gordo y Gantier Garguille; preciso es que abronquemos al hombrecillo; pues tendrá que ver enfadado.

Acercándose entonces á Chaudoreille, que reflexionaba acerca de la cara que pondria, empezó la broma dándo unos golpecitos con su latiguillo de montar á la contera de Rolanda y diciendolo al mismo tiempo:

—¿De qué os sirve ese chisme, seor hidalgo?

Púsose el caballero á una vez pálido, encarnado y amarillo.—Estos señores tienen ganas de armarme quimera, dijo entre sí, mientras sus ojillos giraban alrededor para asegurarse de si podria tocar retirada sin pérdida de honores; pero ya muchos paseantes se habian parado, y formaban corro, pues habiendo conocido á los tres bufones, que tanta concurrencia atraian al teatro del Palacio de Borgoña, no dudaban que quisiesen jugar alguna trastada al *quidan* que tenian entre ellos.

La vista de tanta gente calmó algun tanto el miedo de Chaudoreille. No es presumible, decia para su sayo, que permitan que estos tres hombres me aporreen, sin favorecerme... bueno será pues hacerles cara.

Paseando sus miradas por la turba, y esforzándose por aparentar cierta calma, dijo nuestro valiente:

—Ignoro porqué estos señores se empeñan en insultarme. Cuantos me oyen serán testigos de que no les he dado la mas ligera provocacion.

Una risa general fué la única respuesta que recibió Chaudoreille; lo que acrecentó su coraje. Calándose en seguida hasta las cejas su sombrerete;

de modo que la moña le daba casi en la punta de la nariz, procuró desviar á los concurrentes con objeto de abrirse paso: mas si iba hacia una parte salíale al encuentro Turlupin, quien se ponía en guardia con su latiguillo; si se retiraba hacia la otra, deteníale Gantier-Garguille quien se habia calado el sombrero del mismo modo que Chaudoreille, y se le ponía delante, remedando todos sus lastimosos gestos: por fin Guillermo el Gordo, con su enorme corpulencia, oponía á su escapada un obstáculo invencible.

Desesperábase Chaudoreille, y no pudiendo ya mas, desnudó su tizona. Hizole frente Turlupin con su latiguillo, y el caballero, habiendo reconocido con el rabo del ojo el arma de su contrario, puso en guardia gritándole.

—Ya que así lo quereis, defendeos con cuidado, porque soy un espadachin de primera tigura.

Al tercer pase, Turlupin, fingiendo que estaba herido, se dejó caer en tierra arrancando un gemido descomunal, y haciendo contorsiones espantosas, mientras Guillermo el Gordo se echó á su lado gritando: «Esta muerto!»

Quedóse Chaudoreille como quien vé visiones... Todavía con la espada en la mano, miraba á los circunstantes con ojos de asombro. Asíole del brazo Gantier Garguille, y le llevó de allí medio arrastrando y diciendole al oído:

—Poneos en salvo; pues habeis dado muerte al hijo del rey de la Cochinchina!

No se detuvo á oír mas Chaudoreille; sino que tomando carrera salió de Paris, atravesó á escape los campos y las ciénagas sin que las tres horas

que habia pasado corriendo al sol le hubiesen debilitado las corvas. No sentia el cansancio porque le prestaba alas su miedo, y solo se se detuvo cuando sesupuso fuera del alcance de la persecucion que no dudaba iba á dirigirse contra él. Parecerá extraño que el caballero no hubiese reconocido en los tres hombres que se burlaban de él en los bulevares á los bufones que estaban á la sazón en tan alta voga, y se permitian mil licencias, que el pueblo de Paris autorizaba, y que hasta los sugetos mas distinguidos se complacian en presenciarse; pero cuando Chaudoreille tenia dinero, pasaba la mayor parte del tiempo en los garitos, y rara vez habia estado en el teatro llamado entonces Palacio de Borgoña; por otra parte, Turlupin y Gantier-Garguille sabian hacerles trastornos en sus personas y fisonomias, que era difícil les conociesen en la calle los que no frecuentaban sus representaciones.

Habiendo hecho alto el fugitivo para recobrar aliento, miró con timidez en torno de si; registró con la vista el contiguo campo, y vió que se hallaba en las afueras del arrabal de San Antonio cerca del valle de Fecamp, y á unos trescientos pasos del casino del señor Marques de Villebelle. No habia probado alimento Chaudoreille en las veinte y cuatro horas precedentes; rendiale el cansancio, y creíase amenazado de los mas terribles peligros. En tan críticas circunstancias se olvidó de la prohibicion del barbero, y decidióse á llamar á la puerta del casino, para retraerse en él.

Sacando fuerzas de flaqueza, encaminose al picadero, tiró del alambre de la campanilla, y no tardó Marcelo en acudir al reclamo.

—Como! ¿eres tu? dijo admirado el mayordomo: ¿te envia aqui el señor Marqués, ó el caballero Touquet?

Chaudoreille, antes de contestarle, se lanzó á la parte de adentro, y cerró la puerta con el mayor afán.

—¿Qué diablos traes? dijole Marcelo; que trastornado vienes! que cara tan desquiciada, y sudando á chorros con el frio que hace!.....
.....Cualquiera sospecharia al verte que traías á los zancajos todos los esbirros de Paris.

—Y no se engañarian, por cierto! contestó Chaudoreille con voz casi exánime.

—Como! ¿qué es lo que quieres decir?

—Que estoy perseguido... ó á lo menos que voy á estarlo... que los peligros mas enormes amagan á mi pobre cabeza!...

—Válgame el Cielo bendito! ¿y qué diablos has hecho?

—He muerto de una estocada al hijo del rey de la Cochinchina?

—¿Al hijo de la Cochina?

—Si; ahora mismo; hace un instante... allá abajo... junto á los *Fosos Amarillos*... cerca de la puerta de San Dionisio... pero en toda regla... con honor... en desafio... con armas iguales..... y Rolanda le dejó tieso á mis pies... Ay Dios! que alarido lanzó al caer, todavia está resonando en mis orejas... murió como un toro de siete años...

Escuchábase Marcelo con su sencillez habitual; sin embargo, parecia tan extraordinaria la relacion de Chaudoreille que no pudo menos de observar.

—¿Pero, en verdad, te ha sucedido todo eso?

—Cómo! ¿si me ha sucedido? Ay! amigo Marcelo no es sino demasiado positivo el hecho..... Tu me conoces... bien te consta que soy un mala cabeza... un Herodes en materias de honor!... Ese ha sido un lance desgraciado ¿quién puede remediarlo ya?: esta vez, sin embargo, no estuvo de mi parte la culpa... Paseábame tranquilo por la ronda de París!... Subitamente, se presentaron doce hombres delante de mi, permitiéndose ciertas bromas, que me amoscaron; insinuéles con urbanidad que seria mejor continuasen su camino; y se empeñaron en estorvarme todavia... Que hago?... echo mano á la espada y el mas bravo de mis antagonistas se empeña en hacerme frente... pónese en guardia... acométole... trábase un combate encarnizadísimo... Cuidado que mi contrario era una espada de las mas duchas... bátese él como un desesperado... mas al fin, zás... tiéndole á mis pies, haciendo contorsiones horribles... Uno de sus compañeros me hace saber al instante que he dado muerte al heredero del trono cochinchino.

—¿Y qué diablos hacia en los bulevares ese principe Cochino con esos once zamacucos que le permitieron se batiese contigo?

—A fé mia no tuve lugar de informarme; sin duda habria salido su Alteza hácia los muladares para hacer egerecicio... Pobre mozo! Pero no dejas de conocer que esta aventura vá á armar un estrepito de mil diablos!... circularáse una requisitoria..... publicarán edictos circunstanciando mis señas personales, y quizás ofreciendo un premio por mi cabeza... pondrán en moyimiento todas las rondas

volantes de París... tendré á mis talones toda la chusma alguacilesca de Francia; Marcelo mio, preciso es que me ocultes por algunos días.

—Lo siento en el alma; pero no me es posible; creí que venias de parte de mi amo para trasmitirme algunas órdenes. Supuesto que no es así te irás cuanto antes; pues me está prohibido severamente reciba á nadie, sin mandato espreso de su señoría. Si el Señor Marqués llegase aquí de repente con alguna dama, ó con unos amigos, y viera en la casa una cara estraña... Jesus me libre! correria burro mi empleo.

—Cáspita; mi cara no es la de un estraño, pues ya he servido á los amores de tu señor!... Querido Marcelo!... tu no querrias que me matasen?

—Pero tampoco quiero perder mi acomodo.

—¿Estás solo aquí?

—Como el espárrago; pero el amo suele dar vueltas cuando menos se le aguarda.

—No vendrá hoy.

—¿Que sabes tú?

—Si tal; me consta que está de servicio en palacio. Solo te pido hospitalidad hasta mañana temprano.

—Pero...

—Marcelo, mi vida está entre tus manos

—Vamos te asustas mas de lo regular.

—Todos los Cochinchinos van á confederarse contra mi.

—Deja que hagan lo que gusten.

—Estoy en ayunas desde ayer mañana.

—No tengo yo la culpa.

Marcelito.. veo que se derrite tu excelente alma... ¿quieres que me postre á tus pies?... mírame, ya me tienes á tus plantas...

—No hagas esas tonteras, hombre.

—Te enternecestes... si... has cedido á mis ruegos... advierto una perla relumbrar en tus ojos.

—Vamos; pero tan solo hasta mañana... mas cáspita! ¿y si el amo llegase esta noche?

—Entonces te prometo tirarme por las tapias.

Respiró mas libremente Chaudoreille, y se dirigió hácia la casa en compañía de su patrono.

—Oh! lugares hechiceros! cual se ha trocado mi destino desde que os ví la última vez; dijo el héroe sacando su bien doblado pañizuelo de seda para enjugarse los ojos; mas luego que llegaron al bien conocido comedor, pareció calmarse su pesar. Fué Chaudoreille quien primero se sentó á la mesa; apuró á Marcelo para que bajase á la despensa y no le dejó en paz mientras la cena no fué servida, aunque no hubiesen dado las cinco de la tarde, y entonces fuera el uso comer á las doce del dia.

—No tengo apetito aun, dijo Marcelo sentándose á la mesa; generalmente no ceno hasta las ocho.

—Pues bien, yo comeré por ti y por mí; y eso no estorbará que cenemos á las Animas; pues me guardaria muy bien de trastornarte las horas..... Ay, amigo de mi alma! que dia el de hoy!

...Si hubieras visto las cosas que me han acontecido... Al principio no me fué tan mal; tuve una cita... con una dama que se enamoró de mi desde un balcon...

—Bab!

—Dame la pechuga de esa perdiz... sí, amigo mío, una conquista que hice mientras miraba hacia las veletas... pero estoy tan acostumbrado á esa clase de aventuras... échame vino... por supuesto que es una dama de alto rango... Envióme una de sus esclavas... aun creo que era una mulata... ó si nó preciso es que tome tabaco de polvo por almorzadas; pues que tiene las narices de color de tierra de Siena.

—¿Y para cuando es la tal cita?

—Para mañana á la tarde... ¿mas como diablos he de pensar yo en eso ahora?... El condenado desafio vino á dar al traste con todos esos proyeetos... Quizas me sepulten por cinco ó seis meses en la Bastilla!

—Vamos, estás loco.

—Pues qué! ¿crees tu, qué, se mata á todo un príncipe de la Cochiachina con la misma impunidad que se aporrea á un almacenero del barrio de la Laguna?... mi posicion es muy comprometida... hazme el favor de darme un poco de esa empanada... una chispita mas.

—¿Y quien puede asegurar que el hombre haya muerto?

—Si hubieras oido el grito que dió, no lo dudarias. Toma!... Dia aciago! fué aquel maldito aguador quien me acarreó tanto desastre!

—¿El aguador?

—Si; con quien tuve un desafio esta mañana.

—¿Tambien con el aguador?

—Calle! ¿pues qué? ¿me es posible acaso an-

dar diez varas sin batirme con alguien? El gobierno debería señalarme una pensión para que no saliera á la calle jamás... lléname el vaso otra vez... Ah! Marcelo; paréceme que oigo mucho ruido por la parte de afuera.

—¿Qué nos importa?... será alguna zambra de pages, estudiantes; ó lacayos que andarán de borrasca ó de quimera. Ya estoy hecho á esas barahundas.

—Mas bien son los rondines que me andan buscando.

—No; te digo.

—Ah! Marcelo; cuan dichoso eres tu en no ceñir espada.

—Se ceñir un buen garrote para defenderme; pero nunca busco quimera á nadie.

—Mucha razon tienes: cuanto te envidio esa dulce urbanidad!... pero creo que ha cesado el ruido..... échame de beber..... ya me siento mas sosegado.

—¿Has comido bastante?

—Si; creo que puedo tirar hasta la hora de la cena. Marcelo, aqui fué donde jugamos á las moscas volantes.

—No se me ha olvidado por cierto.

—¿Quieres que juguemos un par de manos para pasar el tiempo?

—No: gracias; ese juego me divierte muy poco.

—Oh! no es el mismo que voy á proponerte... pues creo que por casualidad tengo una baraja en el bolsillo... Anda... unas cuantas manos á los cientos.

—No, si me he quitado ya de jugar!

—Hombre! no es mas que por matar el tiempo... No nos tiraremos al codillo. Solo traigo encima un par de onzas de oro; y luego que las pierda, el diablo me hará jugar mas!

Cedió Marcelo á las instigaciones de su amigo, quien, al instante preparó una mesa y sacó del bolsillo una baraja, á la que echó una mirada de ja mas derretida ternura. Luego se sentó en frente de Marcelo diciéndole:

—Jugaremos un peso á cada partida.

—Eso es demasiado.

—Bah! bah! se pierde la una y se gana la otra. Cajilones de noria, Marcelito... á bien que entre nosotros se queda el dinero.

—Ya! ¿pero y si uno solo se lleva todas las ganancias?

—No seas caviloso; los dos somos igualmente torpes... deposita en el platillo tu puesta...

—Allá vá; ¿pero tu no pones la tuya?

—Te he dicho que no tengo sino oro... luego que pierda algunas partidas, lo cambiaré.

Empéñase el juego; animasele el rostro á Chaudoreille; sus ojos brillan, y parecen que quieren salirse de sus cuencas para mirar las cartas que tenía en la mano su antagonista.

—Estos naipes no son nuevos, dijo el mayordomo: casi todos estan señalados ó llenos de virrones.

—Probablemente habrán servido mucho... me toca dar... ahí tienes las cartas que te pertenecen dijo Chaudoreille; escudriñándole al compañero las suyas—te dejo tambien esas—añadió mirando aten-

tamente á las que quedaban sobre la mesa.

—Buen regalo me haces por cierto! todos son siete y ochos.

Ganó la partida Chaudoreille, luego la segunda y tambien la tercera; porque gracias á las señales hechas sobre el revés de cada naípe, los conocia todos por uno y otro lado.

—Es muy singular! exclamaba Marcelo... nada me viene jamás... siempre te quedas con las buenas.

—¿Y que quieres? la casualidad, la suerte pero ya se volverá la tortilla.

Sin embargo permaneció inmutable la fortuna; y los escudos de Marcelo pasaban uno á uno al bolsillo de Chaudoreille, quien estaba trémulo, con la cara hecha un asno, é hinchadas las venas de la frente con el trabajo que le costaba cada partida, cuando de repente la campanilla que comunicaba con la puerta del jardín, comenzó á vibrar con violencia.

—Ay Dios mio! aquí está ya exclamó Marcelo.

—Perdido soy! gritó Chaudoreille, saltando de pies encima de su silla; es á mi á quien vienen á prender!

Dió luego un brinco, y púsose á correr por el cuarto como un loco; en seguida escabullóse por la primera puerta que halló á mano, y desapareció sin escuchar á Marcelo, quien le decia á voces:

—Es el amo; es el señor marqués de Villebelle; estáte quietecito, que yo te echaré á la calle sin que su señoría lo note.

Pero Chaudoreille ya estaba sabe Dios donde, y

como la campanilla no dejase de sonar, vióse precisado Marcelo, á acudir á la puerta sin poder averiguar el paradero de su huesped.



CAPITULO V.

La cena de confianza.

MUCHO nos haces aguardar, buena alhaja! dijo el marqués á Marcelo, al entrar en los jardines con otros tres sujetos, dos de los cuales estaban embozados en sus capas, mientras el tercero se hallaba destocado, y en cuerpo gentil con su ropilla de terciopelo, la que en varios parages tenia grandes manchas de lodo; lo que no estorbaba que el desmochado señor diese estrepitosas carcajadas cada vez que contemplaba su desaliño.

—Seguidme, amigos míos, dijo el marqués, adelantándose á sus compañeros.

—Oh! ya sé el camino! exclamó uno de ellos,

no es la primera vez que vengo acá.

—A mi me sucede lo mismo.

—Por mi parte, hago hoy mi entrada aquí... y en un brillante equipage, como bien puede verse. ¡Quién diablós había de adivinar que me tocara asistir esta noche a la tertulia de su Majestad Cristianísima!

—Anda, Marcelo, alúmbranos; dijo el marqués haciendo á empellones que le precediera el mayordomo, quien sobrecogido y turbado miraba en torno de sí con ojos de asombro.—¿Conque estabas durmiendo, bribon? no lo niegues, pues estas medio atontado.

—Si señor; es muy cierto hallábame algo dormido.

—Este pasa aquí una vida canonical, no hace sino dormir y comer.

Hablando así, llegaron á la casa. Dichosamente para Marcelo, nunca entraba el marqués en la sala baja, donde aun se veía la mesa de juego. Subieron al primer piso, y Marcelo se dió prisa á encender gran número de velas de cera; entretanto se echaron en los sillones los amigos del marqués, quien por su parte se quitaba la capa y decía á Marcelo:

—Anda, meneate; sírvenos para cenar cuanto puedas reunir. Creo que no faltan provisiones en casa... Tienes tu buen corral... y un palomar regularmente provisto; pon corriendo en el asador algunas aves; mientras las avias jugaremos unas cuantas manos... prepara la mesa de juego... abre ese cajon, y hallarás dentro de él naipes y dados... Señores, tal vez hagais una mezquina co-

lacion, pues no esperaba el placer de veros esta noche en mi casita, pero á lo menos, no careceis de vinos esquisitos; mi bodega esta bien surtida; y lo que es champaña no habrá de faltarnos. —Ese es el renglon principal, dijo uno de los huéspedes, que era un jóven pálido, y cuyas facciones muy regulares por sí estaban desligradas por un chirlo que le partia la mejilla izquierda.

—Soy de la opinion del vizconde, dijo su colateral, que parecia contar mayor número de años que él, y cuyas buenas carnes y colorados carrillos hacian un extraño contraste con la mal parada humanidad del primero,—antes de todo una botella de champaña.

—Oh! ya habló ese borracho de Montgeran, dijo el jóven descapillado.—En cuanto á mi, no me disgusta el que las tajadas correspondan al caldo... Pero, caballeros, á jugar!... necesito ganarle á alguien una capa y un sombrero.

—Tambien debias añadir una ropilla; porque no creo que puedas presentarte donde haya gente con la que llevas ahora.

—Esa maldita gentuza de la ciudad... vaya un modo de revolverse que ha tenido esta noche... Pero á buena fé que he deslomado á media docena...

—Verdad, pero si el marqués y yo no hubieramos acudido á socorrerte, no te quitaba nadie una buena tollina...

—Oyes! ¿y que diablo fué la causa de la reyerata, porque hasta ahora no sé en mi ánima el motivo que tuve para batieme?

—Una bicoca, una cosa que no valia la pena; toda la gresca fué porque me llevaba robada la

muger de un empleadillo de Real Hacienda. El impertinente maridejo se tomó la libertad de dar voces; mirad que imbécil! Buen cuidado hubiera yo tenido de devolverle la esposa al cabo de un par de dias; no era mi intencion guardarmela para siempre.

—Ya! por eso se amoscó el buen hombre.

—Hablaré dos palabritas atento á él al Superintendente, y dentro de pocos dias le quitarán el destino.

—Bien hecho! precisa enseñar á vivir esos á plebeyos quienes se persuaden que sus mugeres les pertenecen con privilegio esclusivo.

—Si yo fuera que tú solicitaria una órden de prision.

—Veremos: no seria malo encerrar al empleadillo por unos cuantos meses.

Durante este coloquio, preparaba la cena Marcelo; hajó al piso inferior, y mientras hacia sus arreglos, llamaba en voz baja por todos los rincones á su huesped, quien tan súbitamente se habia desaparecido.

—¿Donde diantre, se habrá zampado? decia para si el mayordomo, quien despues de haber recorrido las viviendas bajó á la bodega sin dejar de llamarle por su nombre:

—Chaudoreille! Chaudoreille! no responde..... Quizas se escurriria hácia el jardin, y habrá saltado por las tapias, como me prometió lo haria... Sin embargo me admira eso; pues bien poco le gustaba salirse del casino.

Púsose á jugar el Marqués y sus compañeros, y mientras aguardaban la cena, hacian saltar al-

gunos tapones de champaña á fin de ponerse en temple. Aquello era á cual diria mas disparates; propusieronse y fueron aceptadas las apuestas mas estrambóticas; y mientras jugaban cantaban y bebían, cada uno contaba sus conquistas, sus aventuras galantes, hacía el retrato de su querida, y pasaba revista á todas las mugeres del gran tono sin desollar menos á la dama honrada, que á la mas escandalosa prostituta.

En fin, Marcelo vino á avisar que la cena estaba servida en el aposento inmediato, y los señores suspendieron el juego para ir á sentarse á la mesa.

La sala donde iban á cenar correspondia por su elegancia á las demas piezas de aquel delicioso casino. Aunque destinadas para los banquetes ordinarios, la belleza y el gusto de las pinturas al fresco, las estatuas que la decoraban, los sofases que la guarnecian, las arañas que la iluminaban, traian á la memoria aquellos salones de la antigua Roma, donde Horacio, Propercio y Tibulo, rodeados de sus amigos y de sus émulos, cantaban el amor y los encantos de sus queridas, pasando de unos á otros las *ánforas* llenas del añejo *falerno*, y llevándose á los labios las copas en que centelleaba y ardía el *mdsico* y la nectarea *cécuba*, y que mientras para asemejarse á sus dioses se cenian las sienes de acanto y de mirto, no probaban sino demasiado que tenian todas las flaquezas de los mortales.

A fuer de nuevos Sibaritas, los jóvenes nobles reunidos en el casino de Villebelle bebían sin tasa de los generosos vinos que brillaban sobre la

mesa. Dábales egemplo el marqués vaciando frascos y apurando copas. En vez de la etiqueta y aun de los modales, reinaba allí la libertad convertida en absoluta licencia. Los convidados armaron á la mesa los sofaes, y cada cual medio tendido, como si fuese un magnate turco, tenia en la mano, en vez de una larga pipa, un hondo cubilete de champaña, que se echaba á pechos, riéndose á carcajadas de las locuras que otros decian, ó de las de su propia cosecha.

El jóven que habia llegado sin sombrero ni capa, y á quien llamaban el caballero de Chavagnac, tenia en frente una hermosa estatua representando á Psiquis, y á la que dirigia frecuentes miradas. De súbito, interrumpiendo al grueso Monteran que cantaba, exclamó;

—Mal rayo me parta, si esa Psiquis no ha hecho ahora otro movimiento.

—¿Qué diablo dices, hombre? contestó el marqués...

—Digo... digo que esa Psiquis está animada... ó que mis ojos bailan el paspié.

—Cáspita! seria esa una escelente broma; bien podria la hermosa deidad venir á ocupar un sitio entre nosotros

—Señores, sin duda la voz de Montgeran es la que opera este prodigio... Cual el Pigmalcon de antaño tiene poder para ablandar los mármoles.

—No os burleis de mi voz, caballeros; pues vale su puñado de ochavos; antes bien tienen la culpa vuestros discursos eróticos que hacen se ruborice esa pulquérrika Psiquis... Dejadme continuar mi romance en vez de oir las necesidades de

Chavagnac quien se ha puesto vizco á puro trago.

—Verdad es que me los he empinado y muy bien medidos, dijo el descapillado, pero todavia tengo los ojos en su lugar: hace rato que estoy mirando á esa estatua, y mas de una vez me ha parecido que se movia.

—Oyes, marqués, ¿tienes duendes en tu casino?

—Nunca he visto ninguno en él; pero sería muy de agradecer que nos visitase un par de ellos ahora que estamos cenando. Los atracariamos de vino.

—Vamos canta, Montgeran... que te escuchamos... pero nada de rebozo, estás... á mi me gustan las cosas claras.

—Corriente, allá vá pues:

Un pastor á su pastora

Cogió en el campo á deshora,

Y para ver bien sus encantos

—Calla! esto es hecho! ya le atrapé, gritó Chavagnac levantándose bruscamente, y corriendo hacia la estatua. Al llegar á ella, hizo la Psiquis un movimiento tan vivo que se hubiera caido del pedestal al suelo, si el jóven no la hubiera recibido en los brazos y bajádola á tierra. Todos los convidados tentan los ojos fijos en Chavagnac, quien despues de haber puesto la estatua en parage seguro, miró de cerca el pedestal, que medía algunos tres pies de altura y uno y medio de circunferencia.

—Hay alguien dentro! gritó el jóven, quien advertia que el pedestal estaba hueco, y tenia una abertura por el lado de la pared.

—¿Qué, hay alguien dentro? preguntaron los demas de consuno, medio levantándose: en el mismo momento una voz chillona y trémula que parecia salir debajo de tierra, hizo entender estas palabras.

—Nada de violencia, caballeros, pues me rindo á discrecion,—y al cabo de un instante la cabecilla de Chaudoreille salió de detras de la tarima, y se manifestó á los convidados; quienes soltando la risa, exclamaron.

—Vaya una preciosa figura!

A esto Chavagnac, que se habia quedado junto al nicho de la estatua, asió á Chaudoreille por los bigotes, y le obligó á salir completamente de su escondrijo: luego habiendo examinado al personaje, cuya miserable cara le hacia aun mas ridiculo: volvióse riendo á su sofá, mientras el pobre diablo á quien acababa de descubrir se puso de rodillas delante de la mesa y balbució, juntando las manos en dolorosa plegaria:

—Señores, si he dado muerte al príncipe de la Cochinchina, no fué por mi culpa, sino porque él me provocó... pero os juro que no volveré á batirme mas, y ni aun llevaré á Rolanda á mi lado si tal exigis!

—¿Qué diablo de algarabia es esa?

—¿Entiendes algo de lo que dice, marqués?

—No á fé mia; está hablando del príncipe de la Cochinchina.

—Está loco.

—Vive Momo, que esto es muy divertido.

—Poco á poco, en primer lugar es preciso que yo sepa como se ha entrado aquí este duendecillo culon. Oí! Marcelo!... Marcelo!...

Mientras subia el mayordomo se calmaba algun tanto el susto de Chaudoreille; todo el tiempo que estuvo dentro del pedestal, tan solamente llegaba á sus oídos un murmullo sordo y figurábasele que el salon estaba lleno de hombres armados en persecucion suya; ahora empero las palabras que acababa de oír y el nombre del marqués que habían pronunciado los comensales empezaron á devolverle el aliento, y á ceriorarle de la verdad. Comenzó pues á pasear sus miradas sobre las personas que rodeaban la mesa, y no viendo sino caras de fiesta y risa, no tardó en serenarse del todo.

Subió Marcelo, y al ver á Chaudoreille, quedóse cortado y confuso delante de su amo.

—¿Quién es este hombre, Marcelo? dijo el Marqués; ¿le conoces tu? ¿es algun ladrón? ¿es á tí ó á él á quien debemos ahorcar?... Vamos, habla vivo y dínos la verdad, ó tecastigaré de lo bueno.

Temblaba Marcelo, y no sabia como disculparse por haber admitido á su amigo á pesar de la terminante prohibicion del marqués. Por último contestó haciendo pucheros:

—Señor fué á pesar mio... yo no queria... desde luego se lo habia rehusado.

—Señor, interrumpiéndole Chaudoreille, estirando el cuello y poniéndose de puntillas. Si lo permitis contaré á Vuestra Excelencia y á sus Señorías, como ha pasado todo del pé al pá, pues veo que le será muy difícil á Marcelo.

—Oh! oh! el azogado halló por fin donde tenía la lengua, dijo el grueso Montgeran, quien no se cansaba de mirar á Chaudoreille. Vamos; marqués; deja que hable.

—Si, si, nos hará reir, gritaron los demas huéspedes.

—Pues bien, señores, ya que lo deseais, le doy licencia. Di pues, gozquecillo, y tu Marcelo quedate ahí, para desmentirle si trata de engañarnos.

Aunque el apodo de gozquecillo, hizo fruncir las cejas á Chaudoreille, el permiso de hablar delante de aquellos señorones, le dió tanto deleite, que amoldó luego su fisonomia en conformidad á la espresion mas risueña, y comenzó así su discurso:

Señores, vuestras Excelencias ven en mí á Cristovalon Goliat de Chaudoreille, caballero de la mesa redonda, descendiente por línea recta de gigantes del famoso Milon de Crotona, y por la de heroínas de la célebre Dalila, quien sacrificándose por su patria, tuvo la osadia de cortarle á su amante Sanson aquello en que dependia su fuerza.....

Aquí las carcajadas interrumpieron un instante al orador.

—Delicioso! hechicero! gritaron á una los convidados: vale su peso en onzas de oro.

—Cáspita; dijo entre si Chaudoreille; vease como tiene alma mi elocuencia. Bien sabia yo que con abrir la boca estaba compuesto el asunto.

—Vamos al hecho descendiente de Dalila ¿qué ocupacion egerces en el mundo?

Pareció titubear por un instante Chaudoreille; y en seguida contestó con sorprendente volubilidad.

—Defensor de la belleza, protector de las hermosas... y de las academias de juego, profesor de esgrima de brisca y de truquiflor; maestro de música, y de la noble ciencia de empinar el codo, égida de las hijas de familia, apadrinador de las pecadoras, correo de billetes de amor, leccionista de salterio, espadachin y velocipedo... todo a precios muy arreglados.

—Vaya! ese hombre es un estuche! un tesoro!

—En fin, ¿quién te ha traído acá?

—Vuesencias, sin duda, habrán oído hablar del desafío que tuve esta mañana... maté al príncipe de la Cochinchina en las inmediaciones de la puerta de San Dionisio.

—¿Al príncipe de la Cochinchina? ¿donde diantres topaste con ese príncipe?

—A orillas de los Fosos Amarillos; paseábame yo tranquilamente... tuvo la osadía de insultarme... nos batimos... y... ¿no es verdad, Marcelo?

—Si; verdad es que me contó eso, señor, respondió el mayordomo. Llegó aquí asustado, y me dio cayéndose de fatiga, dijome que le venian persiguiendo, y aunque no me enteré demasiado de la historia del príncipe, le ví tan desmadejado y trémulo, que consentí en que descansase un instante. Estábamos... cenando, y al tocar Vuesenoría la campanilla, se escabulló al momento, sin querer hacer caso de lo que yo le decia. Esta es la verdad del negocio.

—Si, señor dijo Chaudoreille, creí que los alguaciles, rondines, y cabos de barrio venian oliéndome los faldones, y llegaban para prenderme, y así me escondi en el primer sitio que hallé á mano.

—¿Y juzgas tu, socarrón, que me trago el cuento que le improvisaste á Marcelo para engorronarlo la cenilla?

—Señor, juro á Vueselencia.

—Cállate.

—Bastantes testigos tuvo mi desafío.

—Silencio, te digo. Para venir á esta casa en busca de Marcelo, preciso es que supieses que él vivía aquí! ¿quién ha podido indicarte el camino de este domicilio? ¿sabías quien era su dueño? y siendo así ¿quién te ha inspirado la osadía de presentarte en él?

Viendo Chaudoreille, que el marqués ya no hablaba de broma, contestó con menor seguridad:

—Señor ya he tenido la honra de venir á este casino... empleado en el servicio de Vuestra Escelencia.

—¿En el mio; bribón?

—Si, Señor; y os he prestado útil auxilio.... esto es indirectamente en cierto negocio... con cierta jóven italiana... cuando aquel rapto... en el puente del torreón... yo fui el encargado por Touquet para ponerme de atalaya.

—Oh! oh! marqués, dijeron sonriéndose los tres huéspedes; vé ahí la cosa aclarada... El caballero de la mesa redonda te ha servido en asuntos de amor.

—Esa honra he tenido, señor Escelentísimo, contestó Chaudoreille haciendo una reverencia y atusándose los bigotes.

—Vive el cielo, que me he quedado frío! exclamó el marqués, mirando de arriba á abajo al valenton. Qué! Touquet tan ladino y precavido

puede haber empleado á semejante marioneta? me parece imposible!

—Señor, dijo Chaudoreille mordiéndose los labios, si conocieseis los talentos que encierra el hombre á quien os place denominar marioneta... usaríais tal vez de distinto lenguaje. El mismo Touquet es un niño de teta comparado conmigo.

—Has dado golpe, camandulero, y es preciso que hagas buena la jactancia, ó pereces á puro garrotazo. Hace años que soy presa de un aburrimiento continuo: ya no encuentro en la corte ni en la ciudad cosa que merezca mis homenajes... Hasta mi Italiana empieza á empalagarme ya, y quisiera... que sé yo... daría el mundo entero por enamorarme de veras... búscame una muger capaz de inspirarme pasión; te concedo veinte y cuatro horas para que me descubras el tesoro que codicio. Cien pesos tienes siempre que satisfagas mis anhelos, y cien palos toda vez que no logres conseguirlo.

—Eso es! eso es! excelente contrato? gritaron á una voz los huéspedes de Villebelle... Si son felices las resultas, nos lo dirás, y también le emplearemos á nuestra vez.

—Ah! barbas del diablo! dijo entre sí Chaudoreille; cien pesos si consigo que se enamore..... Cáspita... aseguré mi fortuna... pero también cien palos si no lo verifico... ¿Como he de apasionar á un hombre que tiene gastada toda ilusión? y en veinte y cuatro horas? Ah! genio mío! inspírame! Si fuese mi lavandera como esa Psiquis!

—Toma! trágate eso, dijo Montgeran, ofreciendo á Chaudoreille un púlpito lleno de vino de

Madeira; te ayudará tal vez á encontrar lo que pide Villebelle.

Apuró el vaso Chaudoreille sin tomar aliento, despues de haber saludado á los señores con toda humildad; luégo, dandose súbito una fuerte palmadada en la frente, hizo un paso hácia adelante, esclamando.

—Ya dí en la tecla.

—¡Que pronto tuvo operacion el vinillo! dijo Chavagnac.

—Vamos, habla! gritó el marques; descúbrenos tu idea.

—Señor, contestóle Chaudoreille inclinándose con respeto; dígnese Vuesenoría permitirle le diga cuatro palabras reservadamente.

—Tiene razon el tunantuelo, dijo el marques, levantándose de la mesa; pues si hablaba delante de vosotros, señores, cada cual querria cerciorarse de la verdad de sus dichos, y nos tornariamos todos rivales. Marcelo, lleva una luz á la pieza inmediata. Vamcs, seor Chaudoreille, seguidme para que os dé audiencia... Disimulad señores, que no será muy larga nuestra entrevista.

Diciendo estas palabras, pasóse el marques á otra habitacion, siguiéndole Chaudoreille con tal aire á la vez de importancia y de misterio, que causó suma diversion á los tres señores que se quedaban en la mesa.

Luego que Chaudoreille se vió á solas con su patrono, examinó las puertas para cerciórarse de que estaban bien cerradas, agachóse para registrar debajo de las mesas, pero el marques, tirándole de la oreja; le dijo.

—¿A qué vienen todas esas ceremonias?

—Señor, es que vamos á tratar de todo un misterio... de un secreto, y no quisiera que una tercera persona nos escuchára.

—Al grano, habla!

—Me espongo sobremanera con decirlo; tal vez pudiera costarme la vida.

—Mas te espondrias callando la boca, dijo el marqué con impaciencia, y echando mano al hurgon de la chimenea.

—Voy á complaceros, señor; apuesto á que nunca habeis visto á la hija de Touquet.

—¡A la hija de Touquet! ¿pues qué el barbero tiene una hija?

—No precisamente engendrada por él, sino una chica que adoptó algunos diez años atrás.

—¿Touquet adoptar una chica! Vive Baco, que me sorpreendes!

—Oh! bien seguro estaba yo de que Vuese  or  a ignorase esta circunstancia, porque hay en todo eso un misterio... y muy extraordinario en verdad... y nadie oculta tan cuidadosamente á una jóven cuando no la quiere para sí...

—¿Y que tal es esa muchacha?

—Señor, es un angel; una beldad divina!... celestial!... no ha cumplido aun los diez y seis... con los contornos de una ninfa... Y Touquet hacía correr la voz de que era horrible, un monstruo con enaguas... que carecia de todo aliciente... Yo he visto á la jóven Blanca; porque, como quisiese que la enseñasen la música, fácil será suponer que tuvo que echar mano de mí, y dejar que subiese al cuarto de la chica, quien jamas sale á la

calle, ni aun se le permite asomarse á la vidriera.

—Vaya una cosa estraña! dijo el marques; tu escitas mi curiosidad hasta lo sumo.

—Bueno vá... con eso tendré los cien redondillos, dijo entre si Chaudoreille; esto vale mas que las dos monedas de oro que el barbero me habia prometido... sin contar el honor de ser agente de negocios del señor marqués de Villebelle.

—¿Y dices que no es porque la quiera para su propio uso que oculta tanto á la muchacha? respondió el marqués, al cabo de un momento.

—No, señor; pues que vá á casarla dentro de pocos dias.

—¡A casarla!

—Si, señor, con un mozalvete, á quien ni aun conoce de vista la hermosa Blanca; y estoy seguro de ello, porque nadie sino un servidor vuestro, tiene libertad de penetrar en su casa... Juraría que Touquet quiere sacrificarla, y que la pobre moza abomina á su destinado marido.

En esto no decia Chaudoreille lo que realmente pensaba, sino que le tenia cuenta presentar las cosas bajo este punto de vista.

Caviló el marques durante algunos momentos, y despues dijo:

—Dime pronto cuanto sepas acerca de la adopcion de esa muchacha.

Si señor: habrá unos diez años que Touquet, quien entonces estaba mas pobre que una rata, tenia casa de huespedes, al mismo tiempo que barberia. Una tarde se apeó en su casa un caballero que llevaba consigo á una niña de cinco á seis años, y pidió posada. Recibióle Touquet, y aquella mis-

ma noche salió á la calle el forastero, dejando á su hija en el hospedage; pero fué asesinado en la calle de San Honorato, inmediato á la casilla de los rondines.

—¿Y fueron descubiertos los matadores? dijo el marqués, mirando á Chaudoreille de hito en hito.

—Oh! no, señor, respondió el bravo dejando escapar una sonrisa casi imperceptible... pero..... algun tiempo despues se halló Touquet bastante rico para comprar la casa que tenia arrendada.

Hizo el marques un movimiento repentino, cual si hubiese acabado de pisar un áspid. Sucedióse un largo silencio, durante el cual conservaba Chaudoreille clavados los ojos en el suelo, sin atreverse á leer en los de su colocutor.

—¿Y fué la hija de ese hombre la que adoptó? dijo en fin Villebelle rompiendo el silencio.

—Si señor, la misma.

—¿Como se llamaba su padre?

—Moranval, segun creo; por lo demás solo se le encontró encima una carta insignificante, y por la cual no era posible venir en conocimiento de su familia.

—¿Y la muchacha es hermosa, eh?

—Mas de lo que puede ponderarse, señor, y si la vierais...

—Toma, si la veré!

—Señor me tomara la libertad de insinuaros que Touquet me ha prohibido terminantemente hacer mencion de la jóven ahijada.. así como tampoco de su próximo casamiento. Por dar gusto á Vuesencia, me he sacrificado; pero el barbero es tan

malol tan perverso!... que os ruego, señor, no le digais que he sido yo por quien sabeis este asunto.

—Fiate de mí.

—En todo caso me tomaré la libertad de acojeme á la proteccion de Vuestra Escelencia..., lo mismo que respecto á mi desafio con el principe de la Cochinchina; lo que no es un embuste, como Vuesencia tuvo á bien considerarlo.

Quedóse el marqués largo rato absorto en sus reflexiones; levantóse por último, diciendo á Chaudoreille.

—Sigüeme, y punto en boca sobre este negocio... Dentro de veinte y cuatro horas volverás á este casino, y si no me has engañado, recibirás la recompensa que prometido te he.

—Inclinóse hasta el suelo nuestro valenton, y signió los pasos del marqués. Volvieron al salon del festin, donde los huéspedes esperaban con impaciencia su retorno.

—Y bien! dijole Chavagnac luego que le vió de vuelta; gvalia la pena de abandonar el rico champaña?

—Así lo creo, respondió el de Villebelle, y pasado mañana os contestaré con mayor certidumbre. Tu, Chaudoreille, baja al cuarto de Marcelo, y haz que te dé una buena cena antes de partir.

No dejó el hijo de Dalila que le repitieran la orden. Fuése corriendo en busca del mayordomo, y tomando ya para con él un un aire de proteccion, hizo que le sirviera de cuanto mejor habia en bodega y cocina, diciendo á su antiguo camarada de cárcel:

—Estoy en gran favor con tu amo; pórtate

bien conmigo, y me será fácil decirle dos palabritas en beneficio tuyo... Sobre todo jamás te niegues á hacerme la partida al truquiflor, pues de lo contrario te pierdo irremisiblemente en el buen concepto de su señoría.

El pobre Marcelo, que no entendia jota de cuanto pasaba, dejó que le ganasen aun sus partidas su amigo y protector Chaudoreille. Amaneció por fin, y este salióse del casino diciendo:

—Volveré esta noche á las diez: porque me ha citado el señor marqués á esa hora.

Atrevióse en seguida á introducirse en el arabal, parándose tan luego como descubria á distancia dos hombres juntos, y preguntando con aire de misterio á algunos almaceneros si habian oido hablar de la muerte del principe de la Cochinchina. Pero como nadie le diese razon de semejante suceso, concluyó Chaudoreille por persuadirse que el magnate asiático habia muerto conservando el incognito mas riguroso, y ya tranquilizado sobre las resultas de lance tan severo, tuvo bastante ánimo para presentarse en las calles de Paris.

Despuesdel coloquio secreto del marqués y Chaudoreille, volvieron á jugar los cuatro amigos; pero ya todo júbilo habia desaparecido de la reunion. Villebelle estaba pensativo y tenia poco interés en la conversacionn de sus huespedes. El vizconde se quedó dormido; al gordo Montgeran se le acabaron las canciones; y Chavagnac se aburrió porque no ganaba una mano. En fin á las seis de la mañana se separaron aquellos caballeros, dirigiéndose cada cual á su palacio en la ciudad, y el marqués volvió al suyo reflexionando sobre lo que le habia revelado su nuevo corredor.

CAPITULO VI.

*Con el oro y el poder toda se llega
á obtener.*

AUN faltan dos dias para que yo sea esposo vuestro, querida Blanca, dijo el bachiller apretándole tiernamente la mano á la hechicera doncella:

—Ay, amigo mio, contestó la inocente jóven, cuan dichosos seremos luego que nos veamos unidos para no separarnos jamás! Cuanto placer habrá de darme la vida campestre! Allí respiraré con mayor franqueza que emparedada en este cuarto; iremos á jugar, á correr por la yerba; ¿no es verdad, Urbano mio?

—Si, con nuestras propias manos cultivaremos nuestro jardín...

—Ah! que deleite!... con eso tendremos flores... me gustan tanto!

—Ni nos faltarán vacas tampoco, supongo? dijo Margarita..

—Oh! si chacha, ni palomos, conejos ni gallinas... todo eso deberá ser tan divertido! Tengo un recuerdo de haber vivido en el campo cuando niña y en una casa, donde habia de todo eso.

—Pobre Blanca! ¿y es ese el único recuerdo que conservais de vuestra infancia?

—Ah! todavía tengo presente á una señora que estaba siempre á mi lado y me hacia continuas caricias, seria sin duda mi madre.

—Pobremuger! dijo Margarita, quizás exista aun, y no poder adquirir noticias de ella!... pero ahuyentemos unos pensamientos tan tristes!

—¿Y no echareis de menos á Paris, Urbano?

—¿Y qué he de echar de menos, teniéndooos junto á mi?

—Estos bondadosos chiquillos! dijo la vieja criada levantándose de su silla; las Providencia los ha unido, y hécholos el uno para el otro; pero ya han dado las nueve, señor Urbano... es preciso que os marcheis.

—Las nueve!.., se acerca el instante de no volver á separarnos, pero los dias que paso lejos de mi Blanca me parecen tan largos!

—Lo mismo me sucede á mi, Urbano, y figúraseme que jamás se ha de poner el sol!

—Hace dias que no he visto al señor Touquet.

—Oh! esta noche, no le vereis, dijo Margarita; por-

que despues de comer recibió una carta, que trataba á la cuenta de asuntos urgentísimos, pues salió al instante y todavía no ha vuelto. —

—Adios, pues, Blanca querida.

—Hasta mas ver, Urbano.

—Solo faltan dos dias... pero el plazo es casi eterno.

—Bien habeis pasado ya quince... observó Margarita.

—Si: mas no sé porque razon estos que faltan me parecen interminables.

—No podia decidirse Urbano á separarse de Blanca; tenia el corazon oprimido; los ojos de ambos amantes se inundaron de lágrimas, y la jóven tendió la mano á su amigo, quien la apretó contra su corazon.

—No sé lo que tengo, dijo Blanca, pero su partida hoy me causa mayor tristeza que nunca.

—Que niñeria, interpuso la vieja, parece cual si no hubierais de veros en dos dias... Pues no vendrá el señor Urbano mañana á la noche?... Vámos, vámos, ya es tiempo de recogerse.

—Volvieron á decirse adios los amantes, arrancando profundos suspiros, y en fin siguió el bachiller á Margarita, quien cerró la puerta de la calle, regresando en seguida á la habitacion de Blanca, á quien regañó por su tristeza; mas no consiguió devolverle la alegria, pues los esfuerzos de la razon pueden persuadir al espíritu pero son insuficientes para calmar las zozobras del corazon.

Habia escasamente un cuarto de hora que se ausentára el jóven bachiller, cuando se oyeron violentos golpes á la puerta de la calle.

—Ah! ese es sin duda Urbano, quien habiéndome dejado tan triste, habrá vuelto para consolarme:

Oh! no es muy factible eso, dijo Margarita; mas bien será el señor Touquet que venga á recogerse... y sin embargo, es extraño que llame; porque se llevó el picaporte.

—Anda á ver quien es, chacha mia.

Si, si, hija pero y si no fuese el señor... es tan tarde... estamos solas dentro de la casa, y no me parece prudente abrir.

—¿Quieres que mire por la ventana? al instante averiguaré si es Urbano.

—Hazlo, hija mia; me parece eso lo mejor.

Ya la niña habia abierto la ventana y reconocia la calle: estaba todo mas negro que la tinta; pero el amor tiene ojos de gato, y cercioróse al momento Blanca de que no era su querido.

—¿Quién es? preguntó Margarita, asomando la cabeza.

Contestóle muy de recio una voz.

—Vengo de parte del maestro Touquet; quien me ha encargado de un mensaje dera su hija adoptiva... la señorita Blanca.

—Vaya una cosa singular; dijo Margarita á la jóven... ¿Como es posible que el amo, quien te oculta con tanto celo para que nadie te vea, nos envíe una persona extraña y tan á deshora?

—Ya, chacha; mas en el supuesto de que viene de su parte este caballero, preciso es que le franqueemos la entrada... ¿Quién sabe si le ha sucedido algun lance á mi padrino?

—¿Y está solo ese hombre?

—Si, chacha, no veo mas que á él.

—Abrid pronto! gritaron desde la calle... pues traigo suima prisa.

—Allá van!... aguardad un instante... estate quieta aqui, hija mia.

Bajó Margarita con su velon, y aunque no del todo serena, describió los cerrojos, y vió delante de si á un hombre embozado en su capa, y cubierta la cabeza con un sombrero adornado de plumas.

—Mucho habeis tardado buena anciana, dijole sonriéndose el desconocido; mas sin embargo quiero indemnizaros de la incomodidad que os doy.

Diciendo asi, púsole en la mano á Margarita un puñado de monedillas de oro que la vieja vacilaba en aceptar, al mismo tiempo que decia entre si,

—Este proceder no es por cierto el de un ladrón.

Entróse el extraño como por su casa; enfiló el pasadizo, mientras Margarita continuaba su soliloquio mental.

—No es esta la primera vez que yo he visto á este sugeto... y su voz me recuerda... Si, creo que es el amigo que aguardó el amo hasta tan tarde algunas noches ha.

No se engañaba la dueña: pues era efectivamente el marqués, quien acababa de introducirse en la casa, despues de haber tenido cuidado de enviar una carta al barbero, citándole á gran distancia de alli y mandando le esperase hasta las diez de la noche.

—Creo que vuestra merced ha estado ya acá, dijo margarita completamente repuesta de su sobresalto, al reconocer en la persona del extraño á uno que suponía ser amigo de su señor:

—Si, si, buena madre; he venido á esta casa muchas veces. Pero daos prisa á conducirme á la habitacion de la señorita Blanca, pues me precisa verla.

—¿Se habrá puesto malo mi amo, tal vez, ó hallado en alguna disputa?... suceden tantos percances en esta ciudad.

—No tengais recelo... nada le ha acontecido. Siguió el marqués á Margarita, quien le llevó al cuarto de Blanca; cuya puerta abrió, diciendo:

—Señorita, aqui hay un caballero que desea hablaros de parte del señor Touquet.

Dió algunos pasos la jóven para recibir al desconocido, quien entró sin ceremonia, pero viendo á aquella beldad, se detuvo, permaneciendo inmóvil largo rato con los ojos clavados en ella.

El rostro del marqués tenia cierta cosa que imponia respeto, y aun cuando sus facciones á la sazón nada de severo ostentasen, sin embargo, el asombro y la sorpresa que en ellas se dibujaban añadian al fuego de sus miradas naturalmente nobles y altivas. Bajó Blanca los ojos al suelo involuntariamente, no pudiendo sostener el examen que el marqués parecia estar haciendo de su persona, mientras Margarita no osaba respirar, tal era el miedo que tambien le causaba el desconocido.

—Es superior en verdad á cuanto mi propia imaginacion discurria! exclamó por fin el marqués como si estuviese hablando consigo mismo.

—Señor, dijo Blanca con embarazo; la criada me avisa que teneis que decirme alguna cosa... de parte de mi bienhechor... ¿Le habrá acontecido algun desastre?

—No, Blanca amabilísima, no... vuestro... bien-hechor, ya que así tal os dignais denominarle, no corre el peligro mas leve; pero yo quisiera arrostrar mil, con tal de mereceros igual interés.

Miró Blanca tímidamente al señorón, como si aguardara que se explicase mas, y el marqués, al apresurarse por conducirla á una silla, dejó caer el emboce de su capa, y descubriéronse del todo sus ricos vestidos; al notar tan costosas galas, dijo Margarita en voz baja á la jóven.

—Válgame Dios! hija mia ¿ves cuantas piedras preciosas... cuántos encajes, es cuando menos un príncipe!

—Oh! sí, está soberbiamente equipado, contestó Blanca... pero mas me gusta el traje que usa Urbano.

Villebelle, quien no apartaba los ojos de Blanca, volvió á guardar silencio...

—¿Y cual es el objeto de vuestra visita, señor? dijole la niña, viendo que se contentaba con mirarla.

—Si; interpuso Margarita, quien procuraba recuperar su seguridad ordinaria, ¿pues que para algo habreis venido?

—Y he hallado mucho mas de lo que venia buscando, dijo sonriéndose el marqués, sin dar indicios de advertir la restriccion que su presencia causaba, y en seguida apoderándose de una de las manos de Blanca, apretósela diciendo:—¿Vos en este retiro? vos oculta de los ojos del Universo, cuando deberiais constituir su gala mas vistosa, y recibir sus mas rendidos homenajes?

—Perdonadme, señor, contestóle Blanca, pero yo no os entiendo.

—Ni yo maldita la cosa, refunfuñó Margarita, fijando sus ojillos en el marqués.

—Tanto mejor, doncella adorable, repuso Villebelle á Blanca sin hacer caso de la anciana dueña. —No me han engañado... Es la inocencia misma, el candor más perfecto... en union con cuanto la beldad y las gracias tienen de más seductor.

—¿Pero es ese el encargo que os ha dado Touquet para mí?

—No amable niña, no fué eso precisamente, dijo riéndose su señoría, y reteniendo siempre la mano de Blanca, que la jóven trataba de retirar.

—Sin embargo, es preciso que os expliquéis, caballero, dijo Margarita con tono áspero, hace ya un cuarto de hora que estais aquí, y aun no habeis manifestado el objeto de vuestra venida... Se va haciendo tarde, y nosotras no acostumbramos velar de esta suerte.

—Pues bien vejestorio, anda tú á acostarte, que yo haré compañía á esta preciosa jóven hasta que vuelva el maese Touquet.

—¿Qué yo os deje á solas con mi niña querida! exclamó Margara, á quien la palabra *vejestorio* habia acabado de amostazar. —No fallaba otra cosa! no... señor... no: que están verdes... Vuestros encajes, vuestras pedrerías, y todos esos elegantes jaeces maldito si me dan buena espina... Vaya!... ea tomad vuestras monedas de oro, pues ya comienzo á creer que vuestras intenciones vienen atravesadas, y Margarita jamas secundará los proyectos de un seductor, aunque fuera un duque ó un principe y le ofreciese todas las minas del Perú.

Contentóse el marqués con encogerse de hombros sin volverse hácia Margarita, y en seguida sentándose inmediato á Blanca, quitóse capa y sombrero, colocándose muy á sus anchas, cual sino tuviera intencion de despedirse en largo rato.

Blanca estaba trémula, cohibida y mirando á Margarita dábale á entender su deseo de que no la abandonase; y la vieja, á quien inspiraba nuevos recelos la conducta de aquel hombre extraño, hacia todos los esfuerzos posibles para aparentar presencia de ánimo, diciendo con una voz, cuyos temblores descubrían á las claras su zozobra:

—No te apures, hija mia; aqui estoy yo... no te dejaré, y aun cuando este caballero no se dá por entendido de lo que hablo, será bien nos diga lo que pretende hacer aqui.

—Ya te lo he dicho, buena muger; estoy aguardando al maestro barbero, pues me precisa hablarle esta noche misma... porque me interesa sobremanera.

—Y ahora poco deciais que era él quien os habia enviado... ¿Conque segun eso nos engañasteis?

—Quizás; contestó riéndose el marqués.

—Pues bien, señor, si tanta prisa os corre esperar á mi amo, podeis bajar á la trastienda... os daré un velón... y allí encontrareis lumbré.

—No, buena tia; me hallo muy bien aqui, y este aposento es preferible á la trastienda, asi como la sociedad de esta hechicera niña hará que el tiempo me parezca mas corto. ¿No es verdad, amable Blanca, que no sereis tan cruel que os resistais á hacerme compañía?

—Valgame Dios!... señor... si os place... si o divierte... será preciso que yo acceda á vuestra voluntad:

—Tambien es buena, dijo Margarita, que tengamos que sugelarnos á las voluntades de este señor..... pero... paciencia..... quizas no tarde quien....

En aquel momento se oyó cerrar con estrépito la puerta de la calle... Hizo Blanca un movimiento de alegría, y Margarita exclamó con aire triunfante.

—Ahi está mi señor... ahora veremos si han de venir á repantigarse en nuestro cuarto á despecho nuestro.

Levantóse el marqués sin decir nada; recogió su capa, y calándose el sombrero besó á Blanca la mano diciéndole:

—Hasta la vista, doncella incomparable.

En seguida dejó el aposento, y dijo á Margarita:

—Alúmbrame.

Todo esto fué tan pronto, que Blanca atónita no tuvo tiempo de impedir la accion del marqués; y la vieja dueña, á quien parecia un sueño cuanto pasaba, siguió al señoron exclamando:

—Jesus me asista! vaya un hombre!

Acababa de entrar el barbero, y apenas habia soltado la capa, cuando el marqués, á cuyos talones iba Margarita, se presentó en la sala baja. Al aspecto de Villebelle hizo el maestro un movimiento de asombro, y dijo:

—Qué! Vuesenoría por acá..... señor mar...

No le permitió su sorpresa concluir la oracion, y gritóle Margarita:

—Si, por cierto señor: háce mas de tres cuartos de hora que está aquí este caballero, quien se presentó de parte de su merced, entrándose muy-orondo en el aposento de Blanca.

—¡De Blanca! repitió el barbero dejando trase ucirse una violenta turbacion:

—Si, señor, en el cuarto de la señorita, y....

—Basta, buena tia, salte de aquí exclamó el marqués, con tono imperioso.

—Qué me salga! repuso Margarita; ante todo me precisa...

—Obedecer! tronó el barbero con voz hinchada. Salte pronto!

Quedóse de una pieza la honrada Márgara, pero no se atrevió á replicar una sílaba; y retiróse, diciendo para sí:

—Esto es incomprehensible! el tal hombre hace aquí cuanto se le antoja... esto me pasma!

—Y bien chacha mía, díjole Blanca al verla ¿qué se ha hecho del desconcido?

—Oh! no sé que clase de hombre es ese! pero el señor Touquet en presencia suya está mas manso que un cordero! Aílla los he dejado juntos. Dijome el guapeton: salte, y fué preciso agachar las orejas.

—Esto es singularísimo, chacha.

—¿Y que tal te parece el almidonado señorón?

—Tiene buena figura, y á no ser por el miedo que su presencia me causaba, creo que le hubiera hallado muy amable.

—Valgame San Dimas bendito! Pues á mi se me figura horroroso. Paréceme que tiene algo de diablo en el semblante.

Ah! eso no, chacha; no le miraste á derechas... tiene una cara muy linda y unas facciones que inspiran el respeto... al mismo tiempo que llevan gravada la dulzura.

—Bah! bah! hijita, gustarte la cara de semejante impertinente!... Ah! si te oyera tu Urbano!

—Escucha, chacha, lo mismo diría si él estuviera delante: ¿pues qué no ha de proferir una todo lo que piensa; eso no habría de enfadarle, pues le consta cuanto le amo.

—Vamos, hija mía; es muy tarde, acuéstate, que yo voy á hacer otro tanto; hasta mañana, si Dios quiere.

Subió á su cuarto Margarita diciendo entre sí:

—Las jóvenes siempre han de obrar como jóvenes!... la mas cuerda se deja alucinar al instante con media docena de requiebros, una buena facha, y un vestido bien cortado y rico... Estos son unos terribles talismanes contra la virtud de las mugeres!

Luego que dejó Margarita la sala baja, acudió el barbero á cerrar la puerta, mientras todo anunciaba en él una violenta turbacion. No obstante aguardó á que el marquès se explicase; mas este examinándole con prolijidad, parecia gozarse en su inquietud.

—Me permitis os pregunte señor, dijo por fin Touquet, como acontece que os encuentro en mi casa, cuando me habiais indicado un parage de reunion muy distinto?

—Qué! ¿no lo entiendes, barbero?... es porque quise bonitamente alejarte de tu nido, á fin de introducirme en el aposento de esa jóven que

tu ocultabas de mi, y á la que yo anhelaba conocer... Estos son unos pequeños ardidés de guerra que me enseñaste tu mismo años atrás, y que ya ves tienen excelentes resultados.

El barbero se mordió los labios y nada respondió.

—Ola, bribonazo! repuso el marqués; ¿con que posees un tesoro, un ángel de belleza y de gracias... y lo ocultas de mi, tu antiguo amo? de mi, cuya inclinacion conoces hácia el sexo que tantas locuras me ha hecho cometer?

—Esa es precisamente la razon, señor marqués, porque creí deberia retraer á Blanca de vuestras miradas; mucho me interesa tal niña, para quien hago las veces de padre... Conozco la impetuosidad de vuestras pasiones, y no creo que el honor de ser concubina vuestra, por espacio de quince dias, sea el camino mejor para asegurar la suerte de la pobre muchacha.

—Oyes rufian ¿y desde cuando has aprendido á hacer reflexiones filosóficas? dijo el marqués lanzando al barbero una mirada aterradora ¿será que despues de haberme servido para mis enredos amorosos, despues de haberme precipitado á cometer acciones que sin tu truhaneria jamas me hubieran pasado por la cabeza el perpetrarlas, te se ocurra ahora tomarte la demasia de censurar mis pasiones, y de convertirte en paladino de las bellezas á quienes honro con mis favores?

—Señor!...

—Ten presente que tu hipocresia y tus embustes podrán prevalecer con otros, pero á mí no me engañaran jamas. No era de mi vista solamente que escondias á esa chica, pues que la has

tenida emparedada en su cuarto sin permitir que salga de él... Tampoco era para ti que guardabas á Blanca, pues vas á casarla dentro de pocos dias; además que el amor no es un sentimiento que te es dado conocer; pues tu corazón está completamente abrasado con la sed del oro... Hay pues en el fondo de esto un misterio que me he empeñado en descubrir.

Púsose pálido como la cera Touquet, y un violento temblor sacudió todas sus coyunturas: completamente desconcertado balbució bajando los ojos:

—Yo os juro señor marqués.....

—Concluyamos dijo el de Villebelle interrumpiéndole. Escuchame: quiero mucho, ó mas bien adoro, á esa jóven que acabo de ver cinco minutos hace; tiempo ha que no he sentido un trastorno semejante, como el que experimenté en su presencia... No es un pasajero capricho... no es uno de esos deseos en que no toma parte el corazón!... No... al ver á Blanca, sentime conmovido, turbado, lleno de ternura!... ni puedo definir con exactitud lo que en mi interior se pasaba... Pareciame que ya conocia yo de antemano á esa hermosa niña... que hacia tiempo le adeudaba el amor mas puro... si, precisamente su imagen angelical habia endulzado mis mas plácidos ensueños... no hay duda. Despues de esto me es imposible vivir sin ella en adelante. Es preciso que Blanca sea mia; y no hay sacrificio que yo no esté dispuesto y pronto á hacer para conseguir mi fin.....

—Ah! señor; eso es lo que yo recelaba, dijo Touquet quien parecia hallarse verdaderamente asis-

gido con lo que acababa de oír. ¿Pretendeis porquerida á Blanca?

—Pretendo labrar su ventura, porque conozco que la he de amar hasta la muerte.

—Eso es imposible, señor; Blanca está en viéperas de casarse; va á ser su esposo un joven bachiller de quien está apasionada. Bien vé Vuestra Señoría que su amor no podría hacerla dichosa.

—Paseóse el marqués algunos instantes por el aposento, y despues gritó con arrebató:

—Tello repito... es indispensable que Blanca sea mia... no hay obstáculo que valga. Todavía no puede querer mucho al que le has destinado por consorte... Ultimamente no hay arbitrio que yo no emplee para obtener mis miras... Luego hace pocos dias que ella conoce á ese pretendiente!

—Señor ¿quién ha podido informaros de tanto?

—¿Y qué te importa?... ese amor pues será tan solo un sentimiento pasajero, del cual lográre bien pronto que ella se olvide, colmándola de regalos, de joyas, é ideando cada dia nuevos placeres que la embelesén y cautiven.

—Señor; Blanca está acostumbrada al retiro; ella no es coqueta; seguro está que la seduzca el amor del lujo.

—Eso es demasiado! dijo el marqués; tus objeciones me fatigan. No he venido aquí para pedirte favores, sino para comunicarte órdenes positivas. Te mando que me entregues la persona de Blanca, á quien te juro aseguraré una fortuna independiente... Un tesoro tan rico ha de comprarse caro, bien lo conozco... Toma... ahí tienes esos billetes, y ese oro, que ascienden á seis mil

esendos... Luego que hayas cumplido mis deseos recibirás otro tanto.

Echó el barbero ávidas miradas al caudal que el marqués depositaba en la mesa; mas en seguida, apartando los ojos, dijo con voz ahogada:

—Oro! si... ese ha sido siempre mi ídolo..... pero esta vez... no, no puedo. Acordaos, señor, que dentro de dos días ha de pasar Blanca á los brazos de su esposo.

—Y es hoy mismo... esta misma noche cuando exijo que la hagas pasar á los míos.

—El barbero dió muestra de vacilar; de cuando en cuando ojeaba el monton de monedas que sobre la mesa resplandecía, y luego pronunciaba con evidente esfuerzo.

—Señor, no puede ser; péname en el alma tener que desobedeceros; pero las cosas están demasiado adelantadas.

Acercóse el marqués á Touquet, y apretándole fuertemente el brazo, le dijo á media voz:

—Entonces, me será preciso suplicar á mi tío el gran proboste, que haga una nueva investigación acerca del asesinato del padre de Blanca... ¿Crees tu, barbero vil, que no 'adivino en parte el motivo que te hacía ocultar tan sigilosamente á esa muchacha, y esconderla de los ojos del mundo? Su belleza habria de hacerla notable y aficionarle gran número de pretendientes; se hubiera hablado de Blanca, y averiguando quien era, á que familia pudiese pertenecer, se tomarian nuevos informes acerca del desventurado caminante que fué asesinado la noche misma de su llegada á Paris. Se harian reflexiones sobre el caudal que

te enriqueció tan de repente, y sin saber como, á poco tiempo del mencionado desastre.

—Señor, dijo el barbero, cuya frente se habia tornado, lívida mientras un temblor convulsivo hacia tiritar todos sus miembros:

—Señor! ¿que es lo que decis?... seriais capaz de creer?...

—Hasta ahora nada creo; pero mañana mismo voy á interesar á los magistrados á fin de que practiquen vivas diligencias para aclarar este misterio.

—Señor! Blanca es vuestra! gritó el barbero cayendose anonadado en una silla.

Dejó escapar el marqués una sonrisa de triunfo, y solo pensó ya en sus nuevos amores. mientras Touquet abatido y consternado estuvo todavía algunos minutos sin atreverse á levantar los ojos, y sin poder recuperar su acostumbrada sangre fria. Al fin levantándose, murmuró con voz entrecortada;

—Creed, señor marqués, que no son las sospechas que podeis haber concebido lo que me decide á obedeceros... sino tan solo la ciega adhesion que profeso...

—Basta dijo interrumpiéndole el marqués; ni una palabra mas sobre este asunto. Quiero convencirme de que las apariencias pueden engañarnos... Ahora ocupémonos tan solo de mi pasion. No quiero perder un solo instante para asegurar la posesion de Blanca... y ya que dices que dentro de dos dias habrá de casarse, precisa que deje tu casa esta noche misma.

—En efecto, señor, dijo Touquet; ya que ha

de irse mas vale que sea cuanto antes. Pero lo que es esta noche no acierto como!

—Ya no te conozco, Touquet; en todo ves obstáculos, y para mí desaparecieron los estorbos. Aun no es la media noche; todavía nos sobra tiempo. Voy corriendo à mi palacio, enviaré à mi ayuda de cámara German en busca de un coche, y para ir hasta el casino...

—Señor, no es allá adonde debeis conducir à Blanca, porque no estaria segura en ese parage; el casino dista demasiado poco de Paris. Urbano Dorgeville...: el jóven que iba à casarse con ella, hará cuanto pueda para recuperarla. Ese mancebo la adora, es emprendedor, y debeis temer cualquiera cosa de su desespero.

—Yo no temo à nadie, bien lo sabes tu; pero conozco que tu consejo es muy prudente.... Blanca es tan hermosa.... Ya tengo celos de cualquier mirada que dispensase à otro, y son muchos los calaveras que conocen mi casino... Pero aguardate... aguardate, ya tengo lo que me hace falta: entre las haciendas que me dejó mi madre cuento una quinta situada en las inmediaciones de Grandvillers à unas veinte y dos leguas de aquí, y bastante apartada del lugar y de la carretera para no llamar la atencion de los transitantes.

—Muy bien, señor, esa convendrá perfectamente.

—Solo una vez he visitado la tal quinta, que se llama de Sarcus; pero aun cuando paré en ella poco tiempo tuve el suficiente para admirar la elegancia de aquel edificio. La quinta construida en el año de 1422 fué regalada por Faancisco I^o.

á la señorita de Sarcus, y se cita su fábrica en los contornos como obra maravillosa respecto á su escultura y á la belleza de su fachada, en la que el artista escedió á cuanto se habia hecho hasta entonces. Es allí pues adonde llevaré... ó por mejor decir, haré que otros lleven á Blanca.... Veinte y dos leguas... dos hombres de confianza... llegará á la quinta en diez horas cuando mas. Y yo, mañana mismo, despues de haber arregado mis negocios, pretestaré en la corte un viage á Inglaterra; tomaré el camino y me iré pian pianito á Sarcus, para no separarme en mucho tiempo del ídolo de mi adoracion: ya estás viendo Touquet; mi plan está perfectamente concebido, y nadie podrá sospecharme de haber robado la jóven huérfana.

—Cierto; no lo sospecharán vuestros brillantes conocidos; mas aquí ¿cómo nos compondremos para convencer á Blanca, evitar el escándalo, y los gritos que llamarían la atención de la vecindad?

—Preciso es engañarla, pardiez! y eso te toca á tí... ¿Te se ha vuelto tan estéril el espíritu que nada te se ocurra para engañar á una chiquilla?... Hay mas que hacerla creer que va en busca de su íntimo esposo!...

—Aguardad, señor, ya concibo efectivamente ese medio... mas es preciso que Blanca no os columbre... pues la vista de Vuesenoría pudiera inspirarle desconfianza; y entonces toda la treta se desharia como el humo.

—Te repito que partirá sola; un postillon y dos hombres bien armados, y subidos en la traserá del coche, me responderán de su persona.

—Es suficiente.

—Ya han dando las doce de la noche... voy á disponerlo todo.... Mi ayuda de cámara se adelantará á todo escape, á fin de llegar á la quinta, comunicar en ella mis órdenes, y estar allí para recibir á la jóven divina... A las dos de la madrugada vendré á tu puerta con el coche.... ¿Quedas enterado?... á las dos en punto.

—Sí, señor, sí: no se me olvidará tan fácilmente esa hora, dijo el barbero estremeciéndose involuntariamente.

—Gubiérnate de modo que para aquel instante se encuentre lista Blanca para subir al carruage... Me voy... Cuidado con faltar á tu promesa, ó mi venganza será terrible.!

—Señor, bien puede Vueseñoria contar con mi obediencia.

Embozóse en su capa el marqués, y salióse presuroso de la casa del barbero.

Quedó á solas Touquet y por largo rato pensativo y mustio, al fin, levantándose bruscamente dijo para sí:

—Al cabo ¿qué me importa que Blanca pertenezca á Urbano ó al marqués?... ¿Me habré tornado tan débil que dé cabida al enternecimiento por el amor de dos muchachos? Si he conservado en casa á esa niña, solo ha sido para alejar toda sospecha.... Pero en fin voy á verme libre de carga tan pesada. Vamos á guardar este oro... El marqués me ha prometido otro tanto. Y era cosa que yo lo rehusase?... no... es preciso que mi destino se cumpla; y este metal habrá de servirme de segura brújula para lo futuro. Solo tenia yo diez

y seis años cuando mi amor al dinero me hizo cometer acciones que me acarrearón la maldición de mi padre!... A poco de haberme venido á París, ciudad que anhelaba ver, vime despojado de cuanto poseia por unos hombres mas perversos que yo, habiame visto engañar, y quise hacer á otros lo que aquellos me hicieron á mi.... Dí suelta á mi ingenio... hasta entonces poca maldad habia en él... pero la maldita sed del oro!... En diez años no he podido barrar de mis mientes el recuerdo de aquella noche horrible, en que... Desde ese tiempo no me ha sido posible disfrutar de una hora de reposo... Quiero volverme á mi lugar, y si mi padre existe aun, hacer cuanto pueda á fin de conseguir que me perdone... tal vez entonces me encuentre menos azorado... Mas si llegase á saber el autor de mis dias, por que medios he alcanzado enriquecerme... ah!...

Volvió el barbero á hundirse en sus reflexiones. No tardó en dar la una el reloj de Santa Eustaquia. Al oírlo, se llegó Touquet con pasos lentos á la mesa, recogió el oro que habia encima, y subióse á encerrarlo en su cuarto. En seguida, dirigiéndose al aposento de Blanca, llamó á la puerta.

La pobre niña no estaba durmiendo, los sucesos de la noche la traian desvelada. Aun pensaba que tenia al hombre extraño junto á sí, quien apretándole la mano, la miraba con una espresion indefinible. Sentíase con pesadilla, y figurábasele que no tornaria á ver á Urbano, pues que la imagen del marques se interponia incesante entre ella y su amador, mientras la tristeza, que al despedirse manifestara este último, redoblaba tambien

su angustia. Entregada á estas vagas inquietudes, mas crueles á veces que una pesadumbre real, no podia Blanca conciliar el sueño; y al oir que llamaban á su puerta tan á deshora, experimentó una nueva sensacio*n* de horror.

—Quién está ahí? gritó ella con alterada voz.

—Soy yo, Blanca, respondió el barbero, abre, pues tengo que comunicarte asuntos muy importantes.

La jóven, que habia conocido la voz de Touquet, se levantó, y echándose un vestido abrió la puerta de su cuarto. Yenia el barbero un velon en la mano, pero no alzaba los ojos para mirar á Blanca, quien al contrario, hubiera querido leer en los suyos, cuando exclamó:

—Válgame Dios! amado padrino ¿ha sucedido algo?

Estas palabras, *amado padrino*, pronunciadas por la voz tan dulce de Blanca, trastornaban siempre á Touquet, quien esta vez, sin embargo, hizo un esfuerzo para ocultar su emocion.

—Tranquilízate, Blanca, díjole, y escúhame: Urbano hatenido una quimera esta noche.... un desafío...

—Oh! cielos! ¿está herido?

—No, no, nada de eso, pero como exigiese su seguridad, á fin de no caer preso, que dejase á Paris, tuvo que tomar el camino al instante para su casa de campo.

—Y se ha ido sin verme!

—Déjame acabar; deberiais haberos casado aquí, mas ahora lo verificareis allá en su hacienda. . lo mismo dá. Ahora bien, á fin de calmar los te-

—mores de Urbano, hizo este que yo le prometiera enviarte con él esta misma noche.

—Oh! ahora mismo, padrino de mi alma, cuando gustéis... ¿mas por qué no hicisteis que yo marchara con él?

—No se pudo á causa de que á Urbano le era imposible perder un momento; por feliz acaso un amigo mio envia á aquel pais un coche con un criado de confianza para que se traiga á su señora: y este carruago estará á la puerta de casa dentro de un brevisimo rato. Está lista; no hagas preparativo ninguno, pues allá te espera cuanto necesites... ¿Me has entendido?

—Oh, si señor; no tardaré un minuto en estar pronta.... ¿Y Margarita?

—Todavía no puede seguirte, porque no es cosa que yo me quede desaviado. Así que venga á casa una criada nueva, que estoy esperando, te remitiré tu chacha al momento... En la trastienda estoy; acaba de vestirme y baja luego que oigas el coche.

Desapareció el barbero, y Blanca, no teniendo la mas leve sospecha del engaño que la tedian, comenzó las faenas del tocador, diciendo al mismo tiempo:

—Pobre Urbano! bien segura estaba yo de que algo le habia acontecido... No era falso el presentimiento que le atormentaba... Cuan feliz fué en haberse podido escapar... pero voy á juntarme con él y jamás volveré á dejarle.

Entretanto Touquet, al tornar á su cuarto, decía prrra sí:

—Todo va bien: la chica partirá sin la mas le-

ve objeccion... Pero ¿y si Margarita no estuviese durmiendo, y hubiera oído algunas de las palabras de mi conversacion con el marqués, y se empeñase en acompañar á Blanca?... Importa sobremanera que la vieja no se entere de nada... Fácil es asegurarme de si está dormida... pues ahora ocupa la misma habitacion donde se acostó el padre de la huérfana,

Tomó su velon el barbero, y dirigióse hácia un gabinete que estaba en el fondo de su aposento. Habiendo llegado allí titubeó todavía; mas al instante, haciendo sobre si mismo un violento esfuerzo; tocó un resorte oculto detrás de una cortina, y abriéndose una puerterita dejó ver una escalera muy angosta que conducia al piso superior. Apartó Touquet los ojos, murmurando:

—Desde aquella noche fatal no he subido por estos escalones!

Subió ahora por ellos, sin embargo; y sus espantados ojos parecian temer encontrarse con algun objeto aterrador; mientras una de las trémulas manos del barbero adelantaba la luz, y la otra le servia de puntal contra la pared á fin de asegurar sus vacilantes pasos.

Luego que llegó á lo alto, detuvo su progreso una puerta cerrada con dos cerrojos. Descorriólos Touquet calladito, y encontróse en el pequeño y oscuro gabinete que estaba en el fondo de la alcoba del aposento de Margarita, y que la buena vieja acompañada de Blanca habia visitado sin notar la puerta que á la escalera caía, porque estaba curiosamente embutida en el zócalo.

Puso el barbero su velon en el suelo; y apagando el oido contra la puerta que daba á la alcoba, oyó unos prolongados ronquidos, que daban á entender hallarse sepultada Margarita en un profundo sueño: saliendo del gabinete en seguida, volvió á echar los cerrojos á la puerta, y bajó por la escalera secreta diciendo entre sí:

—Nada hay que temer de ella!

De repente el barbero dió un resbalon, y bajando la luz para ver lo que lo habia causado, advirtió en los escalones varias manchas rojizas. Aunque fuese difícil de distinguir de que materia serian aquellas manchas, retrocedió horrorizado Touquet. Encrespárousele los cabellos y sus pies no osaron ya hollar los escalones empapados en aquella sustancia que tanto le estremecía; en su espanto, caésele al barbero de las manos el velon, rueda este y se apaga, dejándole en medio de la secreta subida en la mas profunda oscuridad.

En este momento el reloj de Santa Eustaquia dá la hora solemne de las dos.

Aterrorizado hasta lo sumo, las vibraciones del badajo recordador trastornan completamente el ánimo de Touquet, quien, bajando los escalones cuatro á cuatro, ya cayendo, ya agarrándose de las paredes, unas veces se lastima la cabeza contra estas, otras se le resbalan y deslizan los pies, mientras solloza el cuitado con voz medio ahogada, cual si le acosase algun horrible espectro:

—Misericordia! misericordia! no me persigas! ¿Es porque voy á vender á tu hija que vienes de nuevo á asombrarme?... Oh! te juro que no la entregaré al marqués... no... pero quítame de encima esas manos ensangrentadas!...

Llegó por fin al pie de la escalera; y empujando con violencia la puertecilla oculta detras del tapiz, atravesó su cuarto sin detenerse, porque no había luz en él, y se bajó á la sala trastienda á la que prestaban claridad una lámpara y la lumbre que aun ardía en la chimenea.

Así que se vió en aquel parage, paseó en torno de sí los espantados ojos; hasta que repuesto algun tanto de su terror, pasóse una mano por la frente diciendo:

—Solo ha sido una ilusion.

En aquel momento se oyó el ruido de un coche, que se paró delante de la casa, y el barbero, ya sosegado del todo, corrió á abrir la puerta de la calle.

—Aquí me tienes, dijo el marqués, apeándose del carruage; bien ves que soy exacto en la hora. Mi ayuda de cámara está ya camino de Grandvilliers. El postillon se halla á caballo, y estos dos hombres acompañarán la berlina. Todo está listo; ¿y Blanca?

No tardará en bajar, la he hecho creer que va en busca de su futuro esposo, quien tuvo anoche un desafio, y ella á dado facilmente en el lazo.

—Está muy bien.

—Pero, ocultaos, Señor, no sea que baje y todo se pierda.

—No temas, voy á embutirme en el quicio de la puerta del lado... solo quiero verla subir al coche; mañana estaré en Sarcus y le enjugaré las lágrimas.

—Señor, ya viene aquí.

La jóven habia oido llegar el coche, y deteniéndose un instante para arroparse en su manton; presentándose en la puerta interior de la barberia, dijo la inocente á Touquet:

—Aquí estoy, padrino, ya había yo oído el estrépito de las ruedas.

Condújola á la tienda Touquet, y aunque Blanca creyese que iba á reunirse con Urbano, aquella partida tan á deshora encerraba cierto misterio, cierta singularidad, que casi le helaba la sangre en las venas. Al atravesar la barbería miró á una y otra parte, diciendo:

—Que! ¿Margarita no ha querido venir á despedirme... á darme siquiera un abrazo?

—No... no, respondió el barbero, no hay lugar para eso ahora; y tomándola de la mano la llevó hasta la puerta. Antes que ella saliese, asomó la cabeza Touquet para asegurarse de que no estaba visible el marqués; y en seguida abrió la portezuela del carruaje diciendo á Blanca:

—Anda pronto... súbete y no pierdas un instante.

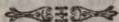
Atravesó el umbral la inocente joven con presurosos pasos; trepóse á la berlina donde al verse sola, y en completa oscuridad, sintió desfallecer su corazón; pero Touquet, había subido el estríbo y cerrado la portezuela.

—Adios, querido padrino: gritóle Blanca tendiéndole la mano... voy á juntarme con mi esposo, pero jamás os olvidaré.... Todo lo que habeis hecho por mí lo ha gravado en mi corazón el mas sincero reconocimiento.

—Caminad! caminad! postillon! vociferó Touquet con una voz sacudida por todos los sentimientos que le desgarraban. El muchacho crugió el látigo, y el carruaje arrancó llevándose á Blanca.

—Ella es mía! exclamó el marqués, y el barbero se encerró precipitadamente en su morada.

CAPITULO VII.



*La cita. Golpes de Fortuna.
El palacio de Borgoña. La
silla de manos.*

 L salir Chaudoreille con el alba del casino situado en el arrabal de San Antonio, no se hallaba completamente con el cuerpo en caja respecto á su desafío con Turlupin, á quien suponía un distinguido personaje. Sin embargo, la idea de verse ahora nada menos que agente de negocios del poderoso marqués de Villebelle, y la de reclamar su proteccion en caso de apuro, le dieron ánimo para volver á Paris, donde recapituló en sus mientes los sucesos de la noche anterior.

Habiale prometido el marqués cien pesos, si Blanca llegaba á agradarle: persuadiase Chaudoreille que tenia segura esa cantidad de dinero; pero si Touquet llegase á saber que por conducto suyo habia adquirido el noble galan conocimiento de la existencia de su protegida, habria todo que temer por parte de nuestro valiente de la cólera del barbero; esta idea y el terror que ella le infundia temperaba en cierto grado el gozo del paladino de la mesa redonda. A pesar de eso no habia olvidado su cita para la tarde, esforzándose por desechar todo recuerdo del formidable maestro Touquet, y haciendo que le sonasen en el bolsillo los pesos que ganára á Marcelo, dirigióse Chaudoreille á una taberna, donde pasó gran parte del dia procurando envalentonarse á fuerza de apurar jarrillos de vino; y á la tarde, sintiéndose mas alentado se entró en su propia casa á fin de que su condescendiente lavandera diese con la plancha un pasa volante á su deslucida golilla. Mientras tanto púsose colorete nuestro héroe, pintóse de nuevo bigotes y pera, cepillóse el sombrero y sacudió el polvo de sus viejas botas de embudo. Concluidas las faenas del tocador emprendió su marcha Chaudoreille para asistir á la cita que el dia anterior le habian dado, y al atravesar las calles iba diciendo entre si:

—Cualesquiera que sean los encantos de mi princesa, no debo echar en olvido que tengo que volver esta noche al arrabal de San Antonio, para recibir los cien pesos del señor marqués... Por vida de sanes, que á trueque de hallarme poseedor de cien pesos, dejaria yo plantada á la sul-

tana favorita, y muertas de berrenchin á todas las odaliscas del Gran Turco.

Ya comenzaba el día á espirar; y media hora larga habiase paseado Chaud oreille por el sitio que la vieja corredora le indicara, levantando la nariz para mirar á todas las ventanas; pero con cien ojos alrededor de sí para asegurarse de que no habia en las inmediaciones ningun aguador. Por fin presentóse la criada de la vispera, quien salió de una casa bastante decente, y pasando por su lado le dijo en voz sumisa:

—Seguidme... pero sin que se note que venís conmigo.

—Basta; nadie me gana á disimulo, contestó-le Chaudoreille, y se fué en pos de la vieja, pisándole los zancajos para no perderla de vista.

Entraron ambos en la casa: subió por las escaleras la conductora, y poniéndose un dedo en los labios, hizo señas á Chaudoreille para que le siguiese. Obedeciola así el caballero; mas de repente, agarrando á la vieja por las enaguas la detuvo, diciéndole:

—¿Es casada, por ventura, la señora ama de vuestra merced?

—¿A qué viene esa pregunta? respondió la criada mirándole con aire burlon.

—A que viene?... Cáspita!... porque hay maridos que no aguantan ancas en esto de galanterías... Pardiez! una puñalada se dá en un decir Jesus... y no he nacido yo por cierto para entrarme de bóbilis por el gañote del lobo, madre mia,

Pero, señor, ¿no venís armado? y si os acometiesen no sabriais defenderos?

—Y tanto como sabria defenderme voto á Alcides, dijo Chaudoreille, bajando mas que de prisa algunos escalones... pero soy hombre que respeto sobremanera los lazos matrimoniales... y bien meditado el asunto, mas vale tocar retirada á tiempo.

Venga su merced acá, señor, repuso la sirvienta corriendo tras el valenton, mi ama no está casada... y aqui no os espera peligro ninguno.

—Ya, las cosas claras, buena vieja; Ca...ñamones! mi vida es demasiado preciosa para esponerla temerariamente..... pero vamos tia Maruja, subid que os seguiré; mas si me habeis mentido, temblad!

Paróse la vieja en el segundo piso, y abriendo una puerta introdujo á Chaudoreille en un lindísimo comedor, y pasóle de allí á una salita ricamente amueblada, donde le dejó diciendo:

—Aguardad aquí que voy á avisar á la Señora.

—No os tardeis mucho, porque no me gusta hacer antesala, gritóle él, mirando alrededor con visible inquietud.

Luego que se vió solo empezó á examinar con curiosidad el aposento, diciendo para sí:

—Está bien puesta la salita! vaya todo en estremo lujoso... la dueña ha de ser precisamente una dama de alto rango... Chaudoreille, hoy estás de suerte, no te hagas el novicio; sino preséntate con desparpajo. Todo me afluye á la vez... Fortuna, amor y pesetas... Bien me daba el corazon que algun cagilon me habia de tocar... Ah! que demonios! aqui tiene un desgarron mi almillá, pero no importa... pondréme el sombrero delante... ya estoy deshecho por ver á mi princesa... conozco que la

ndoro de antemano... Pero ya es de noche... y me han dejado aquí sin luz... muy extraño es eso... Cáspita... cual me palpita el corazón... con la violencia del amor... por supuesto!

Y entonces Chaudoreille alzando la voz dijo:

—Además que si este fuera chasco y me tuviesen preparada alguna mala partida... para eso viene conmigo mi Rolanda... entre ella y yo nos merendariamos á media docena de hombres!

En aquel instante abrióse detrás de Chaudoreille una puerta vidriera, y nuestro bravo cayendo de boca sobre un estante, tiró al suelo unas cuantas tazas de china, y gritó desatentado.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, caballero, respondió la criada, que vengo en busca de vuestra merced para conducirle adonde está la señora.

—Ah! está bien; pero como me dejasteis sin luz creí que era un ratón, á cuyos animales tengo extraordinaria antipatía... Llegó á tal extremo, que mejor quisiera mil veces batirme con una pira entera de leones, que verle la punta del rabo á uno de esos asquerosos cuadrupedetes: ¿Y que queréis! todos los grandes hombres tenemos nuestra manía... pero llevadme adonde gustéis, buena vieja. Hizole atravesar la criada otra pieza; luego abriendo una puertecita le introdujo en un elegante gabinete, alumbrado con numerosas bugias, en el tesero del cual habia una jóven echada en un canapé.

Retiróse la vieja; Chaudoreille turbado de pies á cabeza al hallarse en la entrevista, aunque ya estuviese de sobre aviso, no se atrevia á mirar á la

persona con quien á solas se encontraba, y ponía en tortura su imaginacion para esprimirle algun cumplimiento que viniese de molde. Su Pegaso empero estaba respingon; no le soplabá la musa, y en tal apuro saludó sus oídos la voz de la dama en estos términos:

—¿Como es que el caballero Chaudoreille permanece mudo delante de su antigua conocida?

Estas palabras causaron una viva impresion al hombrezuelo, quien levantando los ojos dió un grito de sorpresa, al reconocer á Julia, la jóven Italiana, quien le miraba con la mas graciosa sonrisa.

—¿Será posible? ¿sois vos á quien veo?..... dijo Chaudoreille.

—¿Y qué tiene eso de extraño, noble caballero?... creísteis que el marqués me habria de dejar para siempre en su casino?

—No... sin duda... hermosa dama, no digo eso... pero me hallaba tan distante de esperar...

Y lanzando á la joven una mirada derretida añadió Chaudoreille para su sayo:—siempre sospeché que tenia capricho por mi... héteme ahora rival del señor marqués; vaya un lance que tiene tres hemoles.

—Sentaos, caballero Chaudoreille, díjole Julia, á quien parecian divertir en extremo durante algunos minutos el embarazo y las ojeadillas del encanijado galan. Este, rehaciendo su habitual desvergüenza, hizo ademan de sentarse en el canapé de Julia; pero, con desabrido gesto indicóle la jóven un sillón colocado delante de ella, dándole á entender que aquel era el asiento que le estaba destinado.

—Mucho miedo me tiene, dijo entre si Chaudoreille, ocupando la poltrona; conoce que no podría resistirme... y quiere retardar el instante de su derrota. No hay para que precipitar los laaces!... mis ojos trabajarán entre tanto la partida!

—¿Acertais el motivo por qué os he hecho venir aqui? dijo la jóven italiana mirándole con socarroneria.

—Señora... hermosa dama... presumo... me lisonjeo... al fin, estas cosas son de aquellas que tienen poco que adivinar.

—Pues yo juzgo que vais completamente errado, seor caballero, díjole Julia tomando el aspecto de la seriedad, y por tanto voy á esplicaros el enigma.

—Ah! Dios de mi alma! dijo entre si Chaudoreille ¿si será su intencion matarse por amor de mi?

—Soy la querida del marqués, como bien debe constaros...

—No lo dudo, pues yo mismo fui el mensajero de...

—Silencio! no me interrumpais. Si no procuro ocultaros mi debilidad, es porque lejos de haber sucumbido al interés, ni á la ambicion; solo el amor ha sido causa de mi vencimiento; y en el sentir de una muger, muchas son las faltas que hace disculpables el amor... Si, mucho tiempo hacia que amaba yo al marqués; habiale visto en los paseos, y á pesar de lo cuanto en contra suya se decia, me fué imposible resistir al sentimiento que me inspiraba... El corazon se me desprendia para volar al encuentro del su-

yo... No os! admire, pues, que accediera yo tan pronto á vuestras proposiciones, pues lisongeábame de que el marqués correspondia al fuego devorador que me abrasaba... Alimentábame la esperanza de tener bastante fuerza para no descubrirle mi pasión hasta no hallarme segura de la suya..... Desventurada de mí! confiaba demasiado en mis propias fuerzas!... fuéle fácil persuadirme que me amaba!..... Ingrato!... A la pasión que me juró ha sucedido una pronta frialdad... y tal vez la indiferencia!... mientras yo... si, yo siento en mi pecho hacia él un fuego mas abrasador que nunca!!!

Animábase Julia al hablar del marqués; sus miradas lanzaban centellas, y toda su persona daba indicios de la violenta pasión que la consumia; entretanto Chaudoreille con la boca abierta y casi asustado al presenciar los arrebatos de Julia, iba reculando su sillón á medida que la veia entusiasmarse.

—Si, añadió la jóven sin acordarse ya de que se hallaba allí Chaudoreille, y entregándose á todo el impetu de sus sensaciones—si, te adoro hasta lo sumo, ó interesante Villebelle!... tu imagen seductora en demasia no se aparta un momento de mi idea! Mi corazón ardiente solo respira para ti!... Mas no puedo sobrellevar tu indiferencia!... y si llegases á amar á otra..... mi furor entonces no conoceria límites..... y en tu sangre, y en la sangre de mi rival vengaria yo ultrage tan horrible.

—Válgame Dios! lo que ella pretende es que yo asesine á su querido! dijo entre si Chaudorei-

lle, procurando nuevamente hacer para atrás su poltrona; mas como ya hubiese llegado contra la pared, no le era posible retroceder mas: contentóse de mirar con el rabo del ojo hácia la puerta, refunfuñando:

—Vaya una cita perruna! Esta muger es el mismísimo diablo! El prototipo del romanticismo! Vale mil veces mas que ella mi clásica lavandera.

Hizo una pausa Julia en su apasionado soliloquio, y dirigiendo la vista á Chaudoreille no pudo dejar de sonreirse al verle tan pegado á la pared de enfrente.

—Acercaos... acercaos, pues, le gritó ella; ahora sabreis lo que tengo que deciros: segun me disteis á entender teneis relaciones muy íntimas con el maestro Touquet

—Si,... señor... mada... señori... *signora*:

—El barbero es de quien se vale comunmente el marqués para sus intrigas de amor; juzgo pues que por su conducto será muy fácil descubrir si Vilebelle trae entre manos alguna conquista nueva... ¿Me entendeis?

—Oh! sí, sí sí; perfectamente.

—¿Consentis en servirme? en darme aviso de cuanto podais sonsacarle al tal Touquet, que tenga referencia con el marqués? y dado caso que os emplee el barbero en algun nuevo corretage para el mismo, ¿prometeis venir á ponerme al corriente sobre la marcha de cuantos planes haya en ciernes?

—Si, señora; consiento y lo prometo con mil amores. Ah! pardiez! añadió el guapo en su interior, si ella supiese lo que le descubrí anoche á su

amante... no salia yo vivo de aqui á tres tirones!

—¿Por que razon temblais tanto?

—Es que padezco de los nervios, señorita.... no es nada... me dá este pequeño castañeteo muy amenudó.

—Vamos.. tomad este bolsillo, y si me servis con celo y fidelidad, hallareis que Julia no es desagradecida.

La vista del bolsillo, que parecia estar bien repleto, tranquilizó el temblor nervioso de Chaudoreille, quien tomándo el dinero, se inclinó hasta la alfombra, y dijo con voz firme:

—Desde este instante, soy vuestro mas adicto siervo, y disponer podeis de mi brazo... de mi espada... de mi...

—No se trata ahora de vuestro brazo ni de vuestra espada: lo que se necesita es que empleeis adecuadamente vuestros ojos y vuestros oidos. Andad en continuo atisvo; haced hablar al barbero; espiad las mas leves acciones del marqués, y venid á darme aviso de todo. Nadie tendrá desconfianza de vos. Retiraos ahora y volved á instruirme de cualquiera circunstancia que pueda interesar á mi amor.

—Sereis obedecida, señora, respondió Chaudoreille, saludándola con la humildad mas profunda. Tiró de la campanilla Julia, y habiéndose presentado la criada, hizola una seña para que acompañase á Chaudoreille hasta la puerta de la calle.

Obedeció la vieja sin decir una sílaba al caballero.

Luego que se vió al aire libre nuestro héroe, empezó á respirar mas á sus anchas:

—Vive Júpiter! dijo para sí, héteme zampado en intrigas hasta el pescuezo. Agente de Julia, procacador del marqués, y confidente del barbero... y lo que es mas chistoso... que todos me pagan lucidas contribuciones en moneda corriente... Dígalo sino esta bolsa... y que bien preñada está la bendita!... Vamos, el oficio se menea... Mañana voy á comprar un equipage nuevo... he visto allá abajo unas calzas color de carne, con las que pareceré un angelito... No hay que olvidar sin embargo el artículo mas interesante... los cien pesos que debe darme el marqués, siempre que Blanca le haya petado... corramos sin demora al casino... oh!... Fortuna!.. me tratas como á tu hijo mimado!... pero es preciso confesar que me distingues en obsequio á mis prendas sobresalientes.

Haciendo estas reflexiones, tomó Chaudoreille el arrabal de San Antonio. A las ocho llegó á la puerta del casino, y haciendo resonar la campanilla, casi con la misma violencia que lo hacia el marqués, acudió á abrirle Marcelo, el cual viendo quien era, le dijo:

—Metes tanto ruido como el amo!

—Es porque tengo facultades para ello ¿estás? contestó el Gascon, introduciéndose en el jardín con aire impertinente; y atravesándolo con grandes trancos, se dirigió al comedor, donde se echó en una silla, diciendo:

—¿Ha vuelto acá desde anoche mi amigo el marqués?

—¡Tu amigo el marqués! repitió Marcelo abriendo unos ojos tamaños.

—Sé lo que me digo, belitre!... ó el marqués mi amigo, si así te place mejor.

—Nadie ha venido.

—¿Y no te han remitido para mi cosa ninguna.

—Ninguna cosa... si así te place mejor.

—Pues entonces será preciso que le aguarde aquí. Sirveme la cena; lo que haya de mas succulento en casa... los vinos mas añejos... los licores mas esquisitos... Anda... menea esas piernas, en vez de estarlo mirándome como si fueras una estatua de yeso.

—¿Qué diablos tienes esta noche?

Marcelo, dejate de reflexiones, te aconsejo, y si tienes apego á tu acomodo, hazte digno de mi proteccion.

Contentóse el mayordomo de sonreirse, puso la mesa y trajo la cena á poco rato. Arrimóse Chaudoreille, y Marcelo hizo lo mismo.

—Tu conducta es algo familiar, dijo el caballero, mas como estamos solos, quiero permitirte que te sientes conmigo á la mesa.

—Eres muy complaciente.

—Bajo la condicion precisa de que yo he de hacerme primero el plato.

—Mientras cenaban, hacia sonar Chaudoreille las monedas de su bolsillo; contaba sus buenos pesos, calculaba lo que le quedaria despues de hacer varias compras, y lo que aun esperaba tomar. Centemplábale asombrado Marcelo y le decia:

—¿Has recibido alguna herencia?

—Oh! herencias de esta clase caen en mi bolsa muy amenudo... Ah! sangre de Mahoma! si me cumple su palabra el marqués, que bien armado voy á quedar.

Prolongóse la cena; Chaudoreille estaba tan

preocupado con sus cosas que no pensó en jugar á los cientos; pero ya habian dado las doce de la noche, y no parecia recado ninguno de parte del marqués; comenzaban ya á aguarse las esperanzas del caballero, quien sollozando, poníase á escuchar y decia.

—Nada; no vienen... tal vez no le habrá encontrado mérito suficiente: voto al as de oros!.... pero es casi imposible que haya sido así!... Bueno fuera que en vez de los cien pesos me encontrase yo ahora con cien garrotazos.

A medida que sus esperanzas de fortuna iban disminuyéndose, hacíase menos fátuo su tono impertinente; y el *agente de negocios* del marqués condescendia ya á tocar con su vaso el del mayordomo, diciendole con voz dulcificada.

—A tu salud, querido y verdadero amigo; pues que siempre has sido un sugeto á quien he apreciado... Nadie me hable de esos señorones, no hay que fiar en sus palabras! ó Marcelito, que excelente cocinero eres!... cuanto placer tengo en echar un trago contigo!

—¿Ya no tienes á menos sentarte á la mesa en mi compañía?

—Como! ¿habré quizás tenido la desgracia de insinuarte semejante cosa?

—Sí, por cierto.

—Yo? ¿decirte esa necesidad?

—Con todas sus letras.

—Estaria borracho, habria perdido la cabeza sin duda.

—No sé lo que habias perdido; pero lo cierto es que dijiste eso.

—Escucha, Marcelito, cuando me oigas otra vez decirte sandeces semejantes, te doy licencia para que me pongas por tapon de esa vinagrera.

—Está muy bien; no hablemos mas de eso.

En aquel instante sonó la campanilla de la puerta falsa; Chaudoreille dió un grito, intentó levantarse, mas cayóse de nuevo en su silla.

—¿Si será el señor? dijo Marcelo, y tomando una luz, corrió á abrir, dejando á su huésped entre las agonias del temor y de la esperanza.

No tardó Marcelo en volver; pero vino sin compañía trayendo en la mano un cartuchito de monedas, que colocó delante de su comensal, presentándole al mismo tiempo un papel, en que habia escritas dos líneas con lápiz.

—Eso envia para ti el señor marqués... lee.

Perdió la chaveta el hombrecillo, púsose á mirar alternativamente al cartucho, al billete y á Marcelo.

—Lee hombre lee, dijo este último. Por fin, tomando el papel con mano temblona, vió Chaudoreille que decia como sigue:

«Acabo de verla; has escedido á mis esperanzas; te duplico la cantidad prometida.»

—Ay Dios mío! Marcelo! tu amo duplica los cien pesos.

—Eso hará doscientos, luego en ese cartuchito hay una buena culebra de monedas de oro.

—Oro!

—Y bien ¿qué es lo que te ha dado?

—Ah! Marcelo, dame un poco de vinagre.... anda pronto,.. que se me vá la cabeza—me siento malo.

—Me parece que un regalo como este debería ponerte bueno aunque estuvieras oleado... toma... bébete este vaso de aguardiente, y verás como te repones.

Serenado algun tanto Chaudoreille con el licor, abrió el cartuchito, y las monedas de oro que encerraba le quitaron de nuevo el habla por algunos momentos. Al fin, balbució con una voz medio ahogada de gozo.

—Marcelo todo esto es mio.

—Bien lo sé.

—Y además este bolsillo... amen de seis pesos que me quedaban.

—Si, los cominos del truquiflor de anoche.

—Heme aquí hecho un hombre rico... ú! que trastorno tan grande causa esto á los nervios, Marcelillo, pasar súbitamente de la miseria á la opulencia! ay! creo que voy á reventar.

Echate otro trago... á fé mia, si la fortuna tiene esos resultados, mas quiero vivir sin una moneda y respirar á mis anchas.

—A, Marcelillo, te compadezco, pobre muchacho; que bestia eres.

—No sé ahora cual de los dos lo es mas.

—Doscientos pesos! quien habia de creer que cupiese un candal tan grande en el hueco de la mano!

—Oh! pardiez! todavia cabe mucho mas!

—¿Marcelo, sabes si hay de venta algun casino en estas cercanias?

—No; ¿y á qué es la pregunta?

—Es que tengo intencion de hacerme propietario... ¿en qué diantre he de invertir tanto di-

neró?... Vamos! á lo menos empezaré á darme to-
no cuanto antes... Mañana mismo voy á despedir
mi cuarto en la calle de Rompe-Molletes y alqui-
laré una casa sola cerca del palacio del Cardenal...
tambien echaré mi volante... ¿Marcelo, quieres ser
volante mio?... pero no, porque eres demasiado
corpulento... Ah! si no fuera tan tarde, iba á dar
una vuelta por la *Academia*... pero no es cosa que
me esponga á andar por estos barrios con tantísi-
mo oro sobre el cuerpo... ¿Qué papel voy á hacer
entre los cucos!... Que punto tan respetable seré
en la banca.... Al entrar pongo una dobla á la con-
trajudía... me la tiro en puertas... dejo el dine-
ro donde está... declaróse aquel lado por supues-
to... sigo mi pelotilla... dióse en el albur un eli-
jan... a él! lo gané... cinco contra sota en el gallo...
copo..... desbanco y voime á la calle con la cin-
tura rodeada de onzas y todo el cuerpo de pipió-
los y de parásitos... ¿Y que haré para consumir
tanta moneda?... ah! vaya una excelente idea que
se me ocurre!.....haré dos almuerzos, dos comidas
y dos cenas cada dia; y esto servirá para desqui-
tarme de los ayunos atrasados.

Marcelo, á quien la fortuna no habia colma-
do de sus favores, quedóse dormido mientras que
Chaudoreille hacia sus proyectos, y contaba sus
doblillas; al fin, asomó el dia sin que este último
hubiera podido cerrar los ojos; porque el mas le-
ve ruido lo sobresaltaba, y hacia llevar la mano al
tesoro que en su faja habia depositado con proli-
jo esmero.

Despertó Chaudoreille á Marcelo para mandar-
le que fuese á buscarle una silla de manos; pero

el presente mayordomo no quiso abandonar la casa, insinuando que solo el marqués era quien podía darle órdenes. Echóla otra vez de insolente Chaudoreille, armó quimera y alzó el grito; pero advirtiéndole que Marcelo permanecía inalterable, tuvo á bien ceder, y decidióse á volver á Paris un pié tras otro.

—Creyóse el hombrezuelo estirado cuando menos tres pulgadas, desde que tenía á su disposición tanto oro. A penas miraba á los transitantes, con la nariz parecía amenazar al cielo, y extrañó que el centinela del portazgo no le hubiese echado armas al hombro. Despues de haber almorzado opíparamente, se paseó algunas horas en el palacio que Richelieu acababa de construir, y en cuya fábrica habia prodigado el cardenal todo lo que el lujo y la elegancia de aquel tiempo habían podido idear para el embeleso de los ojos, y á fin de dejar á los futuros siglos un monumento digno del que lo habia fundado.

Entró Chaudoreille en varias tiendas, sin hallar cosa que fuese bastante bella, bastante brillante para él. Mandóse hacer una ropilla de terciopelo color de rosa, acuchillada con raso blanco; unas calzas del mismo color, una capilla cervesa bordada de plata y una faja naranja con flecos y borlas de oro. Estas costosas galas habrían precisamente de dejar casi á seco su fortuna, mas como esperaba desbancar la partida que tallaba en la Academia, tiraba de largo; y á los dos dias iba á verse equipado como el señor mas elegante de la corte.

Despues de haber ajustado las diversas prendas arriba dichas, se entró en una de las mejores

abernas de la ciudad, é hizo que le sirviesen una comida saculentísima con esquisitos vinos; pero habiendo notado que no era tan fácil como creía, comer dos veces; lo que sería un gran recurso para las gentes ricas que no saben en que emplear su tiempo, hizo que durase el rato de estar á la mesa doble de lo que tenía por costumbre.

Levantóse por fin de entre platos y botellas á las cinco de la tarde, con la cara hecha una asca, los ojos nadando en mosto, y las piernas algo titubeantes, y se salió de la taberna. Todavía era demasiado temprano para acudir á la casa de juego, porque la banca de cabecera no comenzaba sus trabajos hasta eso de las nueve de la noche; y á fin de matar el tiempo hasta entonces, decidióse Chaudoreille á ir al teatro, donde no había estado en mucho tiempo. Encaminóse pues al Palacio de Borgoña, que prefería al coliseo de los Italianos, á causa de que Turlupin, Gautier Garguille y Guillermo el Gordo acababan de obtener permiso de Richelieu para representar en el primero donde sus farsas atraían una numerosa concurrencia.

El teatro del palacio de Borgoña estaba sito en la calle de Mauconseil; su entrada era estrecha, é incómodas sus avenidas, y se componía de un patio y de algunas tandas de aposentos. Cuando acudía la corte á ver alguna representación se llevaban asientos para acomodarla. Dábanse allí, según el privilegio otorgado á los comediantes en el mes de Enero del año de 1613 *todos los misterios y juegos honestos y recreativos*. Pero no tardaron en ponerse en escena varias comedias de

un género mas elevado que las comunes bufonías; tambien egecutaban dramas en que tenian parte las deidades de la mitologia; los poetas de entonces solian mezclar lo sagrado con lo profano; mas sobre todo las *Turlupinadas* eran lo que embelesaba al público, y aseguraba al teatro entradas escelentes.

Introdújose Chaudoreille en el patio, donde todos los espectadores estaban en pie por falta de asientos, y donde el flujo y reflujo de la turba llevaba al espectador desde una estremidad hasta la otra. Nuestro caballero, que se hallaba detras de un hombre muy alto y corpulento, no alcanzaba á ver el escenario; en vano se ladeaba á derecha é izquierda, en vano se ponía de puntillas; jamás alcanzaba á ver otra cosa que los bucles del pelucon del sugeto á quien tenia delante; queria gritar pero imponianle silencio, porque habia salido á las tablas el famoso Gautier Garguille, para pronunciar el prólogo de la pieza que iban á representar. Escuchémosle tambien nosotros á fin de tener una idea del estilo de los prólogos, que tantos aplausos arrancaban en tiempo de Luis XIII.

Señores y señoras: voy á deciros una quisi-cosa, esta es, que no inclineis los oidos con tal abstraccion al interés sinfónico de este pasatiempo, que deis lugar á que algunos espectadores manuales cooperen con nuestra algarabia, y se valgan de ella como de una musica ó de una voz apolónica, mas bien para el raptó y toma formal de vuestros bolsillos, que para el aplauso que atruene vuestras orejas, á par que es tan estéril el campo de mis invenciones, que, á no ser

que lo rieguen los dulces licores de vuestra benevolencia, será muy difícil que pueda producir flores dignas de seros ofrecidas.

No tardará en presentarse Felipote, quien se promete, bajo la aseguranza de vuestra indulgencia, haceros reir y llorar todo de consuno, con el objeto de que la moderacion de lo uno temple la violencia de lo otro... Señores y señoras; yo desearia, anhelaria, querria, pediria, solicitaria y requeriria, desiderativamente, anhelosamente, voluntariamente, peticionariamente, solicitariamente, requisitoriamente con mis deseos, anhelos voluntades, peticiones, etcétera, daros gracias por vuestra bondadosa asistencia y audiencia; una pequeña farsa alegre y galana, que á representar nos aprestamos, vá á poner el sello á este espectáculo: antes de la cual, me toca hacer una aclarancia grande, chica, ancha, angosta, mezquina y espaciosa, que os causará risa.

Mientras Gautier Garguille daba al público estas necedades, hallábase Chaudoreille en un suplicio; empujado por todas partes, recibiendo en la cara los codazos de sus colaterales, y mas que todo temblando por la seguridad de sus bolsillos; en vano suplica el hombrezuelo le dejen salir, no se le escuchaba, ó bien le obligaban á callarse. En su desespero, y queriendo á toda costa darse un poco de importancia, tomó el partido de clavar las uñas en las pelucas de dos espectadores que estaban delante de él, á fin de izarse hasta su altura; mas desprendiéndose estos peludos adornos dejaron completamente calvas ante el auditorio las venerables chollas de dos mercaderes respetabili-

simos de Paris. Los dos desmochados, advirtiendo que les llevaban las pelucas, comenzaron á berrear; "ladrones" "ladrones! con la guardia!"... y Chaudoreille mezclaba sus gritos á los suyos, chillando: favor! favor! que me matan! Interrumpióse la representacion, y consiguióse en fin, encontrar á Chaudoreille, rebulléndose entre las piernas de los espectadores, y rodando por el patio con las dos pelucas que no habia querido soltar.

Tratáronle los dos calvos de ratero. Devolvióles nuestro valiente sus preseas; esplicándoles, como pudo, la causa del desastre: echáronle á puntapiés del patio: y esto era cuanto deseaba Chaudoreille, quien subió á los palcos, desde donde, de cuando en cuando, miraba al público con aire cólerico.

Entretanto la pieza dramática habia comenzado, y restregándose los ojos el descendiente de Dalila, decia entre sí:

—Ola! cuerno!... si yo no le hubiese traspasado con mi Rolanda; juraria que era aquel el principe de la Cochinchina.

No tardó en volver á las tablas Gautier Garguille; remedando maravillosamente á nuestro Gascon: su traje era idéntico en un todo al de Chaudoreille, cuyos gestos y maneras copiaba con tanta exactitud que exclamó este:

—Ese es otro yo!... ¿será que el hijo de mi madre tenga dos cuerpos?

El bufon, habiendo visto á su modelo en un palco, le saludó con mil muecas, y los ojos del auditorio se dirigieron de consuno á Chaudoreille, reconociendo en el hombrezuelo, á quien aca-

haban de echar del patio, el original de la copia de Gautier Garguille. Redóblanse las carcajadas, y advirtiendo la besa universal, se vuelve una furia, desnuda la espada, y amenaza con ella á los concurrentes en masa, porque el desafiar á todos juntos equivale á no desafiar á nadie. Ac recéntase con esto la algazara del teatro, y sálese del palco Chaudoreille, jurando que no volvería mas al teatro del Palacio de Borgoña.

Viéndose en la calle, á donde le siguieron algunas personas, dió suelta á su cólera de nuevo, gritando que haría se castigase al payaso que se había atrevido á insultarle, y que nadie se burlaría impunemente de un hombre como él, que gastaría, si preciso fuera, cien pesos para vengarse.

Mientras chillaba de esta suerte, hacía sonar en el bolsillo sus monedas de oro, sacaba puñados de pesos de las faltriqueras y volvía á guardárselos, hasta que por fin gritó:

—Que vayan á buscarme una silla de manos!

Partieron al instante dos hombres para hacer el mandado. Mientras volvían, paseábase Chaudoreille delante del teatro, contoneándose del modo que le parecía mas elegante, y golpeando á cada momento la faja para que sonasen bien las piezas de oro que llevaba en ella.

No tardaron en volver los dos comisionados; los cuales habian ido en busca de una silla, é iban por si mismos á tener la honra de llevar á tan distinguido caballero; como le hicieron saber á su llegada gritándole.

Aquí está, señorito: entrad en ella, señorito, y

vereis que contento queda su merced con nosotros.

Chaudoreille, que nunca antes se habia oido llamar, *señorito*, no cabia en el pellejo de puro gozo, iba á saludar respetuosamente á los dos silleros de manos; pero contúvose y lanzóse en la caja, donde se repantigó deleitado sobre los almohadones que cubrian el asiento.

—¿A donde hemos de ir, señorito? digéronle los truhanes.

—A la calle de *Beltran el dormilon*; allí vereis una farola en la misma puerta de la casa, donde voy á apearme.

Cerraron la puerta de la silla de manos, y Chaudoreille se sintió llevar y columpiar agradablemente por las calles de Paris. Era aquella la primera vez que se habia visto dentro de vehículo semejante, y el placer de ir caballero en él, le hizo olvidar muy pronto las escenas enfadadas del coliseo; púsose á reflexionar sobre su brillante posicion, y sobre el placer que experimentaria jugando recio, y de allí ensartó proyectos sin fin tan halagüeños como disparatados.

Entretanto hacia mucho tiempo que se hallaba dentro de la silla cuyos conductores no dejaban de caminar. Chaudoreille se empeñaba ahora en descubrir si aun quedaba mucho trecho. Habia un cuadrillo de cristal á cada lado de su nido ambulante, pero no era posible bajar uno ni otro. Ya era muy tarde, las calles estaban completamente á oscuras, y nuestro valiente no se veia ni aun la punta de los dedos.

—¿Vamos á llegar pronto? gritó el pequeñuelo, arrimando la cabeza al cristal de delante, pero

nadie le respondió, y los hombres proseguían su camino.

Empezó ya á no parecerle tan dulce el movimiento del carruaje, procuró abrir la portezuela de enfrente, único boquete por donde se puede salir de una silla de manos; pero hallóla cerrada por la parte de afuera.

Un sudor frío inundó la frente de Cristovalon Goliat, quien comenzó á sentir mil recelos, acordándose de diversas aventuras acontecidas en las sillas de manos, mientras se arrepentía en el alma de haberse valido de semejante arbitrio de conducción, cuando por fin notó que sus raptores habían hecho alto. Respirando mas libremente, aprestábase á salir; mas despues de descansada en tierra, volvióse súbita la silla hacia atrás, de modo que al abrirse la portezuela, servia de traga luz á las narices de Chaudoreille.

—¿Y como he de salir de esta manera? gritó el bravo, procurando trepar hácia el boquete.

—Antes de salir; señorito, falta que hacer una pequeña ceremonia, dijeronle los silleros.

—¡Una ceremonia! esplicádmela, muchachos.

—Es la de entregarnos todo el dinero que lleváis encima.

—¿Qué significa esto? bribones! pillos!

—Vamos desplumándose, señorito, poca chacota y menos ruido sino quereis pasarlo malamente.

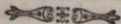
Dos ojas de puñal bien afiladas acompañaron á esta órden. Viéndolas relucir, dejóse caer Chaudoreille en el fondo de la silla, incapaz ya de tenerse en pié. Viéronse obligados los dos ladrones á sacarle á puro jalon. Mira en torno de si el

nitado, y vése en un parage desierto, rodeado de pantanos donde nadie se atrevia á transitar tan á deshora. Los hombres le registran y despojan de cuanto le hallan, y en seguida, huyendo con su silla de manos, dejan al misero Chaudoreille tendido junto á un grueso canto, y medio muerto de susto.

CAPITULO VIII.



CAPITULO VIII.



¡Pobre Urbano!

AL dia siguiente de haber dejado Blanca la casa del barbero, bajó Margarita al cuarto de la jóven á su hora acostumbrada. La buena mujer nada habia oido, porque hacia años que los placeres del amor no le quitaban el sueño. Dirigióse como solia al aposento de Blanca, á quien daba un beso todas las mañanas. Halló la puerta entreabierta; pero la niña habia desaparecido; y el mayor desórden reinaba en derredor. La cama revuelta, varias vestiduras esparramadas sobre el mueblaje; todo por fin parecia indicar un estraordinorio acontecimiento.

Nunca salía Blanca sin Margarita; llamóla esta y no recibiendo contestacion, bajó á buscarla á las viviendas de su amo. Pero el barbero se hallaba solo en su sala baja, y Margarita lanzó un grito de espanto, al decirle:

—Valgame Dios! ¿donde está la hija de mi alma?

—¿Qué es lo que tienes, Margarita? respondió Touquet, quien ya esperaba esta escena.

—Blanca, señor, Blanca no está en su cuarto, hace rato que la ando buscando por toda la casa!Ay! ¿sinos habrán robado la pobrecita niña?

—Robado! vociferó el barbero; quien aparentando mortal asombro, subió corriendo al cuarto de Blanca, seguido de la vieja sirviente que caminaba con la premura que le otorgaban sus años y sus piernas. Despues de mil pesquisas que bien sabia Touquet cuan inútiles eran, dejóse caer en una silla, exclamando.

—El perverso puso por obra sus amenazas!

—¿Quién, señor?

—Ese hombre que viste anoche.

—Efectivamente, señor, no puede haber sido sino él.

—Estaba enamorado de Blanca; atrevióse á pedirmela en casamiento. Se la rehusé, y mira la venganza que ha tomado!

—Pero, señor, bien conoceis donde vive ese sujeto. Su aspecto era el de un señoron; y fáciles será averiguar el paradero de la infeliz niña.

—Pocas esperanzas tengo: el bribon se habia ataviado con el mayor lujo en la esperanza de seducir á la huérfana. Pero es un trapalon, sin nombre, sin hogar, sin destino.

—Un trapalón! repitió Margarita, mirando con asombro á su amo; pero señor, parecióme que era aquel amigo á quien aguardó su merced hasta tan tarde aquella noche!

Quedóse cortado por un momento el barbero al oír la observacion de Margarita; mas, reponiéndose al instante, contestó:

—Te engañas, no es aquel por cierto; cuidado que te prohibo hables á nadie de este acontecimiento.

—¿Y Urbano, señor, y el pobre Urbano, cuando venga esta noche?

—Urbano juntará sus esfuerzos con los míos á fin de recuperar á su amada.

Salió á la calle el barbero, y entonces Margarita dió libre suelta á sus lágrimas: la buena mujer quería á Blanca con el cariño de una madre, y no podia sufrir la idea de hallarse privada de su vista. Esperaba con impaciencia la venida de Urbano, pues parecía que él conseguiria mejor que nadie saber el paradero de la desventurada niña.

Estuvo fuera de su casa Touquet la mayor parte del día. A su regreso presentósele la vieja para informarse de las resultas que habian tenido sus pasos; mas él le contestó friamente:

—Ya no hay esperanza ninguna.

Estas palabras helaron el corazón de la honrada dueña, quien no concebía como fuese posible consolarse tan pronto por la pérdida de tesoro semejante.

Llegó la hora en que Urbano podia desquitarse de la larga ausencia de todo un día.

—Dentro de veinte y cuatro horas, decía el joven para sí al acercarse á la casa del barbero, Blanca será mía!

Caminaba el bachiller, con el corazón latándole de amor; pero al mirar á la ventana de su adorada, no vió en ella luz, y esta ligera ocurrencia le admiró y puso en alarma al instante, ó mas bien un secreto presentimiento le dió aviso de su desgracia; porque en asuntos amorosos las corazonadas no son ilusiones.

Llamó Urbano á la puerta y presentósele Margarita; pero la zozobra que en su rostro se retrataba y sus ojos anegados en lágrimas, anunciaban que algun infortunio habia acontecido.

—¿Dónde está Blanca? exclamó el mancebo mirando á Margarita con terror. La vieja solo pudo arrancar un hondo sollozo. Ya el jóven ha subido al aposento de su futura esposa... corre, vuela á registrar todos sus ángulos... mas ay! la habitación está desierta, y Blanca no la embellece ya con su persona.

Siguió Margarita lo mas aprisa que pudo al jóven bachiller.

—Por amor de Dios! gritóle Urbano retrocediendo hácia ella... ¿dónde está? nada me oculteis!

—Desgraciado hijito, rehaced todo vuestro ánimo.... esta noche.... nos han robado mi querida niña!

Quedóse Urbano inmóvil y estupefacto, mientras Margarita le contaba todo lo que sabia. Escuchóle el bachiller sin interrumpirle; aun queria dudar de su desgracia; mas pronto, dejándose caer en la silla, donde Blanca se sentaba habitualmen-

te, entregóse con violencia á su desesperacion; al fin corriéronle las lágrimas, y le inundaron las mejillas... A la edad de diez y nueve años aun las vertemos en los pesares de la vida... todavia no contamos con aquel vigor de alma que adquirimos despues en la escuela del infortunio.

Procuró Margarita tranquilizar á Urbano, diciéndole:

—Ya recobrareis á la pobre inocentita: pues no sois capaz de olvidarla ni de consolaros friamente de su pérdida.

—Yo olvidarla! Contestó el amante, apretándole la mano á la vieja: ah! Margarita! ¿mi existencia no está identificada con la de Blanca?... no conoceré el reposo mientras no me sea devuelta!

—Bien, bien, hijo mio, me da esperanzas el oír que os producís en esos términos. Luego, la niña llevaba encima su talisman, y esa circunstancia me tranquiliza un poco.

—Referidme de nuevo todos los pormenores... ¿no dijisteis que vino un hombre!...

—Cabal, diciendo que traía un recado del amo, y tenia que hablar con Blanca.

—Perverso! ¿y que le dijo?

—Piropos y necedades!... tenia aspecto de señoron y cara y jaeces de tal; aunque el maestro Touquet asegura que es un perdido sin hogar ni ocupacion...

—¿Conque le conoce?

—¿Quien lo duda?... y os juro que estaba muerta de miedo, aunque su figura no era de facineroso... pero tenia un modo de mirar tan altivo, un tono tan imperioso!... Arrepentíame en el alma de haberle abierto.

—¿Y Blanca?

—La pobre niña temblaba de pies á cabeza: aunque no duró largo tiempo la visita... oímos entrar al señor Touquet, y al instante recogió su capa el desconocido, y saludando á Blanca, bajó á verse con mi amo. Habíale seguido yo, pero me hicieron retirar, y esto es cuanto sé.

Dejó Urbano á Margarita, y lanzándose del aposento, como un loco, presentóse en un instante al barbero, cuyo aire helado y sombrío formaban un extraño contraste con los arrebatos del bachiller:

—Y bien señor mío, ¿qué habeis averiguado? ¿qué habeis hecho para indagar el paradero de mi esposa? gritóle el jóven; hablad! que es lo que sabeis?

Touquet, un poco turbado con la vivacidad de las preguntas de Urbano, contestó balbuciente:

—He dado mil pasos... y nada he podido descubrir.

—¿Y ese infame, que osó introducirse anoche en vuestra casa, quien es?

—Apenas le conozco... venia algunas veces á mi barbería... sus intenciones eran para mi desconocidas enteramente... mas lo que os puedo jurar es que ignoro de que manera haya podido adquirir conocimiento de la belleza de Blanca... ni que tuviese la idea de introducirse en su habitacion.

Parecia tan sincero el barbero al pronunciar estas palabras, que se arrepintió Urbano de haberle sospechado en lo mas mínimo.

—Perdonadme, señor, díjole el amante, si me he atrevido á recelar... pero no querriais hacer

nuestra desgracia... me habeis concedido á Blanca por esposa... y tambien servisteis de padre á la infeliz huerfanita... Ah! ¿os unireis á mi para descubrir á sus raptos?

—Si, contestó Touquet entre dientes; si, yo os ayudaré... os lo prometo.

—¿A lo menos debeis saber el nombre de ese infame?

—Nunca se me ha ocurrido preguntárselo. Anoche, cuando le di á conocer que su pasion hacía Blanca era una locura, se retiró vomitando mil amenazas, de las que yo no hice caso ninguno.

—¿Y no habrá reseña para seguirle la pista?... mas ¿cómo se valdria para penetrar en el aposento de Blanca?

—Basta con llaves falsas y garfios que hay á propósito para descorrer los cerrojos: amigo mio, en esta bendita ciudad bien sabeis que no estamos seguros ni aun dentro de nuestras mismas casas.

Quedóse Urbano algunos minutos sin proferir una palabra; el barbero evitaba sus miradas todo el tiempo, hasta que al fin le dijo su colocutor:

—Pasadlo bien, señor mio, pues parto en busca de la que me habeis dado por esposa.

—Ojalá tenga buen éxito vuestra pesquisa! contestó el barbero con voz bronca, mientras Urbano se alejó bruscamente, absortos sus pensamientos en la imagen de Blanca, aunque sin saber hacia donde encaminar sus pisadas.

Dirigióse desde luego el bachiller á varias puertas de Paris; preguntando si la noche anterior se habia visto pasar por alli á la jóven, cuyo retrato describia; estaba persuadido de que todo el

mundo debería haberse quedado estático al ver á Blanca, y que sus hechiceras facciones dejarían memoria por todas partes. Pero no le fué posible obtener ningún informe; á penas se dignaron responderle, pues su trage era demasiado humilde para que nadie le tratase con urbanidad. La razón es muy sencilla: en los *buenos tiempos de la botija* así como en nuestro siglo de *hierro colado* es indispensable sembrar el oro para progresar en cualquier asunto.

—Si todas estas gentes conocieran á Blanca, decía Urbano para sí, no me manifestarían tanta indiferencia.

No atreviéndose á salir de París sin tener algún indicio sobre la ruta que debería tomar, continuó marchando el bachiller á la aventura por las calles de la capital, cuyos moradores hacia largo rato que se hallaban entregados al sueño. Los ladrones, los enamorados, y los rondines eran los únicos que recorrían la metrópoli, tan á oscuras entonces como desierta. Atravesó un sin número de calles nuestro desesperado jóven, quien en continuo movimiento iba refunfuñando:

—¿Y á qué he de recogerme?... imposible me será disfrutar de un instante de reposo... ¿Qué voy á hacer en mi casa?

Entretanto el amor y el desespero daban fuerza á los talones de Urbano el que desde las ocho de la noche corría sin descansar, y ya eran las tres de la madrugada. Pero las piernas comenzaban á flaquearle; y conocía el jóven que le era imposible proceder mas lejos. Miró entonces en torno de sí, y la luna que por intervalos se asomaba en-

tre los espesos nubarrones, le permitió distinguir que se hallaba en una angosta encrucijada, adonde iban á reunirse algunas callejuelas que salían á los pantanos. Dirigióse el bachiller hácia un pedrusco que columbró á corta distancia, resuelto á sentarse sobre él hasta que viniese el día; pero en el instante de llegar á la piedra, tropezaron sus pies con cierto bulto en que no había reparado, y una voz lastimera sorprendió sus oídos exclamando:

—Ah! por las ánimas benditas!..... no me mateis!..... que ya no me ha quedado un sacramento!

CAPITULO IX.

La quinta de Sarcus.

LA berlina que encerraba á Blanca seguía rodando con celeridad hacia muchas horas, y la amable niña se hallaba apenas libre de la zozobra y sorpresa en que su nueva situación la arrojára. Despues de haber vivido en el retiro mas absoluto, encontrarse sola dentro de un coche por la madrugada, parecia un sueño; y para persuadirse de la realidad de su posicion, era preciso nada menos que el ruido del rodaje y el estrépito de las herraduras, mezclado todo con el chasquido del látigo del postillon, quien procuraba re-

doblar el ardor de sus caballos, á pesar de ir estos con la celeridad de la ráfaga.

—Voy á ver á Urbano! decia entre si á cada momento la trémula viajera... voy á encontrarle... no debo tener miedo... pues vamos á ser felices. ¿Y porqué no me siento tan contenta como cuando hacíamos votos para que se apresurara este instante?... ya! entonces esperaba yo ponerme en camino con Urbano, y todo esto se ha arreglado de otro modo. Pobre Urbano! él no tiene la culpa; ¿mas por qué se mete en reñir pendencias? Ah! cuanto anhelo verme á su lado! Y Margarita que ni siquiera se despidió de mi! No parece sino que todo el mundo me ha abandonado!

La inocente jóven se enjugaba algunas lágrimas, que le corrian de los ojos, y luego se asomaba á los vidrios de la portezuela; mas la oscuridad impedia que pudiese ver objeto ninguno: suspiraba la cuitada dejándose caer contra el testero del carruaje, y decia á media voz.

—¿Dónde estaremos?... no lo sé... pareceme sin embargo que caminamos muy de prisa..... Ah! tanto mejor; con eso estaré mas pronto junto á Urbano.

Por fin comenzó el día á despuntar, y Blanca, quien á cada momento se asomaba á los vidrios, distinguió confusamente árboles, campos y casas. No tardó la niebla en disiparse enteramente, y la jóven no se hartaba de admirar el cuadro que siempre ofrece el alba y el paisaje que parecia pasar corriendo por delante de ella. Entretanto deslizábase la berlina por un camino orlado deliciosamente de árboles y de setos; las ramas de algunas vie-

jas encinas barrian de cuando en cuando el techo del carruaje, y esta raspadura inesperada hacia estremecer á la entristecida viajera; de repente, ensanchanse las vistas hasta gran distancia, y la carretera corre al través de campiñas nutritoras; ya el arado está trazando en ellas sus surcos, y la azada va á dar á la tierra un nuevo aspecto. Todavía estan los árboles desnudos de hoja; mas sus ramas comienzan á enrojecerse, y anuncian la próxima venida de la primavera. Mas lejos, atraviesa la berlina por un lugar, cuyos habitantes madergueros se asoman á las puertas y ventanas, anhelosos de mirar el carruaje que pasa por delante de ellos. La imagen de la paz, de la salud, está pintada en el rostro de cada aldeano; esta es su única gala, porque el aseo no es la virtud de los campesinos, cuyos chicuelos retozaban sobre los montones de estiércol mezclados con los ánsares y patos. La naturaleza sin embargo no es siempre graciosa, ni en los alrededores de Paris se ha de ir á buscar á los pastores de Florian, á los zagales de Bertui, ni á las seductoras pastorcillas de nuestras zarzuelas.

Los cuadros campestres agradan á todas horas á un alma pura y sencilla. Al ver Blanca pasar delante de sus ojos las aldeas, exclamó:

—¡Que gusto el venir aquí! pasearse y correr por estos campos, en estos bosques! ah! qué dichosa voy á ser con mi Urbano!

En efecto, los campos y los bosques eran mas risueños que la calle de los Bordonese y la tétrica barberia.

La berlina no se detuvo; el postillon tenia ór-

den de no pararse hasta la puerta de la quinta; aunque de resultas rebentáran los caballos. Ignoraba Blanca cuanto distaba de Paris la casita de campo de su amante, además que no acordándose de haber ido nunca en coche, parecía que rodando así habría de ganarse mucho terreno. A eso de la una de la tarde atravesaron el lindo lugar de Grand Villiers, donde un gran número de fábricas proporcionaban á sus habitantes trabajo y algun bien estar, pero tampoco se detuvieron allí; y el carruage, volviendo á la derecha, atravesó una estensa llanura, y dirigióse luego hácia un gran edificio que á corta distancia se divisaba, y el cual se nombra con razon la maravilla del país; esa es la quinta de Sarcus, cuya elegante fachada se diseña en la lontananza.

Reparó Blanca en la estructura; mas lejos estaba de sospechar que fuese allí el término de su viage. No obstante contempló aquel, la magnífica estructura, y mientras mas andaba el coche, mas fácil le era distinguir los relieves y admirar el trabajo de los artistas que se escedieron á si mismos con la mira de merecer la aprobacion del monarca galante que protegió tanto las artes cuanto amaba á las mugeres hermosas.

Sigue su camino el coche y al llegar á la quinta, lejos de pasar de largo, entra en lo interior de aquella suntuosa morada.

--Ola! ola! ¿que es lo que estan haciendo? dijo Blanca, esforzándose por abrir la portezuela.... No es aqui. no puede ser aqui... No tiene Urbano un caseron como este... el cochero se ha equivocado.

A pesar de todo, paróse el carruaje dentro de un estenso patio, y un lacayo vestido de una rica librea abrió la portezuela con aire muy respetuoso, y ofreció á Blanca la mano para que bajase.

—Oh! no... no quiero apearme...dijo la inocente niña, mirando con asombro al lacayo... no es acá adonde vengo; es una equivocacion; esta es una quinta... no puede ser la casita de Urbano; ademas que ya hubiera él salido corriendo á recibirme.

—No, señora, no ha habido equivocacion, contestó German, criado del marqués y que habia llegado dos horas antes que la berlina, á fin de dar órdenes al conserje, y hacer que preparasen una habitacion para Blanca.—Aqui es sin duda el fin de vuestro viage, y todo está dispuesto para recibirnos.

—Aqui! dijo Blanca, y saltó del coche. Luego mirando con sorpresa en torno de sí, continuo alarmada:—¿Pero donde está él?

—No ha llegado todavia, señora, respondió German, quien habia recibido de su amo orden de no nombrar á nadie, y de mantener á la jóven en la idea que ella se habia formado de aquel viage.

—Cómo! ¿qué no ha llegado?... Con que me llevaba delantera en la ruta, y ahora veo que ha variado de direccion. Ah!... ya sé porque... Temiendo que le persiguieran, se ha escondido en alguna parte, y luego llegará por caminos estraviados.

—Eso mismo es, contestó sonriéndose el librea, y no juzgo pueda estar aqui antes de la noche.

—Pobre Urbano! vaya un fastidio!... tener que esperar hasta la neche!

—Si teneis la bondad de seguirme, os conduciré á la vivienda que se os ha preparado de zopeton; venid conmigo señora.

—Yo no soy *señora*; me llamo Blanca... todavía no estamos casados... pero tan luego como llegue, no dudo que seré esposa suya!... conducidme, caballero; ya os sigo.

Entró el lacayo en un gran vestíbulo; subió por una escalera de mármol, hizo luego que atravesase Blanca algunas soberbias galerías, cerradas por un lado con vidrieras pintadas de diversos colores, mientras las paredes de la parte opuesta estaban adornadas de cuadros que representaban los asuntos mas graciosos de la mitología.

No se cansaba Blanca de contemplar cuanto á su vista se ofrecia; no pudiendo vencer su pasmo, detúvose la jóven y dijo á German con una voz que sus acentos hacian aun mas amable—Caballero, os suplico me digais la verdad... ¿Es de él esta soberbia morada?

—Si señora, y muy *suya* que es esta quinta.

—Ah! ¿quién habia de pensar que le perteneciese?... luego me dijo que solo tenia una cabaña. Esta me parece tan grandiosa!... muy rico ha de ser un sugeto para que le nombre dueño suyo un palacio como este, y Urbano se lamentaba á veces de no ser poseedor de una pingüe fortuna para ponerla á mi disposicion!

—Es porque queria sorprenderos, señorita.

—Picatuelo!... rico ó pobre dejaria yo de amarle lo mismo para siempre!... Valgame Dios! ¡qué magnifico es todo esto!... estas galerías... estos vastos salones... vamos á perdernos aqui... y Marga-

rita como habrá de sorprenderse!... Decidme, caballero ¿y aquí hay vacas y conejos tambien?

—Hay cuanto querrais, señorita.

—Urbano me ha prometido una hermosa vaca, y yo voy á ordeñarla con mis propias manos, y batiré la leche para hacer manteca y queso; lo que será muy divertido.

Volvió la espalda German para ocultar una sonrisa, porque los gustos campestres de la inocente moza parecian singulares al lacayo del señoron; pero no tardó en abrir una puerta, diciendo:

—Aquí está señorita el aposento que se os ha preparado; si no os gusta; elegireis el que mas os plazca entoda la quinta, y nos daremos prisa por ejecutar vuestras órdenes.

—Valgame Dios! en cualquiera parte estoy bien, dijo Blanca, al entrar en una vivienda ricamente alhajada, y abastecida de numerosos espejos de cuerpo entero.—Esto está demasiado lujoso, dijo ella examinando las colgaduras, los tapices y los candelabros que adornaban la habitacion. Despues se introdujo en una pieza interior decorada con igual suntuosidad, donde halló una cama circuida de cortinages de seda con franjas de plata.

—Si el estuviera aquí; suspiró Blanca, todo esto me agradaría mucho mas. ¿Y estas ventanas adonde caen?

Apresuróse German á abrir las puertas vidrieras que salian á unos estensos balcones. Llegóse á ellos Blanca y no pudo contener un grito de gozo al ver que un lago bañaba los muros de la parte de la quinta donde se hallaba su habitacion. Estiéndese el lago en medio de una vasta

pradera, desde donde vuelve á caer el agua en un estenso receptáculo. A la parte derecha del soto se divisan varios bosques y planteles por el otro lado se encuentran algunos cerros, entrelazándose, y la vista se prolonga sobre una campiña, que, estendiéndose en la lontananza, ofrece un paisaje delicioso.

—Que lindo es todo esto! exclamó Blanca, vaya una vista hechicera!

—Todavía, no podeis haceros cargo, señorita; es cuando los campos hayan recuperado su verdor, que este retiro os encantará.

—Pero yo quisiera pasearme por todos esos parages que descubro, correr en esa pradera, y embarcarme en ese lago; cuyas aguas bañan los muros, y que tan cristalinas me parecen.

—Muy fácil es, señorita, cuanto veis pertenece al parque de la quinta. Cuando gustéis visitar los jardines, recorrer el soto y pasearos en batel sobre el lago, me daré prisa á conducirlos.

—¿Y qué, todo cuanto veo pertenece á Urbano?

—Si, señorita, todo es perteneciente á la quinta.

Cada palabra de German aumentaba mas la sorpresa de Blanca, quien no concebía como su amante pudiera haberla engañado hasta ese punto; mientras en nada sospechaba la alevosia de que era victima inocente. Tocó una campanilla el lacayo, y entró en el aposento una joven aldeana, quien, habiendo hecho á Blanca un grotesco saludo, recibió de esta el cumplido mas bondadoso.

—Señorita, dijo German, esta muchacha está á vuestras órdenes, para que os sirva de camarera si la necesitais.

—Oh! yo me serviré á mi misma: á nadie necesito, muchas gracias.

—En todo caso Maria acudiré luego que la llameis con la campanilla. Apetecereis descansar de la fatiga del viage, y así vamos á retirarnos.

—Si: y supuesto que él debe llegar esta noche misma, voy á dormir un rato: con eso el tiempo me parecerá mas corto.

Hizo German una seña á Maria, quien despues de haber hecho otras dos reverencias, salióse acompañada del lacayo del marqués.

Luego que Blanca se vió sola en su nueva habitacion, paseó en torno de si las sorprendidas miradas; cuanto le habia pasado desde el dia anterior parecíale un sueño; deteníase delante de los muebles, de los espejos, y murmuraba suspirando.—¿Todo esto es suyo? ¿Y á qué tanto misterio?... ¿temería quizas de que yo le amára porque era opulento?... Ah! querido Urbano! tu solo eres á quien amo, y pronto abandonaria esta hermosa quinta, si tuviera que habitarla sin ti!... Pero juntos seremos felices en ella aunque es demasiado grande para los dos.

Fatigada con el viage, echóse sobre su lecho la jóven; no tardó el sueño en cerrarle los párpados, durmióse tranquilamente, pues creia hallarse bajo la techumbre de Urbano.

Eran las cuatro de la tarde cuando despertó Blanca; su primer cuidado, al bajarse de la cama, fué el de ir á ver la hora en un reloj que pendia encima de la chimenea.

—Cuanto falta aun para ser de noche! dijo ella suspirando, ¿y que haré hasta entonces?... Paré-

ceme que estoy perdida en este bello edificio? Si á lo menos, se hallase conmigo Margarita hablaríamos de él, y pasaría el tiempo con mayor premura...

Al registrar con los ojos el aposento, advirtió una puerta que hasta entónces no habia notado. Abrióla y encontróse en una pieza destinada á tocador, donde habian reunido cuanto pudiera ser agradable á una elegante; Blanca, empero, miró con indiferencia un lindísimo *necesér*, abastecido de los primores mas raros. En sus proyectos de felicidad para lo futuro, solo habia visto una pequeña casa de campo; una cuadra, un palomar, y un huertecillo; ahora su imaginacion no podia acostumbrarse á reemplazar la humilde alqueria por la quinta soberbia.

Salióse del gabinete de tocador é introdújose en la primera pieza de su departamento, donde vió una mesa cubierta de cuanto puede lisonjear el apetito.—Cuantas prevenciones, dijo para si la inocente; en verdad que me tratan como á una reina... Urbano se ha encargado tengan para conmigo las atenciones mas delicadas.

Tocó Blanca la campanilla, y presentóse Maria; pero siguióla de cerca German, quien no quiso perder de vista á la aldeana antes que su amo llegase, por recelo de que no diese á conocer á Blanca lo que importaba ocultarle todavia.

—¿Y para mí han puesto este cubierto? dijo Blanca?

—Si, señorita, respondió German; supuse que tendríais ganas de desayunaros. Perdonadme si no se os ofrece mas que esto; pero como no antecediera aviso ninguno...

—Mas que es esto!... hablais de chanza sin duda... hay aqui un convite para diez personas, y en casa del señor Touquet solo se ponía en á la mesa un par de platos.

Sentóse Blanca, y German se mantuvo algo apartado, mientras la aldeana servia sin descoserse los labios, aunque dejaba caer una reverencia siempre que mudaba una fuente. Tantas ceremonias fastidiaban á la huérfana, acostumbrada como estaba á una vida simple y frugal. Levantóse á breve rato de la mesa, y dió á entender su deseo de pasearse por los jardines. Condújola German al momento por una escalera, á cuyo pié se hallaba la entrada del parque. Respiró Blanca mas á sus anchas en la pradera que debajo de los artesones esculpidos de la quinta. Dejando las orillas del lago, atravesó un bosquecillo, y hallóse en breve recorriendo una parte del parque, dispuesto á la inglesa, y cuyas calles se cruzaban formando un laberinto; pero siempre que Blanca miraba atras notaba en la lontananza á German, quien no la perdía de vista.

—Sin duda temen que me estrapie, dijo entre si ella; todo es magnifico... fácil seria perderse en estas encrucijadas.

Despues de un paseo bastante largo, volvióse Blanca á la quinta, y condújola German á su aposento; donde le preguntó á que hora queria se le sirviese la comida.

—Oh! no tengo hambre, contestóle ella, prefiero esperar hasta que vuelva... porque ha de venir esta noche ¿no es verdad?...

—Es probable, contestó el lacayo, haciéndole

una reverencia, luego dejó sola á la amable niña, quien se puso melancólica y triste; porque la expresión «es probable» no le parecía bastante positiva.

Colocóse la cuitada en uno de los balcones que dominaban el lago, y allí, fijos los ojos en el horizonte, se entregó á sus pensamientos, y llamó á la noche para que la reuiera con el objeto de sus afanes.

Al cabo, nada comienza ya á distinguir su vista en los parages lejanos del paisaje; una ligera niebla parece colocarse delante de los objetos que los ojos buscan todavía; bien pronto se acorta la perspectiva, ciérrase el horizonte hasta que ya solo se vé hasta algunos pasos: entonces experimenta Blanca un dulce júbilo, y deja el balcón diciendo:

—Ya es de noche... á venir vá.

Entró German en el aposento, y encendió gran número de bugias.

—Al instante que llegue, díjole Blanca, no dejes de decirle que estoy aquí... que le aguardo.

—Su primer cuidado será acudir á veros, señorita, contestó el lacayo sonriéndose; en seguida partió, despues de advertir á Blanca tirase de la campanilla cuando se le ofreciese alguna cosa.

Si la imagen de Urbano hubiese estado menos presente en el espíritu de la jóven, habria esta sentido algun asombro, al verse sola de noche en una casa, que le era poco conocida, sentada en una habitacion que le parecia inmensa al compararla con el pequeño cuarto que habia ocupado en casa del barbero. Pero el amor es el mas seguro

remedio contra el asombro, y una chica, que con su luz en la mano tendria miedo de bajar sola á la bodega de su casa, acudirá aunque sea al zaquizami, á deshoras y á oscuras, cuando sabe que en él la aguarda un amante.

Contó Blanca las horas; el reloj dió las nueve. —Ya no puede tardar, dijo para sí la inocente; toda vez que no haya tenido algun contratiempo en la ruta; y el señor Touquet me aseguraba que Urbano estaria aqui antes que yo!...

Suspiró la niña y paseóse un rato por la vivienda; en seguida, abriendo una ventana, salióse al balcon, y púsose á contemplar el reflejo de la luna en las dormidas aguas del lago, admirada del silencio que prevalecía en la quinta; todo, todo parecia estar en profunda calma á imitacion del cuadro que se ofrecia á sus ojos. Aquella profunda paz no anunciaba la venida de Urbano, y en aquel momento hubiera deseado Blanca cualquier ruido que accediese por intervalos á turbar la calma de la noche; pero á fin de consolarse, dijo entre sí:—Tal vez mi alojamiento esté muy distante de la entrada de la quinta, luego es tan vasto este edificio... que no alcanzo á oir lo que pasa en los demas cuerpos.

Todavía se pasó otra hora, y la inquietud y la tristeza, se apoderaron de la jóven amante, quien se trasladaba alternativamente de su cuarto al balcon, ó daba algunos pasos en la galeria.

El gozo y la esperanza han dejado ya de animar sus ojos, y cuéstale sumo trabajo contener las lágrimas: reclinase la cuitada sobre una ancha poltrona, y pronuncia con voz entrecortada de suspiros:

—¿Qué nueva desgracia acontecido le habrá?

De repente, empero sucedióse un violento estrépito al silencio que reinaba en la quinta. Levantóse Blanca, y poniéndose á escuchar creyó que distinguía el ruido de un carruaje, las pisadas de los caballos, y los ladridos de los perros. A poco rato varias puertas resonaron sobre sus goznes, y otras se abrieron con estruendo.

—El es! gritó la jóven, y dispúsose á correr por la galeria, para subir al encuentro de su amante, pero la galeria estaba á oscuras, y Blanca quien ignoraba el camino, podia perderse en aquellos vastos salones; por lo tanto se resolvió á esperar en donde se hallaba.

Continuó en viva alerta: el ruido del coche habia cesado; pero oíase aun por intervalos el de pisadas, voces y puertas que se abrían estrepitosamente.

—No hay duda que ha llegado alguien, dijo para sí Blanca, no puede ser mas que él, ¿y cuál será la causa de no hallarse ya á mi lado?

Corrió al cordon de la campanilla, y tiró de él repetidas veces; nadie se presentó. Asombrada de verse tan desobedecida, iba á tomar una vela y á aventurarse por los corredores, cuando sonaron en ellos precipitados pasos.

—Ya llegó por fin! exclamó ella, y acorriendo á la puerta, se quedó estupefacta al ver delante de sí al desconocido que la noche anterior se habia presentado en casa del barbero.

Detúvose el marqués en el umbral, y saludó á Blanca, dirigiéndole una mirada muy tierna y respetuosa á la vez. La jóven, que apenas se ha-

bia recobrado de su pasmo, miró con inquietud hácia la galeria, y dijo al marqués con voz moviente.

—No viene mi Urbano con vos?

Los acentos de la infeliz niña eran tan dulces; su voz indicaba á tal grado la zozobra de su espíritu, que Villebelle se sintió conmovido profundamente, y quizás por la vez primera, experimentó remordimientos del dolor que iba á causar á la inocencia. Repitió Blanca su pregunta, á la que contestó el marqués, apartando los ojos:

—He venido sin ninguna compañía.

Ah! señor decidme por caridad, que le ha sucedido! exclamó Blanca, acercándose al marqués, y tendiéndole los brazos con ansiedad. Miróla Villebelle; pues los diversos sentimientos que en aquel instante agitaban á la jóven, parecían hacerla mas seductora; sus ojos estaban llenos de fuego: su boca medio abierta para repetir la pregunta, dejaba ver dos hileras de perlas, y sus cabellos, que le caian en desorden sobre la frente, prestaban nuevos atractivos á su rostro angelical. Sintió el marqués desvanecerse sus remordimientos al aspecto de tantos encantos. Por otra parte, acostumbrado á tratar la virtud como quimera, y la constancia como locura, lisonjeábase que no tardaría en calmar la angustia de Blanca: así, no queriendo prolongar mas tiempo su error, cayó de rodillas á sus pies, y le dijo:

—Tened la bondad de perdonarme, niña hechicera, esta quinta es mia, no os hallais en casa de Urbano, sino en la de un hombre que os adora, y nada economizará para conseguir vuestra dicha.

Blanca parecia no comprehendérle; miraba con espanto al marqués balbuciendo.

—¿Qué no estoy en casa de Urbano?... pero... señor, ¿dónde está él pues?

—Poco me importa y le aconsejo que no venga á buscaros aqui.

—Señor, es con Urbano, que debo ir; me han traído acá por una equivocacion, bien lo decia yo... ¿cómo era posible que poseyese Urbano una casa tan grande?... hareis que me saquen de ella al momento, ¿no es verdad señor?

—No por cierto, bella niña, yo he sido el autor de vuestro rapto, y no quiero cederos á hombre viviente.

—De mi rapto? ¿qué quiere eso decir?... Urbano tuvo un desafio... y por eso tuve que ponerme en marcha á deshora de la noche...

—Fué preciso deciros todo eso, para que partieseis de buen agrado.

—Dios mio! ¿podrá ser!... pero no, no; si fué el señor Touquet mismo, mi protector, el amparo de mi desvalida infancia quien me hizo entrar en el coche.

—Si, Blanca adorable, fué vuestro protector, vuestro amparo, el honrado Touquet quien ha servido mis miras y os ha entregado á mi amor.

Concibió entonces y de golpe la inocente niña toda la espantosa verdad, blandearonsele las rodillas, desaparecieron las rosas de su tez, y sin haber arrancado un solo gemido, iba á caerse á plomo sobre el pavimento. Por fortuna la recibió en sus brazos el marqués; quien habiendola depositado sobre la cama, tiró con violencia del cordon de

ja campanilla. Al instante se presentó German.

—A ver!... venga á socorrerla alguien! gritó el noble señor agitado vivamente. Ha perdido el conocimiento... ¿no hay muger ninguna en la quinta?

—Perdonadme, señor, que la hay. Llamó German á Maria, y corrió á sus voces la rolliza aldeana.

—Prodigad todo esmero á esta jóven; le dijo el marqués, y no la perdais de vista un instante. Si tardáre en recobrar los sentidos avisadme corriendo.

—Está cabal, señor, respondió Maria haciendo una reverencia; y Villebelle salió del cuarto acompañado de German.

Fatigado el marqués con la celeridad de su marcha desde Paris, se encerró en su cámara y echóse sobre un lecho. Mientras se despojaba German de su trage de camino, informábase el señorón de lo que Blanca habia hecho desde su llegada á la quinta.

—Señor, contestóle el ayuda de cámara, ella se creyó desde luego en casa de un tal Urbano, y conforme á vuestras órdenes no me he metido en desengañarla.

—Segun parece, le ama mucho mas de lo que yo creia, dijo Villebelle suspirando.

—Oh! señor, cariño de chiquillas! hoguera que por sí misma se apaga.

—Ojalá que aciertes!... pero Blanca no se parece á las demas mugeres, que he visto hasta el dia.. Tiene una candidez... una franqueza... en fin un no se qué de respetuoso... No puedo es-

plicarte los sentimientos que me inspira... Sus lágrimas recaerian sobre mi propio corazon... Es á fuerza de esmeros, de mimos, de amor, como pretendo triunfar de ella... Será preciso mucho tiempo, quizás! pero ¿qué me importa? siéntome capaz de cohibir mi pasion, de someterme á todo lo que exija de mi. Bien lo ves, German, me he enamorado de veras; pues que ya no me conozco; y al lado de Blanca temo volverme mas tímido que niño de teta.

—Veremos cuanto tiempo dura eso, señor.

Ah! no puedes comprehender lo que esperimento!... German... mañana partirás á Paris; te daré todo el dinero necesario, para que traigas cuanto encuentres mas precioso, y nuevo, de adornos de telas y de alhajas. Nada economicas, que pueda proporcionar á Blanca el placer mas ligero.

—Fiad en mi, señor.

—¿Qué sirvientes hay en esta quinta?

—El viejo concerge, que nunca se desvia de la puerta... pues se cree el castellano de alguna fortaleza de primer órden.... su hija Maria, á quien acaba Vueseñoria de ver, es la única hembra que he encontrado en esta quinta.

—¿Y sabrá servir á Blanca?

—Oh! si señor: es algo boba, un poco lerda, pero fiel y bien mandada; su padre ha respondido de ella, ademas que á la señorita Blanca parece no hacer falta camarera ninguna...

—¿Y quién mas hay?

—El jardinero, viejo chocho, que solo entiende de sus haramagos. Respecto á dos lugareños con quienes trata, nunca penetran estos en lo interior

de la quinta.... Ah! se me olvidaba; tambien está aqui un antiguo cocinero y mozo de reposteria todo en una pieza, muy borracho, segun he podido averiguar, pero á quien nunca se le deja salir de la cocina; mientras que él, cuando no hay quien le vea, tiene buen cuidado de encerrarse en la bodega.

—Está bien, pero me hace falta aqui algunos criados que vigilen á Blanca, sin que ella lo advierta; de modo que no pueda escapársenos, toda vez que la idea se le ocurra, y al propósito me he traído de Paris dos lacayos que desempeñarán perfectamente esta comision. Ah! German, si consigo que Blanca me ame, que dicha será la mia!..... pero me estoy deshaciendo por saber de ella..... Corre... baja... llama á Maria... no puedo quedar en esta inquietud.

Salió del aposento German; mas volvió al instante con la aldeanilla quien ya se habia separado de Blanca; y bien ¿qué tal se encuentra ahora? preguntóle el marqués.

—¿Quién la señorica?

—Sí:

—Oh! ya hace *güen* rato que se le han quitado las *gusarañas* de los ojos, señor.

—¿Y qué es lo que ha dicho?

—Qué ha dicho?... vaya! una bocanada de cosas que no he entendido á derechas.., Aguarde su merced; ya me acuerdo: luego me preguntó si era cierto que su merced era el amo de este cortijo, y cuando le dije que si, se puso á llorar como una bestia.

—A llorar?

—Oh! si, señor; pegaba unos sóponcios que ya!... luego me preguntó el nombre de su merced.

—¿Y tu qué le contestaste?

—Toma! le dije que era su merced el señor marqués.

—¿Y no te preguntó otra cosa?

—No señor.

—¿Porque te has venido de su cuarto?

—Señor, porque ella me dijo que yo le daría mucho gusto si me fuera.

Hízole una seña el marqués á fin de que lo dejase á solas; pues queria entregarse sin testigos á las sensaciones que experimentaba. Satisfaciale el poseer á Blanca dentro de su quinta; mas la pena que ella sentia turbaba su felicidad. Ya no se atreve á volver á verla, juzgándolo mas conveniente dejar que pase el primer momento de su dolor. Echóse sobre su lecho para buscar el descanso, pero huia de sus párpados el sueño. La imagen de Blanca estaba sin cesar delante de sus ojos, y reproducíase con ella el recuerdo de los muchos yerros de su juventud los que en vano procuraba el marqués ahuyentar de su memoria.

Mientras que se esforzaba Villebelle por atribuir solamente al amor su desvelo y zozobra, pasó llorando Blanca toda aquella noche que con tanta impaciencia habia esperado; convencida por fin de que se hallaba en el poder de un hombre á quien el barbero la entregára, sintió todo lo horroroso de su situacion; habituada empero por Margarita á reposar su confianza en el Ser Supremo, y á no poner en duda su poderio, dirigió al Cielo sus preces, pidiéndole tuviese á bien reunirla con Urba-

no. Fué, puesta de rodillas, y con las manos alzadas hácia los cielos y los ojos anegados en lágrimas, como pasó la infeliz, parte de la noche, hallándola la aurora en igual cuita.

Vino Maria á tomar sus órdenes: Blanca nada queria, nada deseaba sino la libertad y por toda respuesta trájole el criado el desayuno. Al cabo de una hora, entró el marqués dentro del cuarto; Blanca no le habia visto, hallábase sentada con la mano en la mejilla y absorta al parecer en su dolor.

Hizo el marqués una seña á Maria para que se saliera del aposento, y púsose á contemplar á aquella jóven que desde el dia anterior veíase reducida al desespero; solo porque era bonita, y habia tenido la desgracia de parecerle bien á un hombre rico y poderoso, quien pensaba que cualquiera debería considerarse demasiado feliz con satisfacer sus pasiones.

Entretanto hizo una dolorosa impresion en el noble caballero el trastorno que en la noche antes padecido hubieran las facciones de Blanca, y el hallarla con los ojos hinchados y enrojecidos todavia con sus recientes lloros. Prefirió sufrir sus reproches á verla sumida en aquella silenciosa afliccion, y dió algunos pasos hácia su víctima, para que advirtiera su presencia.

Levantó Blanca los ojos, fijólos en el marqués y habiendo tan solo dado muestra de una ligera turbacion, volvió á dejar caer la mejilla sobre la mano. Villehelle que esperaba amargos vituperios y agudos gritos, sorprendióse de este silencio, y tomando una silla fué á sentarse junto á

Blanca, quien enmudecida proseguia llorando.

—¿Os considerais tan desgraciada? dijo por fin el marqués con emocion, y contestóle Blanca sollozando, pero con aquel tono de dulzura que jamas la abandonaba:

—Si señor.

—¿Podeis echar de menos la triste casa del barbero donde de ningun placer disfrutabais?]

—No es la casa lo que echo de menos, señor.

—Aquí, estará en vuestra mano ser la muger mas dichosa; todos vuestros deseos seran leyes en este parage, tendreis los vestidos mas hermosos, las alhajas mas ricas.

—Nada de eso quiero, señor.

—No siempre pensareis asi, doncella amable; formada para agradar, para exigir homenajes quiero que algun dia, por vuestros atractivos, y adornos eclipseis á cuanto encierre Paris de mas hechicero.

—No os entiendo, señor.

—Olvidad pues los años consumidos en la reclusion; para comenzar una nueva vida. Tornaráse para vos esta morada en sitio de deleites: las fiestas y los goces se succederán sin interrupcion tan luego como vuestros bellos ojos recompensen mis esfuerzos con una sonrisa. El barbero no era acreedor á vuestra amistad; ese miserable os habia educado solo para su propio interés, podeis emancipar vuestro corazon de semejante conocimiento. Respecto al jóven con quien pretendia casaros, á fin de desembarazarse de vos, ese era un niño, segun me han asegurado; y no tardará en olvidaros, Blanca hechicera.

—¡Urbano olvidarme! esclamó la niña, haciendo un movimiento convulsivo; luego, volviendo á abandonarse, sobre su asiento, dijo con tono mas reposado:

—No, señor: Urbano es imposible que me olvide, pues conozco, que siempre habré de amarle, y que nuestros dos corazones no tienen sino una idea misma.

Levantóse con despecho el marqués; dió algunos pasos en el aposento, y dijo al cabo de un instante:

—Ahora empero es ocioso, señorita, alimentar un sentimiento que carece ya de esperanza; porque no volveréis á ver á ese Urbano, á quien aborrezco sin conocerle.

Levantó Blanca los ojos para fijarlos en los del marqués; sus miradas erau suplicadoras, y acercándose á él se puso de rodillas, diciendo con voz entrecortada de sollozos:

—Señor, ¿qué os he hecho para que me castigéis de tal suerte?... Si por acaso y sin sabiendas, me hallo culpable de alguna falta perdonadme, os ruego, mas no me separéis de mi Urbano.

—Alzad! dijo Villebelle, quien á pesar suyo cedía á las emociones que experimentaba. No, no sois culpable, niña encantadora, yo si lo soy, yo tan solo... Si, considérome un monstruo porque hago que corran vuestras lágrimas... Ah! ¿por qué os he visto?... pero sois tan linda...

—¿Señor, y por que sea linda una muchacha tiene nadie derecho para encerrarla?... Se os castigará por retenerme presa en vuestro castillo; esto ha de estar prohibido por fuerza, aun cuando

nno sea señoron; vedado deberá serle el atormen-
tar á los pobres! Oh! Dios mio! y el talisman de
Margarita debería preservarme de todo peligro!
Pobre Margarita! si supieras cuan desgraciada soy.

No tuvo ya fuerzas el marques para resistirse
á las lágrimas de la niña.

—Está bien dijo el caballero, inclinándose há-
cia Blanca; ya que es verdad que me aborreceis...
que solo soy para vos un objeto de espanto...

—¿Yo aborreceros?... dijo la sincera jóven fijando
en su rostro las mas tiernas miradas; oh! no, se-
ñor no lo creais!... A pesar de la pesadumbre que
me causeis, no sé lo que me sucede, pero cono-
zco que tendria sumo placer en perdonaros,.. aun
creo que llegaria á quererlos.

—¿A quererme, doncella celestial? gritó el mar-
qués á quien estas palabras llenaron de indecible
gozo... oh cielo!... podria ser... y yo que iba á
consentir... Ah! jamas, jamas! Antes bien morir
que perderos, que ceder vuestra posesion á otro!...
Me habeis hecho entrever una dicha cuya sola idea
me arrebató... Blanca, Blanca querida... haré quan-
to gusteis para merecer ese amor cuya esperanza
me dispensais... Pero renuaciar vuestros hechizos!...
Ah! eso es imposible del todo... y ahora me ale-
jo de vos para no veros derramar esas lágrimas
que me hacen odiar hasta mi amor mismo.

Salióse precipitado Villebelle, y Blanca le vió
alejarse sorprendida, pues para ella no era inte-
ligible el transporte que de manifestar acababan.
Distante se halla la chica de sospechar que ha re-
machado las cadenas del marqués al confesarle que
le seria posible llegar á profesarle amistad hasta

cierto grado. Su corazón sin mancha desconocía el finjimiento, y el afecto que hacía el marqués descubierto había era tan distinto del amor que profesaba á Urbano, que nada veía de malo en hacérselo conocer. Mas Villebelle no sabía leer en aquel ingenuo corazón, figurábasele que la amable niña, no estaba muy lejos de corresponderle, y ya daba de hecho que conseguiría hacer que se olvidase de Urbano.

Transcurrióse todo el día sin que el marqués se presentase de nuevo en la habitación de Blanca, esforzándose esta por realmente persuadirse que no era la intención del marqués detenerla como presa en su quinta, y encomendábase á su talisman para que abreviara su reclusión en aquel parage.

Después de comer, preguntó Blanca á Maria cual era el camino para ir al parque; y la gorda aldeana se dió prisa á conducirla hasta la entrada, donde la dejó después de haberle hecho una reverencia profunda. A pesar de su facha simpletona, comprendió la lugareña que su señor estaba enamorado de la señorita, había notado los enrojecidos ojos, y oído los gruesos sollozos de Blanca; así es que al separarse de ella, dijo para sí: —Caracoles! si el señorón se enamorara de mí no habría yo de llorar por cierto... muy al contrario..... Caracoles!

Hallándose á solas en el parque, no concebía Blanca la idea de recuperar su libertad, pues desconocía los caminos, é ignoraba en que país se veía y á que distancia de París; dábale el corazón la dificultad de huirse sin caer al momento entre

las manos del marqués: resignóse por tanto á esperar que la devolviese á su amante, suponiendo que el noble raptor no seria capaz de detenerla prisionera indefinidamente, sin adivinar todavia la cuitada los peligros que la acechaban en la quinta.

—Informado Villebelle que Blanca se hallaba en el parque, no tardó en reunirse con ella, recibéndole la jóven casi con una sonrisa, y aunque la tristeza se hallase grabada siempre en sus facciones, empezó á conversar con él la inocente niña acerca de los objetos que les rodeaban y contestábale con su dulzura y gracia de costumbre. Pareciale al marqués tan extraordinaria esta conducta que consideraba á Blanca con tanta sorpresa como pasion. Sin embargo, esta mansedumbre, lejos de alentarle para la osadia, inspirábale hácia ella un respeto mas profundo; no se atrevia á hablarle de sus amores, y sin comprender porque motivo le causaba respeto una niña, permanecia por intervalos pensativo mientras á su lado se paseaba.

Al dia siguiente llevó Maria al aposento de Blanca las galas que German habia comprado en Paris; veianse entre ellas una infinidad de aquellas fruslerias sin nombre, de aquellas nadas monisimas que se han inventado para que los ricos gasten mas facilmente su dinero. La gorda aldeana se quedaba absorta á lavista de cada alhajuela, mientras que Blanca apenas condescendia á mirar aquellos costosos regalos.

Pasó el marqués á visitar á su jóven cautiva y advirtió que ni siquiera habia tocado sus presentes.

—¿Menospreciais pues, lo que tengo en ofrecer tanta dicha? dijo el señorón á Blanca.

—Nada de eso me hace falta dijo suspirando ella. Para agradar á Urbano, precisos no me eran semejantes adornos; ¿y qué diria él si me los viese puestos?

—Dale con Urbano; dicho os hé, señorita que no volveréis á verle.

—Si, pero no os creo tan malvado como os empeñais en parecerlo; ¿qué gusto sacais con darme á cada paso nueva pesadumbre?

—Blanca; me habeis confesado que no os hallais distante de quererme.

—Verdad es; y ese sentimiento lo abriga todavía mi corazon; al lado de Urbano y de vos me consideraria feliz.....

—¿No podré esperar que á fuerza de esmeros, y de ternura, consiga yo haceros olvidar esa inclinacion primera, y que solo habré de ocupar vuestro corazon?

—No me entendeis, señor; amo á Urbano como á mi amante... á mi esposo, y á vos... yo quisiera... no sé... paréceme que con el mayor deleite os llamaria..... mi hermano..... mi padre....

Esta confesion no fué del todo satisfactoria para Villebelle; sin embargo tuvo esperanza en el tiempo y en la asiduidad de sus atenciones. Por la tarde bajó otra vez Blanca al parque, donde no tardó en acompañarla el marqués. Paseóse este con ella, sintiendo por instantes que se aumentaba su pasion hácia aquella encantadora niña. Ya no se conocia á sí mismo el marqués; aquel hombre corrido, aquel seductor que de las beldades mas a-

riscas habia triunfado, se tornó tímido y medroso en preseneia de una niña que solo contaba para su salvaguardia con su inocencia, su virtud, y el talisman que le habia dado Margarita.

Habianse deslizado ya doce dias que habitára Blanca en la quinta de Sarcus; y ninguna mudanza habia experimentado su situacion. Todas las mañanas pasaba á visitarla el marqués, pero cediendo al dolor que causaba á la jóven el verse separada del hombre á quien queria; á penas se le saltaban las lágrimas á la jóven, cuando su noble pretendiente se alejaba de ella con brusca despedida. Por las tardes se paseaban juntos en el parque; aunque en silencio las mas veces, ó trocando poquisimas palabras. Blanca tenia fija la imaginacion en Urbano, y satisfecho Villebelle, de verse al lado de la chica, no daba cabida aun á designios criminales.

Al cabo de este tiempo, un propio, enviado de Paris llevó al marqués la nueva de hallarse un tío suyo á las últimas y deseaba verle antes de espirar. Villebelle, único heredero de aquel pariente, en extremo rico, no pudo dispensarse de acudir á su cabecera y determinó aunque con pesar separarse de Blanca por algunos dias. Llevóse consigo á German; pero dió sus instrucciones á los criados que dejó en la quinta, á fin de que no pudiera temerse la fuga de la cautiva beldad; la que por su parte no inspiraba desconfianza, ni hacia recelase ningun proyecto de evasion. No juzgó prudente el marqués avisar á la jóven de su partida y mas enamorado que nunca dejó la casa de campo, confiado en que no tardaria en tornar á ella.

CAPÍTULO X.

El encuentro. Plan de venganza.

UEMOS dejado á Urbano próximo á sentarse en una piedra, y detenido por los ayes de un hombre que estaba tendido en aquel parage, y al cual no habia notado el jóven bachiller. Segun las palabras que aquel individuo pronunció, ya mis lectores habrán reconocido á Chaudoreille, quien se quedára medio muerto en el sitio, donde los ladrones le dejaron.

Hizo Urbano un movimiento de sorpresa; pero, incapaz de experimentar una sensacion de espanto, sentóse en el pedrusco diciendo:

—Perdonadme, señor. que no os habia visto.

Incorporóse Chaudoreille, y habiendo examinado á Urbano, comenzó á recuperar los espíritus: además ¿qué cosa podria temer ya? Sus vestidos no habian tentado la codicia de los facinerosos; verdad es que le habian dejado á Rolanda, pero seria porque creyesen que en tales manos dejaba de ser un instrumento de peligro.

—Ah! por vida de Sanes, que me habeis despertado, camarada!... hallábame echando un sueño de canónigo... vaya un sueño delicioso... todavia me tentaba yo en el bolsillo mis dos mil libras en oro, y ahora despierto para hacerme cargo de una tristisima realidad.—Ah! ¡mil millones de bigotes de Turco! los infames, los bribones, me lo han quitado todo... Nada, por mas que palpo... ni siquiera un ochavo me encuentro. Oh muerte! oh furor! oh desesperacion!

Rodóse por tierra Chaudoreille de nuevo, y arrancóse dos ó tres pelillos del mostacho. Por fin, hallando que esos extremos no le devolvian sus escudillos, serenóse, y contemplando á Urbano segunda vez, oyóle arrancar hondos sollozos, sin hacer mucho caso del desespero del pelado infeliz.

—Que diantre! vaya un personage bien taciturno, dijo entre si el Gascon, y dirigiéndose de nuevo á Urbano:

—Apuesto, le dijo, á que tambien os han limpiado á vos algunos malandrines, buen camarada; esta ciudad es un verdadero receptáculo de rateros y de bandidos! Un hombre honrado no puede ya pasearse sino en medio de una patrulla, y cuidado que tampoco me fiaria yo de ella si fuese de-

rondines. Ah! fué ese maldito teatro, el que me ha acarreado este infortunio. Unos miserables histriones del Palacio de Borgoña atreverse á mofarse de un caballero de mi alcurnia!... Ah, Turlupin, amigo mio, ya me la pagarás; mañana mismo presento una querella ante el teniente del crimen, y hago que zampen á todos los Gautier-Garguilles en madre abuela. Pero, ay de mí! ¿quién me devolverá mis cien pesos? Apuesto á que no llevabais encima tanto dinero, camarada?..... hei!..... Voto á Chápiro que suspirais cual si os hubiesen robado los campanarios de la iglesia mayor. ¿Fué en una silla de manos donde os hicieron la operacion *rapiadora*?

—Por única respuesta arrancó Urbano un largo suspiro, y dijo entre dientes: Ay de mí, la he perdido sin remision!

—Bien me lo maliciaba yo, dijo entre sí Chaudoreille; ha perdido su bolsa, ó mas bien se la han viriado. Camarada ¿fué en este cuartel donde la perdisteis?

Miróle Urbano con sorpresa, y al fin respondió: No se donde se encuentra; hace ocho horas que ando corriendo por las calles de Paris sin haber adelantado maldita la cosa.

—A lo menos, si tuvierais un farolillo..... serviria eso para ayudaros... ¿Estaba muy hinchada la hija de su madre? si la encontramos todavia sin merma, camarada, llámome á la parte..... asunto convenido.

Levantóse Urbano, y asiendo por la garganta á Chaudoreille, lo tuvo clavado en tierra un buen rato; gritándole—Miserable! ¿te atreves á insultar

mi dolor? si yo no escuchara ahora mas que á mi furia.....

—Por Dios, señor; no presteis oído á semejante dama... se lo suplico... ¿qué diablo de hombre sois?... ¿Os habeis escapado de la casa de los locos? ¿Y porque me brindo á ayudaros á buscar vuestra bolsa, que se os ha perdido, os empeñais en darme garrote?

—Mi bolsa?... Qué!... ¿hablais de dinero?

—¿Puedo yo hablar acaso de otra cosa ninguna despues que fui poseedor de un bolson tan atestado?

—Ah! perdonadme, caballero, no nos entendiamos el uno al otro.

—Ya lo voy viendo... pero, por vida de Barabas, que nos apretabamos bien de cerca... ó lo que es lo mismo erais vos quien me apretaba! Vaya unos puños que teneis hermanito; se parecen á los míos cuando aferran á Rolanda. ¿Conque, segun parece, no es dinero lo que habeis perdido?

—Ah, buen amigo, ojalá fuese dinero! Y daría cuanto poseo por volver á hallar á una muger que adoro, é iba á ser en breve esposa mía!

—Bobaliton! dijo entre si Chaudoreille, ¿es una muger por quien tanto puja? No sabe lo que es perder cien pesos como cien alas del corazon..... y eso que no cuento la plata menuda!... Pero ya que no le han robado, procuraré servirle si puedo; tal vez me arme algun tanto ayudándole á encontrar la niña perdida.

Levantóse del suelo el guapeton, y fué á sentarse en la piedra, al lado de Urbano; diciéndole con fingida sensibilidad:

—Referidme vuestras cuitas, jóven caballero; yo soy el protector de todo vicho que padece en el ámbito de la naturaleza... mediante una ligerísima retribucion, que nunca designo fijamente, sino que dejo á la generosidad da aquellos á quienes sirvo.

—¿Y que podriais hacer en mi obsequio, señor, si no tengo la reseña mas leve acerca de los raptos, ni del camino que hayan tomado? Ah! siento que hasta el ánimo me abandona.

—¿Que significa eso? jóven amigo! jamas debe de abandonarnos el valor. Qué vergüenza!... en todas las vicisitudes de la vida es la grandeza de alma lo que nos iguala con los dioses,.... quienes, á la verdad, maldito el miedo que pueden tener á la muerte, supuesto que son inmortales. Pero, volvamos á vuestro negocio; si teneis dinero, siempre sobran recursos, yo los buscaré de los mas bellos, tengo dos amigos que son soplones de la policia, pero egercen este destino en calidad de aficionados, y por puro amor de la humanidad. Decidme, ¿en qué barrio vivia vuestra amada?

—En la calle de los Bordonese, casa del maestro Touquet, quien la habia criado.

—¿En casa del barbero?... ¿calle de los Bordonese? ¿y la hermosa jóven se llama Blanca?

—Si señor, ¿la conoceis quizas?... Ah! por Dios decidme...

—Poco á poco, amiguito. Ved ahí un lance que yo no... Vengan esos cinco... voto á Júpiter, cuan feliz sois en haber topado conmigo!

—Qué! ¿pudierais lograr que me reuniese con Blanca?... ah! caballero, que encuentre tan feliz ha sido este!

Y Urbano se arroja al cuello de Chaudoreille, quien al esquivar su enérgico achuchon decia entre sí:

—Este es el jóven que iba á casarse con Blanca; segun parece cayó la paloma entre las garras del marqués; pero su señoria me ha pagado ya, y no tengo que esperar de él; ahora es preciso irme al partido del babosuelo. Sin embargo obremos con prudencia... sin que llegue á penetrar quien soy, y sobre todo la parte que he tenido en levantar ese muerto.

Apuró Urbano á Chaudoreille á fin de que se esplicase, y este le respondió al cabo con tono misterioso:

—Yo no conozco al barbero ni á Blanca; pero uno de mis amigos suele frecuentar la tienda del maese Tonquet... Y me acuerdo haberle oído hablar de vuestro casamiento.

—Es cosa muy estraña; porque me habia encargado guardase un profundo sigilo sobre esa materia, y él mismo...

—En fin, ya veis que no se ha contenido, cuando hasta mi ha llegado esa nueva. Pero un hombre de sangre azul... de aquellos de copete... un señorón andaba enamorado de vuestra novia.

—Un señorón!... ¿y como se llama?

—No lo sé todavia; pero lo averiguaré.

—¿Y estais cierto de ello?

—Toma! tan cierto, y á la fuerza habrá sido ese señorón quien os haya robado la chica.

—Ah! conseguid que yo sepa su nombre, otorgadme esa gracia por los cielos!...

—Mañana, es decir esta noche, espero que lo

sepais; pero, sobre todo, prudencia, amigo mío, y no vayais á comprometerme.

—Ah! señor, vivid seguro de mi gratitud.

—Ya! por supuesto que yo contaba con ella.

—¿Y no puede ser antes de la noche?

—No: acudid á las nueve en puuto á la puerta de Montmartre... tened especial cuidado de traer os todo el dinero que podais juntar, y yo os diré cuanto haya descubierto.

—Basta! ah! qué lástima que ya no sean las nueve de la próxima noche.

—Entretanto, me hacian falta algunos pesillos para untarle las manos á los sugetos de quienes os hablé... y me encuentro de cruz baja á causa del maldito robo que acaban de hacerme.

—Ved aquí el único dinero que traigo encima; tomadlo os rusgo.

—Viene á pedir de boca esa plata, amiguito mío. Pero empieza á amanecer; preciso es que nos separemos; hasta la noche, en la puerta de Montmartre.

—Ah! no faltaré, buen caballero.

—Y no olvideis los encargos que os he hecho. Pasadlo bien; que voy á trabajar en vuestro servicio.

Alejóse Chaudoreille, y Urbano, algo alentado con la esperanza que acababan de darle, ganó á pasos lentos su posada, á fin de aguardar en ella á que llegase la noche.

Mientras se dirigió el Gascon hácia el lado del Puente Nuevo, decía para su sayo: paréceme que el marqués no es hombre que se duerme en las pajas; ya escamoteó á la chiquilla; y ese bribon

de Touquet ha de estar precisamente en el ojo. Aquí es menester desvergüenza y osadía. El marqués no es capaz de haber mencionado mi nombre; pecho al agua, pues, y vamos á la barbería como si tal cosa, y á ver por donde se esplica el malvado: luego que por prudencia me estaré pegadito á la puerta de la calle, y al menor movimiento de cólera que advierta en él, zas! de un brinco me pongo en medio de la corriente; llamo á la guardia y reuno al rededor de mí un centenar de defensores.

Dispuesto su plan, comenzó Chaudoreille sus operaciones de campaña por escurrirse dentro de la primera taberna que halló á mano, donde, temeroso de que le robasen otra vez, se comió y bebió todo el dinero que le diera Urbano. Luego de levantarse de la mesa, habian dado las diez de la mañana; era aquella la hora, en que habia mas gente en la tienda de Touquet, momento el mas propicio para que allá se llegase nuestro valiente. Antes de introducirse en la barbería, se aseguró de que el maestro no estaba solo; presentóse entonces, dándole los buenos dias con un aire agasajador. Contestale el barbero en su tono ordinario.— Nada anunciaba que tuviese la mas leve sospecha; y Chaudoreille quedó completamente serenado. No obstante, luego que estuvieron á solas, aunque sin perder de vista la puerta, preguntó el valiente á su amigo si habia alguna novedad.

—Todo se ha terminado, dijo el barbero; se casaron, y partieron acto continuo espero no volver á saber mas de ellos.

—Oís! conque se han casado? contestó Chau-

doreille frunciendo los labios, bueno vá... ya se les cumplió lo que los chicos deseaban... vaya, me alegro!

—¿Y que tiene eso de particular? repuso Touquet con tono brusco: ¿hay algo de extraño en que tal sucediera?

—Por mi parte, lo mismo se me importa que á esa mosca que te está picando las narices.

—Toma, aqui tienes lo que te prometí. Espero vender esta casa dentro de breves dias y retirarme á descansar. Ya no me hacen falta tus visitas, ni tienes lecciones de música que dar por acá... Asi no te tomes la molestia de dejarte ver jamás por esta casa; adios, te perdono todas las barbas que me debes.

—Mil gracias querido amigo. Ojalá pueda yo probarte algun dia todo mi reconocimiento.

Choudoreille, habiendo hablado asi enfiló la puerta y alejóse de la barberia.

—Me ha prohibido vuelva á pisar sus umbrales... Vaya! me gusta la politica. El villano tiene miedo no me encuentre con el marqués, quien tal vez le haya mandado parta conmigo la gratificacion que le valió el entregarle la hermosa novia... Pero, paciencia! si tu eres un bribon, maese Touquet, tambien me jacto de ser yo... un pillu de siete suelas. No tengo malditas las ganas de volver á tu huronera... puede sin embargo que todavia me necesites. Vamos, Choudoreille, aqui es preciso tener ingenio, amigo mio. Trátase ahora de reparar la pérdida de la noche anterior y de volver á juntar un caudalejo. Lléveme el diablo si vuelvo á entrar en toda mi vi-

da en una silla de manos... no, aunque sea la del señor Arzobispo. Corramos por lo pronto al casino del arrabal, y sepamos de boca de Marcelo si es allí donde el marques ha conducido á Blanca, en seguida bajaré á París é iré á ver á la celosa Italiana; carilla habrá de costarle mi visita... pero vaya unos enredos que voy á espetarle..... que bolas, Virgen Purísima!... hasta que le dé un patatús de á folio: en fin voy á la cita que he dado al jóven amante, y llevándole bien caro por mis puntadas, le hago sabedor de cuanto sé. Luego desenrédese cada cual como mejor pueda; por lo que á mi respecta así que tenga los bolsillos bien repletos, acójome á una leonera, armo mi banca, y allí que entren moscas: en medio de los puntos y de los orejeros desafiare á cuantos sucesos puedan tener lugar de puertas afuera... Ah! voto á brios, no vá á estar mala la broma.

Mientras hacia estos proyectos tomaba el trote nuestro guapeton hácia el arrabal de San Antonio. Llegó hecho un pato de sudor al casino, y Marcelo le pregunta si ha dado muerte á algun otro principe cochiuchinesco.

—Hoy no; respondió Chaudoreille, apretándole la mano á su amigo con el mayor afecto; circunstancia que hizo sospechar al otro que la gran fortuna se habia derretido ya dentro de su buchaca.

—¿Vienes de comprar algun casino en este cuartel? le preguntó Marcelo.

—Ya no trato de hacerlo! Me han robado, querido amigo, robado hasta el último ochavo... Mira tú... tomé una silla de manos y los infames

que la llevaban me condujeron á una caverna donde me rodearon hasta quince ó diez y seis bandidos... El valor tiene que sucumbir á la muchedumbre: sin embargo creo que defendiéndome he hecho morder el polvo á media docena de aquellos canallas... pero dejemos eso ahora, y dime, hermoso Marcelito, si el marqués ha traído acá una conquista nueva?

—Ni he visto á su señoría, ni á nadie de su parte.

—Marcelo, tú mientes.

—Te digo la verdad; estoy solo en toda la casa....

—Que diablos! eso echa á perder la mitad de mis proyectos... ¿Estás seguro de que no mientes?...

—Yo, ¿pues que te parece que si hubiera alguien no te mandaría á pasear ahora mismo?

—¿Sabes si tu amo tiene otros casinos en los contornos de París?

—Yo solo sé obedecer las órdenes que su señoría me comunica; dormir y comer, sin meterme á curioso ni á parlero.

—Haces muy mal; de ese modo harás poca fortuna en el mundo. Adios Marcelo.

Tornóse Chaudoreille á París con igual premura que habia venido de él, y bastante descontento de haber averiguado en que parage se encontraba su discípula de salterio; mas no queriendo visitar á Julia tan desprovisto como estaba de nuevas que darle, decidióse á acudir al palacio del marqués.

La morada del brillante Villebelle en París era

digna de tal dueño, y hallábase sita á corta distancia del Louvre. Escurrióse Chaudoreille dentro de un gran patio; y haciendo al portero un profundo saludo, le preguntó si su señoría se hallaba en la ciudad.

—El señor marqués está en Inglaterra, respondió el portero mirando desdeñoso al preguntador desde la altura de su grandiosidad, y el otro, viendo que no había arbitrio de liar conversacion con el adusto cerbero, se salió del palacio, diciendo!

—¡En Inglaterra! que diantre; si se le habrá antojado seducir á la chiquilla con tajadas de *bifstek*? A fé mia que he hecho cuanto está á mi alcance! Vamos ahora á embutirle á la bella Julia todo lo he podido averiguar; es cerca de las cinco, y me sobra tiempo para no saltar á la cita del boquirrubio.

Corrió Chaudoreille á casa de la jóven Italiana, y luego que le abrió la vieja dueña.

—¿Está en casa vuestra señora, díjole el valenton.

—Si, señor.

—¿Está sola?

—Si, señor.

—Pues id á decirle que el caballero Chaudoreille tiene que comunicarle asuntos de la mayor importancia.

No tardó en volver la sirviente, quien sin demora introdujo á Chaudoreille en el gabinete de su ama, donde paseaba esta visiblemente agitada.

—Ya os estaba aguardando, dijo ella al caballero, haciéndole una seña para que se sentase.

—¿Me aguardabais, señora?

—Si; porque no he vuelto á ver al marqués desde que estuvisteis acá, nunca se le han pasado tantos dias sin venir, y no dudo que alguna nueva intriga sea la causa de su abandono.

—Ay! *signora*, demasiado justamente lo adivináis.

—¿Conque me han vendido? exclamó Julia, haciendo un movimiento de furor, mientras Chaudoreille fué á ocupar un asiento á respetuosa distancia, y atravesó su tizona sobre las rodillas.

—Que quereis que se remedie, *signora*, los hombres son... hombres... el marqués no sabe apreciar vuestras gracias, vuestros encantos, vuestros atractivos, vuestros...

—Callad; y dadme á conocer cuanto sepais.

—¿Qué me calle y hable á un tiempo mismo? contestó Chaudoreille haciendo rodar sus espantados ojillos.

—El nombre de mi rival?... pronto, respondedme miserable!

—Voy á hacerlo, *signorina*!... pero os suplico me permitais que os lo cuente todo por su orden.

—El nombre de mi rival, te digo? repitió Julia, acercándose furiosa á Chaudoreille, quien temblando de pies á cabeza, balbució:

—Blanca... la huérfana, aquella jóven que tenía á su cargo el barbero.

—Ah! el bribon! bien deberia yo haberlo adivinado.

—Blanca iba á casarse hoy mismo con un jóven bachiller á quien amaba, y que la adora..... Habia consentido en ello Touquet, mas no sé porque casualidad vió el señor marqués á la chica,

enamoróse de ella hasta los cabellos; y supongo que la habrá robado; pues ella desapareció antes de anoche, y mucho sospecho que mi amigo el barbero haya servido de segundo á los proyectos de su señoría; por lo demás la joven no está en el arrabal de san Antonio, pues acabo de venir de allí; ni tampoco se halla en Paris el señor marqués, pues vengo tambien de su palacio, y el portero me ha dicho que su amo se ha ido á Inglaterra.

Chaudoreille retabiló todo esto sin pararse á tomar aliento, receloso de que Julia no le hiciese una mala partida, si no se apresuraba á satisfacer su curiosidad.

—Ese viaje á Inglaterra es una mentira, exclamó la italiana.

—Tambien se me ha figurado lo mismo.

—El marqués ha llevado á la joven á alguna de sus haciendas de campo.

—Muy probable es.

—¿Pero á cual de ellas?... eso es lo que precisa descubrir.

—Soy de vuestra misma opinion; eso es lo que precisa descubrir.

—Y hasta puede ser que esa muchacha exista todavia en Paris á estas horas.

—No hay dificultad en creerlo. Esta ciudad es una canasta desfondada, caben en ella tantas cosas! Una chiquilla se pierde aqui con la misma facilidad que una monedilla de á ochavo.

Púsose á reflexionar algunos momentos; y Chaudoreille enmudeció, esperando que ella hablase para hacerle el son. Paseóse por la vivienda la Ita-

liana; con los puños cerrados, y fácilmente advertir, en virtud del temblor que la agitaba, que tenía el mayor trabajo en contener sus furias. En fin, parándose delante de Chaudoreille, ella le dijo: juzgais pues que la tal Blanca no ama al marqués?

—Creo á lo menos que todavía no le amaba, pues nunca le habia visto...

—¿Y como estais seguro de eso?

—Si, en efecto... teneis razon, ¿como puedo yo estar seguro de eso?

—Decidme cuanto sepais atento á esa jóven, cuanto tiempo hace que vive en casa del barbero; los motivos de su adopcion...

Hizo Chaudoreille á Julia el mismo relato que antes hiciera al marqués; y ella le escuchó con la atencion mas profunda: luego que concluyó púsose á reflexionar sobre lo que acababa de oir, sin que su colocutor osase interrumpirla con la mas leve palabra.

—Touquet es un bribonazo! mucho tiempo ha que lo sé; pero ahora es menester que yo adquiera pruebas de su delito, y si efectivamente es él quien ha vendido á Blanca, bien puede temblar de mis iras.

—Muy justo, muy justo, es menester castigar ese crimen, dijo Chaudoreille y añadió en voz baja: si pudiera ella conseguir que ahorcasen al tal barbero, se me acababa el susto de tiron.

—¿Y es eso todo lo que sabeis? dijo Julia.

—Ah! perdonadme, *signorina*, en el arrebató de mi celo, se me ha olvidado decir que por la mayor de todas las casualidades encontré anoche al jóven amante de Blanca; el pobre diablo se halla-

ba sentado en una piedra; y yo cabalmente en el santo suelo, pues acababan de robarme una cuadrilla de salteadores, quienes entre paréntesis, me despojaron del fruto de tres años de honrado trabajo, de economías y de privaciones que llevaba yo conmigo para depositarlas en el Monte de Piedad. Complace á los desventurados el hablar acerca de sus pesadumbres; así es que nos pusimos á confabular y dióme á entender el pobrecillo que andaba corriendo tras de su futura muger. Guárdeme bien de decirle que el marqués de Villebelle habia sido el raptor de la muchacha, sin haberlos visto antes; pero cité al jóven esta noche á las nueve.

—Bien está; no hagais falta á la cita, y traedme al momento á casa ese desgraciado mancebo.

—¿Que os lo traiga á casa, signora?

—Sí, acá mismo; nos pondremos de acuerdo, los dos reuniremos nuestros esfuerzos, él para recuperar á su novia, y yo con el objeto de castigar al ingrato que me ha abandonado y vendido.

—Todo eso es justísimo al fin y al cabo; con reunirse la gente se entiende mejor, y los planes se robustecen. Corro pues al lugar de mi cita y no tardo en traerlos al galán... Ah! por vida de Sanes... todavía no ha entrado en mi boca ni una agua en todo el dia y creo que no tengo en mi bolsillo siquiera un ochavo.

—Tomad, tomad esto, dijo Julia dándole un bolsillo, servidme con fidelidad, y no economiceis este oro.

—Respecto á fidelidad soy verdadero perro chino, dijo Chaudoreille, guardándose el bolsillo

en la faja. Voy corriendo á la taberna para tomar un bocadillo y calentarme el estómago con medio vaso, y acto continuo me transporto á la calle de Montmartre, para recoger al amartelado caballerete y traerlo acá en un decir Jesus.

Salió Chaudoreille con pasos precipitados; luego que se vió en la calle contó las monedas que encerraba el bolsillo, y dijo para sí:

—Por poco que el amante me dé, habrá de igualar á esta cantidad; si... siempre será cuando menos otro tanto, y hallareme dueño de un capital bastante bonito, sin contar el chorreadero, porque esta Julia es una mina de oro por esplotar.

A las nueve se hallaba nuestro valenton en el lugar que á Urbano indicára; mas no encontró al jóven bachiller, cosa que le sorprendió sobremanera, al acordarse del ansia manifestada por el jóven de que se viesen otra vez al instante. Paseóse Chaudoreille, teniendo sumo cuidado de llevar siempre la mano puesta sobre el bolsillo, y de alejarse de cuantos silleros de manos por aquellos contornos transitaban. Sin embargo, dieron las diez, sin que pareciese Urbano; y pateando con impaciencia el caballero, comenzó á murmurar:

—Mala epidemia achicharre á todos los enamorados del mundo! siempre están medio locos! Este me habrá entendido al revés, y quizás me esté aguardando en la puerta de los infiernos; ¿se habrá ido á la de San Honorato mientras yo estoy aquí afilándome los tacones?... Si por lo menos supiera yo donde vive!... Ya me cayó otra canongía de dos mil diablos!

El infeliz bachiller le habia entendido bien á

derechas, y en volviendo á su casa al romper el día, había sido su único afán el que llegase la hora de la cita. ¿Mas quien puede prever los acaos, ¿somos hijos de la miseria, y formamos castillos en el aire para el porvenir?

Era ilusion es vana,

El dia de hoy es nuestro,

De nadie el de mañana.

Ni aun el dia de hoy es nuestro con toda integridad. Apenas volvió á su casa Urbano, cuando sintió un calofrio recorrer todos sus miembros: atribuyendo esta desazon á las fatigas de la noche se habia metido en la cama con la esperanza de que algunas horas de descanso le devolverian las agotadas fuerzas; la naturaleza empero lo habia dispuesto de otro modo; acometióle una fiebre, y embargó el delirio la cabeza del pobre amador, quien desde el dia precedente era presa del desespero mas profundo. Acudió al momento á su cabecera la rolliza vecina, que tan tempestivos servicios le habia prestado, cuando los disfraces adoptados por el jóven, á causa de que profesaba afecto á Urbano; y en razon á que las mugeres están siempre dispuestas á darnos pruebas de cariño, tanto en los momentos de nuestros deleites, como en los de nuestros sinsabores.

Ved aqui el motivo porque se paseaba inutilmente nuestro valenton por delante de la puerta de Montmartre. Por fin, á las diez y media, no juzgando prudente permanecer mas tiempo en aquellos parages, se volvió de malísimo humor á

casa de la joven Italiana, quien viéndole tornar solo, le gritó al momento:

—¿Por qué no le habeis traído?

—Por qué?... voto á... porque no he dado con él.

—No os entiendo.

—Pues yo señora hablo bien claro; desde las nueve de la noche he estado de planton, pero Urbano no ha acudido á la cita.

—Que contratiempo tan desgraciado... ¿y no sabeis las señas de su domicilio?

—Ay! no, si las hubiera sabido ya estaria yo á estas horas en su casa ¿Qué diantre habrá podido impedirle?

—¿Quien sabe si ha descubierto por si mismo el paradero de Blanca; mas no importa, ya daremos con el joven amante. Desde mañana mismo, Chaudoreille, tan luego como despunte la aurora, os pondreis en acecho inmediato á la barberia, y vigilareis todos los pasos del maestro Touquet: seguidle siempre que salga, y si el marques se apareciese por allá, venid á avisarmelo al momento. Por mi parte, voy á ponerme de atalaya cerca del palacio de Villebelle; pues imposible es que deje de tornar a su casa tarde ó temprano. Solo ea virtud de vigilar con diligencia y constancia los pasos del marqués y los del barbero es como llegaremos á descubrir el paradero de Blanca, y entonces ya sé lo que debo hacer.

—Todas vuestras órdenes serán fielmente egecutadas, contestó Chaudoreille, y haciendo á Julia un atento saludo, salióse de la casa diciendole entre dientes.

—No tengo dificultad en hacer unas cuantas horas de centinelas a la casa del barbero; mas por lo que respecta á él, lléveme el diablo si pienso seguirle, y tan luego como le vea asomar por la puerta de su tienda la punta de la nariz, me escurriré con tanta ligereza que buenos ojos ha de tener el maestro si me atisva ni aun la sombra del cuerpo.



CAPITULO XI.

Vuelta al gabinete oscuro.

PASARONSE ocho días, mientras los cuales, rondó sin descanso Julia por las cercanías del palacio de Villebelle; pero lo único que pudo averiguar fué que no estaba dentro el inconstante señorón. ¡Tampoco adelantó mucho mas el espadachín, quien se cercioró de que el marqués no había vuelto á casa del barbero; este salía tambien pocas veces y solo para asistir á los marchantes que tenía afuera, pero lo que sorprendió mas que nada á Chaudoreille fué el no haber visto á Urbano volver á la barbería: ignoraba nuestro pequeño ruñán que el jóven bachiller continuaba enfermo en

cama de resultas de su fiebre, y que así la impaciencia como la pesadumbre que le devoraban no eran los medios mas á propósito para apresurar su convalecencia.

No pudo Julia soportar mas tiempo su situación, y quiso vengarse cuanto antes del amante que la abandonara tan desagradecido. Seguía ausente Villebelle, y ella encargó á su fiel Gascon la reemplazase en los alrededores del palacio, y fué á ponerse en acecho cerca de la calle de los Bordonnes, con indecible placer para el valenton, á quien este cambio de puestos alejaba de la temible vecindad del barbero.

No le pareció suficiente á Julia contentarse de mirar la casa del maestro Touquet; determinó introducirse en ella, hablar con Margarita; y saber de boca de la honrada vieja todos los pormenores referentes al rapto de Blanca. Era Julia emprendedora, y valiente; como verdadera Italiana estaba rabiosa por vengarse, y con la tercera parte de este impulso, que presta tantos bríos á una muger, sobraba para alcanzar sus fines. No temia Julia á Touquet; pero no ignoraba que solo hallándose él ausente, le seria posible tener un rato de conversacion con la añosa dueña, y en consecuencia formó su plan, sobre la plantilla de ciertas averiguaciones que consiguió en el barrio acerca de Margarita.

A la caída de la tarde, vió Julia salir al barbero, y así que este se hubo alejado, llegóse á su casa la jóven Italiana, y llamó á la puerta.

La pobre Margarita andaba sin sombra por carecer de toda nueva respecto á su querida Blan-

ca, mas lo que llevaba á su colmo la desesperacion de la vieja era el no oir hablar mas de Urbano. Luego que delante de su amo se tomaba la libertad de proferir el nombre de Blanca, imponiale silencio el barbero con tal tono de voz, y con un gesto tan desabrido, que solo en la soledad se atrevia Margarita á prestar rienda suelta á su dolor:

—¿Quién está ahí? preguntó Margarita como lo tenia de costumbre.

—Una persona que viene á daros noticias de Blanca, respondió Julia.

—Al nombre de su querida niña, no vaciló Margara en franquear la puerta; ademas que habia reconocido la voz de una muger y la pesadumbre hacia á la vieja doncella menos medrosa.

Entró Julia, cubierta de un velo negro; debajo del cual tapaba su cabeza una toca de igual color, y de la que se desprendian dos plumas tambien negras, que con mucha gracia iban á caerle sobre el hombro izquierdo. Este traje, su pisar decidido y firme, y el fuego que centelleaba en los negros ojos de la jóven, daban á toda su persona cierta sorprendente originalidad; Margarita empero en nada de eso ha reparado, y solo se apresura á esclamar en viéndola:

—¿Me traeis á mi querida Blanca?

Todavia no... pero haré todo lo posible para que torneis á verla cuanto antes. Precisa para eso que hablemos las dos; llevadme corriendo á vuestro cuarto.

—Pero el amo me ha prohibido que reciba á nadie en casa: dijo la vieja, comenzando á con-

templar á Julia con detenida curiosidad.

—Vuestro amo ha salido.

—Volverá de un instante á otro.

—Yo sabré ocultarme de sus miradas. ¿Parece que le teneis mucho miedo?

—Tiene un geniazo!

—Vamos, honrada Margarita; que el miedo que os dá del barbero, no horre de vuestra memoria á la inocente Blanca, de nuestro coloquio, de ciertos informes que me dareis depende quizas el éxito feliz de mi empresa.

—Ah! con el objeto de ver de nuevo á la hijita de mi alma, conozco que me atreveria á cualquiera cosa... Venid, madama, seguidme.

Subió Margarita á su aposento, en compañía de Julia, quien registraba con ojos escndriñados cuantos objetos se ofrecian á su vista. Mientras que la vieja colocaba el velon sobre la mesa, y arribaba dos sillas, quitóse Julia su largo velo, debajo del cual llevaba una bata encarnada, y en una correa negra, que al talle se la ceñia, advertiase envainado un puñal con mango de ébano.

Esta mezcla de rojo y negro, que segun las crónicas antiguas ha sido siempre el matiz favorito de los hechiceros, aquella arma que brillaba en la cintura de Julia, todo se reunió para inspirarle á Margarita un secreto terror, contempló la cuitada huésped con inquietud, y balbució al brindarle con un asiento:

—¿Podré saber, madama, quien sois ó de donde conoceis á mi pobre Blanca.

—Quien yo soy! respondió Julia dejando escapar una amarga sonrisa, eso no tiene connexion ninguna con el motivo que aqui me trae. En efec-

to, que os importa quien yo sea, si os bago hablar á la que llorais, y si tengo facultad y poder suficiente para conseguirlo.

—Poder suficiente! repitió Margarita, que empezaba ya á recelar tenia delante de sí á alguna de las cabalgadoras de escobones. Ah! teneis ese poder.

—Respecto á vuestra querida Blanca, ni la conozco ni la he visto en mi vida.

Estas palabras redoblaron el terror de Margarita, pero Julia prosiguió sin hacer caso:

—Escuchadme, buena muger, mi interes personal me conduce á buscar á Blanca; el que la ha robado era todo para mi... yo le adoraba... le hubiera sacrificado mi vida; mas el ingrato me olvidó. ¿Comprendeis ahora el motivo que me impele á obrar de este modo?

—Ah! ya respiro! dijo Margarita; si, señora, si ya lo entiendo: ese señor que vino acá es tal vez esposo vuestro... Valgame Dios! eso no me asombra: en estos tiempos están los hombres completamente echados á perder.

Decidme cuanto sepais, buena Margarita, me interesa que de todo me informeis.

Hízole la vieja una relacion circunstanciada de la visita del marqués, y de cuanto este dijera á Blanca.

—¿Y él no la habia visto nunca hasta aquella noche?

—Nunca, os lo juro.

—¿Y dejasteis con el barbero al marqués?

—Al marqués! ¿conqué era un marqués? Vaya... poco lo sospechaba yo.

—Por Dios, respondedme.

—Sí señora; mandóme mi amo salir de la trastienda, y yo le dejé á solas con ese... marqués.

—¿Y luego?

—Me fuí á acostar, y pienso que la pobre niña hizo lo mismo.

—Infame Touquet! púsose de acuerdo con el raptor: él fué quien le entregó la chica.

—Que decis, señora? ¿sospechais que mi amo?

—Es un perverso.

—Ah! hablad mas bajo; por las ánimas benditas... porque si entrase nos oiria... pero os engañais, señora, mi amo habia consentido á que se verificase el casamiento de Blanca con Urbano el bachiller.

—Eso fué para ocultar mejor sus designios.

—Pobre Urbano! no ha vuelto á parecer por acá... sin duda que andará sin descanso en busca de nuestra querida niña.

—¿Donde estaba el aposento de Blanca? dijo Julia, mirando al rededor con curiosidad.

—En el primer piso; por el lado de la calle señora; desde el día que entró en esta casa fué el único que ocupó.

—¿Conque fué á esta casa donde vino á parar en compañía de su padre á quien asesinaron tan vilmente?

—Sí señora.

—¿Y os hallabais entonces sirviendo al barbero.

—No señora, entré en su casa dos años después de aquel acontecimiento.

—¿Donde duerme vuestro amo?

Debajo precisamente de esta vivienda: por eso temo nos oiga hablar en caso de venir subitamente.

—¿Y habeis dormido siempre en esta habitacion?.

—No señora, antes tenía yo mi aposento encima del de Blanca; hallábame mejor en él que en esta melancólica habitacion, donde nadie habia entrado años hacia, y que, segun creo fué en otros tiempos la morada de un célebre nigromántico llamado Odoarte...

Levantóse Julia y por algunos momentos se paseó silenciosa en el cuarto. De repente dijo en voz alta:

—Ah! si pudiesen hablar estas paredes!

—En efecto; dijo Margarita meneando la cabeza, creo que nos revelarían cosas tremendas. Que de brujerías! que de *magicurcias*.

Pareció Julia meditar profundamente, cuando oyeron llamar á la puerta de la calle.

—Ay Dios mio! aqui está mi amo, estoy perdida! gritó Margarita. Me ha prohibido que deje entrar á ninguna persona estraña.

—Callad no descubrirá que estoy aqui. ¿Suele subir alguna vez á vuestro cuarto?

—No... pero... Santa Margarita nos favorezca! si llegase á sospechar....

Púsose Julia un dedo sobre los labios, para obligar al silencio á la vieja; y la voz del barbero no tardó en oirse. Llamaba este á Margarita, quien tenia tal temblor que ignoraba lo que hacerse.

—Responded pues que vais á bajar, dijole Julia al oido.

Acercóse á la puerta Margarita; pero creyó que oía á su amo subir por las escaleras.

—Aquí viene... os va á pillar! dijo la vieja á su huésped.

—Entonces voy á esconderme.

—Ah! esperad un poco..... se me habia olvidado..... vivo! vivo entrad en este gabinete.

Corrió á su alcova Margarita, y pasando por detra, de la cama abrió la puertecita que los cortineros ocultaban, y Julia, con la ligereza del relámpago; quedó á salvo dentro del gabinete. Dejándola encerrada la vieja dueña, tomó su velo-n y apresuróse á hajar. Su amo estaba ya en la trastienda.

—Mucho tardas en bajar, Margarita, dijo el barbero en viendo á la anciana sirviente.

—Señor... es porque... á la gente de mi edad le pesan mucho los pies.

—¿Y ha venido alguien mientras he estado fuera?

—No, señor; nadie.

—Urbano quizás?

—Juro á vuestra merced que no le he visto,

—Chaudoreille?

—Tampoco.

Hizo el barbero que le sirviesen la cena, y acto continuo hizo señas á Margarita para que se retirase.

—¿Y su merced hace ánimo de acostarse muy tarde esta noche? preguntóle la sándia.

—¿Y á ti que te importa? contestóle el barbero lanzándole una severa mirada. Ya te he dicho que aborrecia á los curiosos tanto como á los charlatanes:

—Verdad es... por eso vé su merced, señor.... que voy á acostarme ahora mismo.

Subióse á su aposento la anciana; y habiendo llegado á él, cerró con cuidado la puerta, y aseedió á poner en libertad á Julia; quien se quedára á oscuras en el estrecho gabinete.

—Salid, señora, le dijo, ya podeis dejar vuestra cobacha!

—Poco á poco, contestó Julia, tomando el velon de las manos de Margarita; quiero examinar este parage.

—Valgame Dios! pocos objetos de curiosidad hallareis en él... Una vez tan sola hemos entrado ahí mi Blanquita y yo.

—Aquí hay una puerta, dijo Julia arrimando la luz a la pared del testero.

—Una puerta?... es así? No la vimos nosotras por cierto...: bien que solo estuvimos dentro un instante y sin luz.

Procuró Julia abrir la puertecilla que daba á la escalera; mas no pudo conseguirlo.

—Esta puerta está cerrada por el otro lado, dijo la jóven, y deberá tener comunicacion con algun pasillo secreto.

—¿Y eso que nos importa, señora? venid os ruego encarecidamente.

—A mi me importa sobremanera... Ah! si yo pudiese adquirir algunas pruebas para perderle.

—¿Pruebas de qué, madama?

—Es imposible forzar esta puerta.

Julia bajó al suelo la luz para examinar si existia algun escotillon, mientras que Margarita, manteniéndose inmóvil á la entrada de la alcova, escuchaba si su amo subia.

—¿Que hace aquí este cofre? dijo Julia,

—Está vacío, como veis... Ignoro porque razón lo habrán subido á este gabinete; pienso quemarlo para la colada uno de estos días.

Bajóse Julia, y levantó el cofre con el objeto de examinarlo mejor; entonces figurósele columbrar un objeto colocado en el suelo; arrimó el velon y descubrió una vieja cartera de cuero de su color, y la que parecía haberse puesto á intento debajo del cofre, muchos años antes, segun lo indicaba la cantidad de polvo que reunido al rededor solo respetára el sitio que la cartera ocupaba.

Dió Julia un grito de alborozo al apoderarse de aquella prenda.

—¿Que es eso? dijo Margarita acercándosele; ¿Qué es lo que habeis recogido?

—Tengo un presentimiento que dentro de esta cartera encontraré al fin lo que busco.

—¿Esa cartera? valgame Dios! donde estaba?

—Silencio... salgamos de aquí y cerremos esta puerta.

Salió Julia del gabinete, y cerrando la puerrecilla, colocó el velon sobre la mesa. Apresuróse á abrir la cartera y examinar los papeles que contenia. Todo este tiempo, Margarita, desatentada, permaneció cerca de la escalera: pero á la par que escuchaba dirigia la vista hácia Julia, cuyas facciones daban muestra de la mas viva agitación. De repente un cruel gozo se diseña en los ojos de la jóven Italiana, quien dejándose caer sobre una silla, próxima á la mesa, grita.

—Seré vengada!

—¿Pero de quien es esa cartera? dijo Margarita.

—Pertenebió al infeliz á quien asesinó tu amo...

—¿A sesinó?... ah! señora, ¿que es lo que decis?

—Si, todo me lo comprueba: en este aposento hubo de alojarse el desventurado, porque el pasillo secreto que se comunica con esta habitacion favorecer debiera la perpetracion de semejante atentado. Es probable que la víctima hubiese examinado ese gabinete, y sin recelar la desgracia que le amenazaba juzgase conveniente ocultar debajo de aquel cofre su cartera que contenia las pruebas de un secreto muy importante.

—Ah! señora, me haceis estremecer!

Continuó Julia examinando los papeles; el gozo, la sorpresa, la esperanza de vengarse, pintábase alternativamente en sus ojos.

—En fin su suerte está entre mis manos! exclamó ella. Pérfido! me vendiste!... pero tiembla porque reservados te tengo unos tormentos cien veces mas acerbos que los que tú me haces experimentar... Y tú, tambien, odioso cómplice suyo; quiero que el marqués conozca al monstruo que sirviera de Mercurio á sus amos.

Escuchaba Margarita á Julia, temblando de pies á cabeza, volvió esta á guardar los papeles en la cartera, que con el mayor cuidado ocultó en el seno: luego poniéndose el velo se dispuso á partir.

—¿Y Blanca? dijole la buena vieja, ya nada me decis de Blanca, señora?

—Tranquilizaos respondió Julia con acentos so-

lemnes, la suerte de Blanca vá ser otra en adelante... Volvereis á verla... Adios, buena muger; guardad el secreto mas profundo acerca de esta cartera; pues que de eso depende la fortuna de Blanca.

—Ah! señora, no tengais cuidado...

—Voy á bajar á oscuras; Touquet estará recogido á estas horas.

—¿Y si os encontrase en las escaleras?

—No haré el mas leve ruido.

—Pero es preciso que yo os acompañe á fin de abriros la puerta.

—¿Y no podia yo abrirla por mi misma?

—¿Y quien la cerraria luego? Válgame Dios! conque gusto me iria con vuestra merced fuera de esta casa!... cuanto me habeis dicho acerca de mi amo hace que se me erizen los cabellos, y desde que no está aqui la niña de mis entrañas tiene tal sombra la dichosa barberia!

—Mejor es que os quedeis para darme razon de cuantos pasos diese el barbero, no tardareis en ser mas dichosa, honrada Margarita, y en reuniros con vuestra querida Blanca.

—Ojalá pronostiqueis á derechas.

—Abrid la puerta de vuestro cuarto, ya no se oye ruido alguno en la escalera: démonos prisa á bajar.

La vieja se deslizó por los escalones á favor de su tacto, y siguióla Julia. Llegaron por fin ambas sin novedad al pie de la escalera, cuando el barbero, saliendo súbito del pasadizo que conducia á la sala baja, se presentó á ellas con una luz en la mano.

Lanzó Margarita un grito de espanto; Touquet arrió el velon al rostro de Julia, quien le dijo con tono imperioso:

—Y bien, me conoces?

Hizo el barbero un movimiento de sorpresa; pero respondió esforzándose por reprimir su cólera.

—¿Vos en mi casa, madama? ¿qué venis á buscar aqui?

—Noticias de Blanca:

—¿De Blanca?

—Si, ¿te admira eso? no estaba en tu almanaque el que yo conociese á esa jóven, eh?... ¿juzgabas que el marqués de Villebelle pudiese entregarse á su nueva pasion sin que yo averiguase el objeto de ella... sin que me fuese fácil descubrir qué otra vez habias sido tú el confidente de sus amores?

Pintóse el furor en los ojos de Touquet, mientras contestaba á Julia:

—Los celos os trastornan la razon, señora; si vuestro amante os abandona, ¿soy yo con quien habreis de pegarla?... ¿ò vais á suponer que el marqués sea raptor de una jóven á quien no ha visto nunca?

—Tus mentiras son inútiles, barbero; sé muchísimo mas de lo que te se figura. Si vieres al marqués antes que yo, dile que se despache á juntar á Blanca con Urbano. Si de resultas de tus pérfidos consejos llegase á cometer un crimen, seria él quien primero de tus muchos delitos te castigase. Respecto á ti mismo.. volverás á verme, pues tengo un secreto que revelarte...

Diciendo así, dirigióse Julia hácia la puerta; el

barbero hizo un movimiento para detenerla; pero volvióse la heroína con la mano puesta sobre la empuñadura de su daga... Lanzando á Touquet una mirada terrible salióse con rápidos pasos de su casa la enfurecida jóven.



— ¡Vos en mi casa, muchacha, qué venís á bus-
car aquí?
— ¡Nada de blanco.
— ¡El blanco!
— Si le admito eso, no sé si en la semana-
da el que yo conozco á ese señor, el
que me el marido de Villaherme, me en-
trega á se nueva para que yo entregue el
objeto de ella... me la que le he dado
para que una vez baido en el condado de
los señores.
Puede el señor en los ojos de Touquet, much-
acha, cobardía á Julia.
— Los colores se le van en la razón, muchacha.
Vuestro amante os abandona, ¿no veis? ¿no
habéis de pensar...? ¿no veis, muchacha, que si me-
des esa vapor de una joven á quien no he visto
nunca.
— ¡Tus mentes son lindas, barbero, se mu-
chacha más de lo que se figura. Si vieras al
muchacha antes que yo, ella que se despahe á por-
tar á Blanca con Esteban. Si de repente de tupe-
das con los brazos á cometer un crimen, sería
el primer crimen de las noches de la casa.
¡Qué! ¿hecho á ti mismo, volverás á verme,
pues toma un retrato que revelaré...
Diciendo así, miróse Julia hacia la puerta; y

CAPITULO XII.

La tormenta se cuaja.

EN el transcurso de la noche leyó Julia muchas veces lo que contenian los papeles de la cartera; parecia entregarse á nuevos designios, y meditar otros proyectos de venganza. No se acercó á sus párpados el sueño, y hallóla el dia sentada en una mesita, sobre la cual estaba la misteriosa cartera, y examinando todavia una carta en ella contenida, y cuyos pormenores parecia que le interesaban tan á lo vivo que no pudo cansarse de leerla.

En aquel instante sonó la campanilla de la puerta de su casa con grande estrépito. Apresuróse

Julia á encerrar los papeles en la cartera, y no tardó Chaudoreille en presentarse á su vista.

—Gracias á mi diligencia os traigo por fin una noticia muy agradable, exclamó el espadachin con aire muy satisfecho.—Por mas de cuarenta y ocho horas habia yo estado de centinela perenne en las inmediaciones del palacio del señor marqués, atisvando hasta el animalejo mas pequenuelo que por sus puertas se introducía...

—¿Y bien?

—¿Y bien? Villebelle acaba de volver.

—¿Qué está aqui?

—Si, signora, en su propio palacio; le he visto llegar esta mañana en un coche de camino.

—Perfectamente; espero hablar con él.

—¿Y qué me mandais que haga ahora?.... ¿á donde he de volar?... vedme dispuesto á hacerlo?

—¿Habeis vuelto á topar con Urbano?

—Ay de mi! no. Se me ha metido en la cabeza que ese pobre rapaz se habrá muerto de amor; ya estaba mas flaco que rocin de alquiler..... Solamente el santolio pudo impedirle á lo que pienso, que acudiera á la cita que nos dimos.

—Volved á las cercanias del palacio; pues mucho me penaria el que saliese el marqués sin que lo viéramos, y á fin de dar con el paradero de Blanca me precisa saber los pasos mas insignificantes de Villebelle.

—Todo eso es muy acertado; vuélvome pues á mi garita.

—Tomad este oro... pero redoblad la vigilancia... no os demoreis... Si os hallais demasiado laso, tomad una silla de manos para llegar hasta allá.

—¿Yo tomar una silla de manos? preferiria hacer la caminata en cuatro pies. Mas perded cuidado, signora, siempre tengo las patas á miservicio.

Partió Chaudoreille, y sentándose Julia en su bufete se dispuso á escribir. De repente, sin embargo, arrojó lejos de si la pluma, y levantándose exclamó.

—Mas vale que yo le vea, y hable; vamos á su palacio sin tardanza ninguna.

Llamó la jóven á su criada, y comenzó las faenas del tocador. No obstante la zozobra que la agitaban, consultaba con frecuencia el espejo; ya nada quedó por hacerse que pudiera añadir nuevo brillo á sus encantos. Concluida esta importante ocupacion, encargó Julia que le buscaran una silla de manos, é hizo transportar á la posada del marqués.

Entrando en el vasto patio de aquel palacio suntuoso, á penas pudo la jóven Italiana refrenar la agitacion que la traia convulsa.

—¿A quien buskais, madama? le dijo el portero...

—Al marqués de Villebelle.

—Su señoria acaba de llegar de Inglaterra esta mañana misma, y no recibe hoy visitas de nadie.

—Pues es indispensable que yo le vea.

—Señora pues eso es imposible.

—A lo menos, subid á decirle que la señora Julia tiene que hablarle con precision.

Envió el portero á un lacayo á fin de que diese el recado arriba, y el librea no tardó en bajar para decir á Julia, con aire impertinente, que su

señoría se negaba á recibirla, y le insinuaba saliese cuanto antes de su palacio.

No pudo la jóven digerir tamaño insulto; pero lanzando furiosas miradas á los lacayos, se retiró del palacio bruscamente.

Luego que llegó á su casa, sentóse en el bufete, y escribió al marqués la siguiente esquila:

«Os negais á verme, y sin embargo, en mi mano está haceros el mas feliz ó el mas desgraciado de los mortales. Cónstame que sois el raptor de Blanca; respetad el honor de una inocente virgen. Daos prisa á escucharme, pues todavía me siento inclinada á dispensaros mi perdón... aunque pasados algunos instantes solo daré oídos á mi despecho.»

Concluida esta carta, encargó Julia á un sujeto de toda confianza la llevase á casa del marqués, y aguardó con la mas viva impaciencia la vuelta de su fiel comisionado. Este le trajo una respuesta del señorón.

Apoderóse Julia del billete, y con la mayor ansia leyó en él lo que sigue:

«Julita mia: tu esquila me ha hecho reir á no poder mas; no hay cosa que me deleite tanto como las mugeres cuando nos amenazan con sus furioses, y todas vosotras solo teneis á vuestro alcance la venganza de engañarnos como á unos bobos... y de esa Dios sabe si tambien tu te sirves, pero la tal morisqueta para que tenga gracia, precisa que en juego se ponga mientras os amamos nosotros, sin cuyo requisito disparais muy léjos de la marca. Tu reinado, hija mia, ha pasado ya; y supongo que nunca te se ocurriria tener en tu-

«grillos por mucho tiempo al marqués de Ville-
 «belle. Abi te mando un pagaré cobrable en casa
 «de mi banquero, para saldo de toda cuenta pen-
 «diente entre nosotros. Ignoro quien ha podido
 «decirte que yo haya robado una cierta Blanca; y
 «dime otra vez ¿te importa á ti un caracol? ¿no
 «soy dueño de robar diez mugeres á la vez si lle-
 «gara á antojárseme? Créeme; no te entrometas
 «en mis negocios, ni vuelvas á incomodarte en
 «escribirme, porque recibirás tus billetes devuel-
 «tos y con la oblea intacta. Adios, mala cabeza?
 «te deseo un amante fiel, ya que tanto te gusta
 «la fidelidad.»

Quedóse estática Julia: el papel permanece aun entre sus manos; pero ya sus ojos ven borrosos los renglones que contienen: un solo pensamien- to ocupa el ser de la celosa italiana, quien dá mues- tra de acogerlo con deleite indecible.

—Tu lo quisiste, tu te lo ten, dijo ella, se acabó toda indecision.

Eutretanto el marqués se hallaba sorprendido de que Julia supiese el rapto de Blanca, y así que cerró la noche, embozóse el noble señorón en la capa, y dirigió sus pasos á casa del barbero.

Touquet le abrió la puerta con sus propias manos, pues que los sucesos del dia anterior y el susto que de sus resultas la habia comprimido, parecian haberle paralizado los miembros á la po- bre Margarita, á quien ya no era posible salir de su habitacion.

—¿Vos por acá, señor marques? dijo con sor- presa el barbero; yo os hacia en vuestra casa de campo, entregad o completamente á vuestros nua-

vos amores, ¿que es eso? ¿tambien Blanca se ha olvidado ya?

—Olvidado! ah, Touquet la adoro mas que nunca; pero me he visto forzado á venir por algunos dias á la capital, aunque espero volverme pronto á la quinta de Sarcus. Cada instante que paso ausente de Blanca se me figura un siglo... Y á pesar de eso aun ne he podido triunfar... Y la memoria de su Urbano... Pero vamos al motivo que me trae por acá. ¿Cómo diantre ha podido descubrir Julia que he sido yo el raptor de Blanca? ¿dónde habrá conocido á esa amable chica que tu guardabas con tan celoso cuidado?

—Tan sorprendido me hallais como vos mismo, señor marqués; esa jóven Italiana tuvo la osadía de introducirse anoche en mi casa... llamó á la puerta y admitiéndola mi vieja sirviente, pues fingió venia á darle nuevas de Blanca, aunque con el fin de que le refiriese todos los pormenores acerca de la desaparicion de la chiquilla.

—Tambien fué á mi palacio, donde me negué á recibirla; escribióme un billete lleno de amenazas.. dice que mi suerte está entre sus manos. Bien puedes figurarte si me reiré yo de esas palabrotas que los celos, el despecho, y la ira ponen en boca de una muger; y sin embargo encuentro en todo esto una cosa muy singular.

—Aguardad, señor, me imagino que trasluzco... ¿Y á vos mismo quien os dió á conoeer que tenia yo en mi casa á una jóven de mérito?

—Pardiez! me traes á las mientes una caricatura bien rara... es un ente muy extraño el tal apunte... un hombrezuelo á quien hallé en mi ca-

sino del arrabal, escondido debajo de una estatua, y quien tambien alegó por mérito el haber ayudado al rapto de Julia.

—Ese se llama Chaudoreille, dijo el barbero al instante.

—El mismo.

—Ya debería yo haberlo adivinado antes; tampoco dudo ya que haya sido él quien confiara á Julia, ser vos quien habeis robado á Blanca. Si conociese á Urbano el tal estafermo, no me espantaria de saber que tambien se lo dijera.

—Ah! vaya con el encenijado bribanzuelo! y no fué porque yo le dejase de repagar su servicio y bien sahumado.

—Despues de haber sido causante del rapto, va á hacer lo que pueda á fin de que descubran el paradero de Blanca.

—Bien puede ser! sabes que no parece lardo el tal angelito... vaya si promete el rufianzuelo! cualquiera acertaria que lo habias criado á tus propios pechos, amigo Touquet... pero si tropezases con él por ahi, te lo recomiendo de todas veras para que le muelas las costillas á garrotazos.

—Descuide vueseñoria.

—Por lo demas, trabajillo ha de costarles dar con la madriguera... si, que se arrimen á quitarme á Blanca de entre las garras. Esa tierna niña tiene mas poder que todos ellos... Una sola de sus lágrimas bien lo conozco; podria hacer que volcasen todas mis resoluciones. Cuando miro sus hermosos ojos tornarse hácia mí con aire de súplica... me siento á pique de sacrificarle mi amor, y devolverla á aquel por quien ella suspira, á fin de ob-

ener á lo menos su amistad.

—Ah! señor, que locura! vaya! cómo estaria Blanca en vuestro poder é iriais...

—No, no: preciso es que me pertenezca; pues separarme ya de ella me es imposible... por otra parte ¿no me ha confesado que se halla dispuesta á quererme?

—Vamos, señor, volved á vuestros sentidos, cualquiera diria que os causaban recelo las amenazas de esa Julilla.

—Mi tio está gravemente enfermo; quizás no salga de la noche, y con eso no tardaré en volverme á Sarcus; entonces no pienso tornar á separarme de Blanca, y solo escucharé los consejos de mi pasión.

—Con las mugeres ese motivo nos alcanza el perdon mas completo de todos nuestros desmanes.

Desde que sospechó el barbero que el marqués tenía algunos indicios de donde pudiera provenirle su caudalejo, juzgo que era de su interés el perder á Blanca; pues si se le ocurría á Villebelle la idea de volver á entrar en la senda del honor; ya debería Touquet perder todo sosiego respecto á su propia seguridad.

Volvióse el marqués á su palacio; así como lo habia previsto, espiró su tio en el discurso de la noche; dejándole riquezas inmensas, lo que haria creer que no es para los que mejor uso hacen de sus favores, que la Fortuna se muestra mas propicia; pero á esto se responderá que la fortuna no constituye la felicidad, sea como fuere, bueno es decir cosas para consolar á los que no tienen un ochavo.

Bastaron ocho días para que terminase sus negocios el marqués, quien al cabo de ese tiempo se preparó á tornar al catillo de Sarcus, llevando para Blanca infinidad de presentes de toda clase, y los cuales se embalijaron con esmero en el coche de camino del señorón.

Chaudoreille, que estaba siempre de vigilante en las cercanías del palacio, advirtió los preparativos de marcha, y corrió á avisárseles á Julia:

—Basta, dijo la jóven Italiana; tambien yo estoy lista tiempo hace; por eso he comprado dos caballos escelentes. Tu vendrás conmigo.

—Hasta el cabo del mundo... disponed de mi ciega obediencia.

—No creo que tan lejos tenemos de caminar. No haremos sino seguir el coche del marqués.

—Ah! ya entiendo.

—¿Sabeis montar á caballo?

—Perfectamente... toma si he sido desbrabador!... sin embargo preferiria ir caballero en un buen burro... esta clase de animales tienen mas blando el trote.

—Imbécil! ¿quien ha pensado nunca en correr la posta sobre el lomo de un burro?... Haced todos vuestros preparativos.

—Ya los míos están hechos; traigo á cuestas todo mi guardaropa... respecto á mi bolsillo... ayer noche... un maldito tropiezo... mientras me relevasteis junto al palacio... cuidado que no estuve metido ni cinco minutos... pero una maldita sota de copas... Ya se vé quien se fia en..... mugeres do bien? y no fué por haber calculado mal la talla... asi es que puedo decir ahora como Francisco L.

Todo se lo llevó la trampa menos el honor!

—Mientras charlaba Chaudoreille, echóse Julia sobre los hombros un amplio manton, y reunió todo el dinero que le quedaba. En seguida hizo que el Gascon se volviera á su puesto, mientras ella iba á tomar los caballos. A las siete de la noche, entró en su berlina el marqués, acompañado de German, y partió para la quinta de Sarcus, sin pasarle por la idea de que Julia y Chaudoreille seguían de lejos el coche.

Dejemos que los caminantes continúen su ruta, y volvamos al pobre Urbano, que hacia tiempo se hallaba en cama, donde aun le detenían la enfermedad y el dolor. Hallábase desesperado de verse sin fuerzas para correr en busca de su querida Blanca; mientras la rolliza sirvienta de marras, que le prodigaba sus esmeros, le repetía sin cesar:

—Cuanta mas pesadumbre tengais, tanto mas os alejareis del momento de la cura.

Habian dicho al bachiller que un señorón era el raptor de Blanca; mas traíale fuera de si la idea de no haber podido acudir á la cita donde habrían de revelarle su nombre; mas por fin, sintiéndose mejor, pudo salir á la calle. El primer uso que hizo de la restauracion de sus fuerzas fué para dirigirse á casa del maestro Touquet. Sin embargo halló cerrada la puerta de la barberia; tabicadas todas las luces, aunque estuviese bien entrada la mañana; llamó Urbano al alabon, mas nadie acudió á abrirle.

—Vuestros golpes son inútiles, le dijo una vecina, esa casa se ha quedado vacia, y se halla

de venta. Es preciso acudir al procurador Gripe que vive en la calle de Malas Palabras.

—¿Y el barbero?

—El barbero se ha mudado; ¿no os digo que no hay nadie dentro?

—¿Y Margarita?

—Se murió.

—Es posible!

—Toma! ¿y que tiene de imposible que se muera una vieja? como la pobre tenia ya tanta edad!

—¿Y donde encontraré yo ahora al maestro Touquet?

—No puedo decírselo á su merced. El tal barbero era un bú, y no se trataba con nadie.

Alejóse Urbano, entristecido con este nuevo contratiempo. Sintió mucho la muerte de la honrada Margarita, que habia sido confidente de sus amores y testigo de su felicidad; y ya no entreveia medio alguno para conseguir reseñas acerca del paradero de Blanca. Acudió á la puerta de Montmartre y establecióse allí de planton tres horas seguidas, con la esperanza de que el sugeto de la cita acudiese á aquel parage; mas aguardó en vano, y tuvo que volverse desesperado á su habitación.

La rolliza muchacha á quien contó sus penas, procurando consolarle, le dijo:

—Ya que es un señorón quien os ha robado la novia, preguntad por ella en todas las casas de los señorones.

De repente lanzó Urbano un grito de gozo, y una ligera sonrisa reanimó sus facciones marchitadas con el dolor.

—Aun me queda una esperanza! exclamó el man-
ebo.

—¿Y cual es, señor?

—En medio de todos estos acontecimientos se me habia olvidado aquella aventura... y sin embargo, él me ofreció que me serviria.

—¿Y que aventura fué esa, señor?

—Escúchame: deberás acordarte que con el objeto de ver á Bianca, me ví precisado por algunos dias á disfrazarme de muger.

—Ah! si, si, señor, bien me acuerdo; pues yo era quien os vestia... y os redondeaba el vientre con la ballena del corsé.

—Sonrióse la rolliza Hebe, y púsose colorada; pero Urbano, sin hacerle caso, prosiguió:

—Una noche... creo que fué la primera vez que me puse el disfraz; habiéndome acosado varios hombres, atravesaba yo á toda prisa las calles de París. Era muy tarde, y me hallaba nada menos que en el campo de los Clérigos. En el instante de ir yo á recogerme en mi casa, me ví detenido por cuatro sugetos, á quienes conocí por su lenguaje que eran señorones de la corte. Confeséles que yo era hombre, esperando escaparme de ellos mas pronto, pero empeñóse uno en que habia de contarle el motivo de mi disfraz. Niégome á complacerle, insiste él; enfádome yo; y el me amenaza; para abreviar préstome la espada uno de sus compañeros, y herí á mi adversario, aunque ligeramente á lo que creo. Amigo mio, díjome él entonces, alargándome su mano, tu eres un mozo valiente, y me alegro de haber hecho conocimiento contigo; si algun dia tuvieres nece-

sidad de un protector, llégate á mi palacio, pregunta por el marqués de Villebelle, y me hallarás dispuesto á servirte. Estas fueron sus propias palabras.

—¡El marqués de Villebelle eh! he oído á mis amos hablar de él algunas veces. Dicen que es un señoron muy generoso pero muy mala cabeza.

—No importa, ofrecido me há su proteccion, y á ella recurriré.

—Pardiez, señor, hareis perfectamente, ¿y quien sabe si conoce al bribon que os ha robado la querida?

—Si, espero que el marqués me ayude para hallar á mi Blanca. Los señorones se cuentan unos á otros sus aventuras, sus conquistas y sus calaveradas. Un hombre tan valiente habrá de tener compasion de mis angustias... ¡Que no me halle yo hablándole ya!... ¿pero donde vive?

—Bien conocido es su palacio, señor, y fácil os era dar con él.

Al dia siguiente, luego que salió el sol dirigióse Urbano á casa del hombre en quien tenia sus únicas esperanzas. No tardó en llegar á los soberbios umbrales del poderoso señoron.

—¿El señor marqués de Villebelle? dijo el jóven al entrar en el patio y dirigirse con timidez al portero.

—Este es su palacio; no hay duda, contestóle el cerbero, más el marqués no está en Paris.

—¿Qué no está en Paris? exclamó el pobre bachiller con el corazon comprimido.

—No; está viajando.

—Viajando... ¿y volverá pronto?

—Volverá?... toma! volverá cuando se le antoje... ¿Es que tenga necesidad su señoría de pedir licencia para viajar?

—No es eso lo que quiero decir caballero, sino que tengo precisión de ver al señor marques... porque necesito hablarle.

—Ya le vereis cuando vuelva... es decir... toda vez que su señoría tenga á bien recibir la visita vuestra.

Y con eso el insolente portero, volviendo las espaldas á su colocutor, volvió á empuñar su botella y tenedor, continuando gravemente un copioso desayuno, sin hacer caso del pobre estudiante, quien viéndose solo en el patio, arrancaba hondos suspiros, diciendo entre sí:

—No está en la ciudad!... que desgraciado soy!

Al cabo de diez minutos, allegóse Urbano de puntillas al portero, y con tono de súplica le dijo:

—Caballero, ¿no podría su merced decirme en que país se halla el señor Marqués?

—Como! ¿todavía estais ahí?... respondió el portero, sin volver la cara, ¿no me dejais almorzar con tranquilidad?... Os repito que el señor marqués ha ido á un viaje... Vaya! hay unos hombres tan testarudos... cuidado, que no me gusta la machaconería! todos vienen con la misma pretension. «Necesito hablar con el señor marqués» y me estan rompiendo la cabeza desde la mañana hasta la noche!

No por eso se desalentó Urbano; como hombre que conocia los usos de Paris, sacó el bolsillo,

que rellenaban muchas monedas gordas, y las hizo sonar en las manos; entonces el portero se dignó volver la cabeza, y le dijo con tono mas cortés:

—Lo siento mucho... pero, á fe mia, que está ausente el señor, y en confianza os digo que se pasará mucho tiempo antes que vuelva.

—Válgame el cielo! dijo Urbano, y todas mis esperanzas se hallan cifradas en él... Ah! señor... si sabeis su paradero, tened la bondad de indicármelo... por Dios os lo suplico!

Mientras así hablaba, tendíale el bolsillo nuestro bachiller.

—Entrad pues un instante, dijole el conserje abriendo la puertecilla de su cuarto: por supuesto que sé donde se halla ahora su señoría; pues es preciso que lo sepamos nosotros á fin de remitirle los mensajes interesantes que pudieran venir para un sugeto de tanta suposición. Pero este es un secreto, amigo mio: sin embargo, si me prometeis la mas completa discrecion sobre el asunto, y de no decirselo á nadie...

—Ah! yo os lo juro.

—Pues entónces habeis de saber que el señor marqués está en la quinta de Sarcus, situada en las cercanias de Grandvilliers... Se toma el camino de Beauvais... y...

No aguardó Urbano á oir mas; arrojando el bolsillo sobre la mesa del portero salióse bruscamente del palacio, y volviéndose á su posada, recogió todo el dinero que en ella tenia, y pocas horas despues hallábase ya de camino para ver al marques en su casa de campo.

CAPITULO XIII.



Regreso á la quinta.

DURANTE la ausencia del marqués, habia pasado Blanca en la quinta de Sarcus dias muy monótonos y fastidiosos. Al siguiente de haberse ausentado Villebelle, admirada la jóven de no recibir su acostumbrada visita, creyó que su raptor habia hecho ánimo de volverla á Paris; mas por la tarde, no encontrándole en el parque, preguntó á Maria que se habia hecho del marques.

—El señor se ha ido, contestó la aldeana.

—Ido sin mí! exclamó Blanca, levantando hácia el cielo sus bellos ojos anegados en lágrimas ¿pretende pues detenerme para siempre en este castillo?

—Consuélese su merced; señorica, ha dicho el señor que no tardaría muchos días en volver.

Nada le contestó Blanca; pero se volvió á su cuarto. Allí pasó los días en el dolor y abatimiento, echando de menos la presencia del marqués; porque la amable niña se lisonjeaba sin cesar de que habría de ceder á sus ruegos; habia sido muchas veces testigo de la emocion que sus lloros le causaran, y esperaba aun que su raptor la juntaría con Urbano. A solas, empero, sus esperanzas desfallecian, y los días se deslizaban con penosa lentitud para la jóven cautiva.

Entretanto la vuelta de la primavera comenzaba á embellecer la naturaleza toda; los árboles se engalanaban con su nuevo follage, reverdecian los céspedes, y tornaban las *avecillas* á los bosques para cantar en ellos la estacion de los amores. Mas, indiferente á los risueños cuadros que se desarrollaban ante sus ojos, contemplaba Blanca sin deleite aquella encantadora perspectiva, que en otros tiempos le habia arrebatado á un estremo indecible. Las penas del corazon cubren con un velo sombrío todos los objetos que nos rodean.

Algunas veces, al pasearse en el soto, concebía Blanca la idea de fugarse; pero ¿hacia que lado habría de dirigirse? Además que el parque estaba circuido de tapias muy elevadas, y las puertas que caian al campo manteníanse siempre cerradas con toda cautela. Ignoraba la jóven que durante la ausencia del marqués dos lacayos de confianza eran incansables vigias de sus pasos todos.

Apoderóse de Blanca una melancolia profunda; en vano procuraba distraerla su sirviente la aldea-

na; y gruesas lágrimas y hondos sollozos eran la únicas respuestas que la rolliza doncella conseguiera. Mucho tiempo se habia pasado desde que se ausentára el marques, cuando una mañana despertó Maria á Blanca para darle la noticia de que su señor acababa de volver á su casa de campo. Esta nueva pareció reanimar á la jóven prisionera, quien aguardó impaciente á que el marqués se le presentara.

Villebelle, estimulado del deseo de volver á hablar con su cautiva, no tardó en acudir á su habitacion; pero quedóse sorprendido al notar la mudanza que se habia operado en toda su persona.

—¿Conqué, me habeis dejado olvidada en este castillo? díjole Blanca suspirando.

—Yo! olvidaros!

—¿Por qué no me llevasteis á Paris?... ¿me detendreis aqui mucho tiempo todavia?

—¿Es mi intencion, divina Blanca, no volver á separarme de vos.

—Haced que venga Urbano por acá, y no tengais recelo de que yo quiera irme.

Frunció las cejas el marqués, y procuró distraer á la jóven, ofreciéndole un sin número de preciosas fruslerias que le habia traído de Paris; pero estos presentes no fueron aceptados de mejor voluntad que los anteriores, y ni aun obtuvieron de la chica la sonrisa mas leve.

Por la tarde volviéronse á juntar el marqués y Blanca en el parque de la quinta. Villebelle, mas enamorado que nunca, y trayendo á la memoria los consejos del barbero, prometíase triunfar de su

cautiva, mas luego que se hallaba á su lado, sentia desvanecerse toda su resolucion; una sola mirada de la amable niña ponía un freno á sus deseos, al paso que le llegaba hasta lo mas profundo del corazon, y Villebelle decia entre sí: ¿En virtud de cual mágia me impone esta chiquilla un respeto mucho mas poderoso que el amor mismo?

Blanca, á quien la inocencia hacia confiada, se sentó en una gruta, cubierta de espesísimo follage. Colocóse junto á ella el marqués; miróla en silencio largo rato, con la mayor ternura; y luego abrazándola con ardor; quiso robarle un beso á sus labios encantadores; pero Blanca, volviendo hácia él sus ojos suplicantes, le dijo:

—Por piedad, señor, no me toqueis.

Sin saber porque motivo, dejó el marqués que la preciosa niña se escapára de sus brazos, y que dñese solo en la gruta. Alejóse Blanca, pues sentia junto á su raptor un nuevo espanto, mientras él, maldiciendo su debilidad se volvió á la quinta prometiéndose que otra vez no habria de cortarse en la presencia de una niña.

Julia y su compañero llegaron entretanto á Sarcus, y vieron al marqués entrar en su casa de campo. Chaudoreille solo habia dado tres caidas por el camino; pero lo atribuia á que el caballo se le habia espantado. No obstante quejábase de suma fatiga, mientras insensible á todo cansancio la jóven Italiana reconocia con prolija atencion la quinta, en que acababa de entrar el marqués y á cuyas altas torrecillas iluminaban los primeros rayos del sol.

—Conque era aqui, adonde se dirigia? dijo la

amazona, arrimando su caballo al edificio.

—Sí, signora, no hay duda que aquí era, pues que le hemos visto colarse por sus puertas en derechura, respondió Chaudoreille, que ya apeado se palpaba los muslos haciendo feísimas muecas.

—Esta es la quinta de Sarcus, á lo que acaba de decirme un campesino.

—A fé mia; es una magnífica posesion... mi abuelo, que en paz descanse tenia, doce ó catorce quintas mucho mejores que esta... pero cada noche se jugaba una al truquiflor, y podeis suponeros que como no siempre el naípe le daba las bonitas.... Uf!... que dolor de riñones tengo!... que agujetas! Ay! ay!... este palafren tiene un trote tan duro...

—Dentro de esas paredes está Blanca encerrada.

—Es muy probable señora... Cáspita! que tengo la rabadilla hecha una matadura completa! ya se vé... tambien hemos venido a un paso que... Desafío ahora á cabalgar al mejor ginete de toda la Francia.

—¿Y como averiguaremos hacia que parte se halla la chica?

—¿Creo que será preferible averiguar hácia que parte se hallará nuestro almuerzo... ¿Debereis estar espantosamente cansada, señorita?

—No me hace mella el cansancio... la esperanza de vengarme añade dobles brios á mis fuerzas.

—Pues yo carezco de estímulo para redoblar las mias... estoy molido, hecho una babaza... y tengo hambre canina, imposible no se me haya metido en el buche alguna lombriz solitaria!

Echó pie á tierra Julia y entregando su caballo á Chaudoreille, le dijo:

—Toma, móntate en él, y llevate el otro de la brida; llegate á esa aldea que ves allá abajo; busca la posada y aguárdame en ella; pues quiero examinar esta quinta.

—Está muy bien: voy á que nos preparen el desayuno... Ah!... ¿y bajo cual incógnito hemos de presentarnos? supongo que pensais permanecer en el pais, sin que se sepan nuestras categorías, eh?

—Haced en eso lo que os pareciere mejor.

—Pues entonces diré que somos unos moros de España, recién llegados de Granada para dar lecciones de castañuelas: esto apartará toda sospecha, y nuestra tez algo tostada dará crédito á la suposición.

Julia, sin hacer caso de lo que Chaudoreille le decia, se dirigió hácia la casa de campo, mientras el valenton, á quien causaba sumo asco la idea de volver á montar á caballo, tomó del diestro ambos brutos, y se encaminó hácia la aldea medio derrengado.

Preguntó Chaudoreille por la posada de mayor tono; mas como solo hubiese una en el pueblecillo, buscóla sin demora, llevando á remolque los dos caballos. Salió á recibirle el posadero, á quien empinándose cuanto pudo, dijo el Gascon:

—Yo soy el célebre Malek-ál-Chiras, de Granada, profesor de castañuelas en las dos Españas, y he venido á Francia con mi hermana Salamalech para bailar el bolero delante del cardenal de Richelieu: nos quedaremos quizas algun tiempo en

este lugarcillo, pero pretendemos conservar el mas severo incógnito... ¿me entendeis?

—No entiendo á su merced del todo, dijo el posadero con aire abobado.

—Siendo asi, hacedme al instante una tortilla de huevos con torreznos, dadme un cuarto, y cuidad mucho de mis caballos porque son árabes.

Esto lo comprendió mejor el posadero quien condujo á su huésped á un cuarto en el primer piso, á donde subió Chaudoreille con mucho trabajo, tieso como uu garrote, porque la cabalgadura le habia dado unas lindisimas agujetas. Despues de haber descansado algunas horas sentóse á la mesa, donde hacia tiempo que estaba cuando regresó Julia.

—Os aguardaba con la mayor impaciencia, señora, dijo Chaudoreille, trinchando su tercer palomo.

—¿Y bien qué habeis averiguado?

Ahi no es nada lo que averiguado he! contestó el Gascon; que no tendremos pescado para comer.

—Imbécil! si os estoy hablando del Señoron.

—Como que os dejé tan cerca de su quinta, saberlo debeis mejor que yo.

—He dado muchas vueltas por allá mas á nadie he apercibido... Bien pudierais haber preguntado á estos aldeanos lo que saben acerca de la quinta.

—Si tienen unas fachas mas estúpidas que los patos... puesqué! ¿esa canalla es capaz de saber cosa alguna?... á propósito he dicho que sois mi hermana, y que os llamais Salamalech.

—Pensais Chaudoreille que os he traído aqui

para que me digais necesidades? Acabad de descansar, é iremos á reconocer las cercanias de la quinta; veremos si hay algun medio de introducirnos en el parque.

—Os pido mil perdones, signora; mas lo que es por hoy, difícilillo será que pueda moverme de aqui... materialmente estoy clavado delante de estas mesas.

Viendo Julia que era imposible arrancar de alli á su compañero, dejóle en la posada, y despues de haber tomado un bocadillo, volvió á rondar las tapias de la casa de campo.

—Vaya un demonio de muger! dijo Chaudoreille, metiéndose en la cama, seria digna de llevar mi Rolanda al lado... á propósito de Rolanda... nuestramo, hacedme el favor de ponerme ese chisme debajo de la almohada, para que yo pueda desenvainar al primer toque de generala... Está muy bien.. asi.. Ahora, tened la bondad de cerrar la puerta, y cuando vuelva mi hermana Salamalech decidle que le suplico no me despierte hasta mañana al medio dia... mi rabadilla no estará cicatrizada antes de ese tiempo.

Mientras duerme Chaudoreille, da Julia vueltas mil en torno del parque, y advierte un parage donde la tapia tiene un boquete, por medio del cual es posible introducirse en lo interior de los jardines, pero recelosa de aventurarse aun, se vuelve á su posada, y procura obtener algunos informes acerca de los moradores de la quinta. Los aldeanos solo saben una cosa, que en aquel momento está su señor en su casa de campo de Sarcus.

—¿Pero hace algunos dias que han traído á la quinta una jóven muy preciosa? ¿no es verdad? preguntó Julia.

—Vaya! cuando su señoría viene por acá todo eso está lleno de damas y caballeros, contestó el amo de la posada, quien creía que el hermano y la hermana habían venido para tocar las castañuelas delante del señor marqués.

Decidióse Julia á descansar un rato. Al día siguiente, empero, luego que fué de día se presentó la jóven Italiana en el aposento que ocupaba Chaudoreille

—El hermano de vuesa merced está todavía en siete sueños, le dijo el posadero con quien topó en el corredor, y Monsiur Malek..... Al..... de Granada, ha mandado terminantemente que no se la despierte hasta la hora precisa de comer.

Julia, sin hacer caso de lo que el hostelero le decía, entró en el aposento de Chaudoreille, y tirándole de la oreja con blandura le dijo:

—¿Es para dormir á pierna suelta que te he traído acá?

—Ah! que malas entrañas teneis!... ahora estaba yo en mi primer sueño.

—Vamos, arriba!

—¿Arriba, arriba?... no faltaba mas... respeto demasiado la decencia para saltar de la cama, mientras esteis delante.

—Arriba, te digo yo.

—Está muy bien; ya que lo quereis así....

Y Chaudoreille, saltando del lecho, púsose sobre sus dos patitas encanijadas en medio del cuarto, diciendo entre sí:

—Parece que no le doy asco á la niña!

—Te encaminarás ahora mismo á la quinta introduciéndote en los primeros patios, y só pretesto

de admirar su arquitectura, enredarás conversacion con el portero.

—Y si llegasen á conocerme?

—Quien?

—El señorón.

—¿Te parece que el marqués va ahora á estar paseándose por los patios? como que se apartará un momento de su jóven cautiva!

—No vais descaminada.

—Aquí nos volveremos á ver, y me direis cuanto háysis aprendido. Por mi parte, trataré de introducirme en los jardines.

Chaudoreille despues de haber almorzado perfectamente, se embozó en una capa que le regaló Julia, y la cual era demasiado larga para él: de modo que la mitad le arrastraba por el suelo; al Gascon, sin embargo, le parecia estar muy majo con ella, y figurábase el guapeton que su paño-sa le hacia crecer cuando menos seis pulgadas.

Al acercarse á la quinta, fué su primer cuidado reconocer si habia algun centinela encima de las tapias; pero no advirtiendo cosa alguna que diera indicios de hallarse el *castel* en estado de guerra, decidióse á avanzar. Luego que llegó á la puerta principal, pasóse durante una larga hora arriba y abajo, antes de decidirse á entrar ó no en la casa de campo. El viejo portero, que estaba fumando su pipa delante de la puerta, advirtió á nuestro pequeño héroe, cuyo cuerpecillo iba arrastrando seis varas de paño, y describiendo siempre las mismas vueltas. Escamado de tal proceder, salió de la quinta el portero, y dirigióse hacia Chaudoreille, á fin de preguntarle

quien era y lo que buscaba por allí. Este, viéndose acorrer á un hombre hácia él, figúrase que le tienen por persona sospechosa, y pretenden prenderle. Al instante echa á huir por la pradera abajo; pero no tardando sus pies en enredársele en la capa de coro, viénese al suelo de cabeza, y sale rodando un buen trecho sobre los céspedes.

Oyendo el portero que le llamaban en la quinta, volvióse á ella sin continuar su persecucion. Chaudoreille, al levantarse, no vió á nadie detrás de sí, y apresuróse á tomar el camino de su posada.

—Me parece que he trabajado bastante por hoy, dijo entre sí el bravo, otra vez no he de ser tan atrevido; me esconderé en esos brezales que estan un buen tiro de cañon de la quinta.

Y tornóse á su posada el valenton, donde mientras se preparaba la comida, jugó á la brisca con su huesped y se empeñó en enseñar el bolero á su señora esposa.

Volvió Julia al anocheecer, y encontró á Chaudoreille en el patio de la posada, rodeado de gallinas y de estiercol, enseñando el minué á una jóven doncella de cincuenta años, y haciéndole el compás con la contera de Rolanda mientras le decía:

—En Granada solo se baila con la espada en la mano... Ah! ved aquí á mi hermana Salamalech... ella sí que sabe hacer la cortesía sin tocar el suelo con la punta de los pies!

Llevóse Julia á empellones al gran maestro de baile, y encerrándose con él en su cuarto, le dijo:

—¿Qué diablos estabais haciendo en el corral?

—Toma! echábala de maestro de baile para guardar mejor el iacónito... es un acto de prudencia.

—¿Y que habeis sabido esta mañana?

—Muchísimas cosas... sospecho que hay en el castel una fuerte guarnicion; porque vi salir de ella á un hombre armado de punta en blanco... Respecto á Blanca, supongo que la tienen atada con cadenas en un hondísimo subterráneo.

—Eres un necio he conversado con una muchacha que vive en la quinta; la he hecho hablar. Blanca está en una de las torres que tienen vistas al lago.

—Eso será que al soldado á quien le pregunté me mintió... y cuidado que le tenia yo puesta á la garganta la punta de mi tizona.

—¿Y nadie ha entrado en la quinta?

—Oh! nadie... estoy bien cierto... no he perdido la casa de vista.

—Esta noche me introduciré en el parque y espero...

—Pues yo por mi parte, guardaréme bien de semejante introducción.

—No ¿hace falta; vigilareis por la parte de afuera.

—Por fuera!... ese es mi prurito: luego como tengo ojos de gato, veo mejor de noche.

El marqués fué al aposento de Blanca, segun su costumbre, la mañana despues de lo ocurrido en la gruta. Pero la amable niña resintió en su presencia un nuevo miedo, al acordarse del abrazo tan apretado que le diera el marqués; y, á pe-

sar de su candor, se estremeció al verle entrar y sentarse junto á ella.

El marqués conocia demasiado á las mugeres para no advertir la mudanza que habia tenido lugar en las maneras de la jóven. Procuró leer en los ojos de la cuitada, anheloso de volver á encontrar en ellos aquella espresion de dulzura que tanto le habia encantado; pero Blanca fijó la vista en el suelo temblando de encontrarse con los ojos de su raptor.

Despues de una visita, mas corta que de costumbre, dejó Villebelle á Blanca, y fué á meditar los medios de que se valdria para vencer su resistencia. Aguardó impaciente á que llegase la tarde; lisonjeábase de ser mas dichoso en los jardines, y de hacer las paces con su jóven prisionera; pero Blanca escuchaba una secreta voz que le decia no se fiara de pasearse en el parque con el marqués, y jurara de no volver allá en toda su vida.

Ya la noche habia llegado, y envano recorria Villebelle las alamedas donde la jóven se paseaba toda las tardes; pero no la encontró.

—Ella me tiene miedo; dijo él entre si, y sin embargo, no me odia... de sus mismos labios lo he oido.

Al pasar por delante de la gruta donde se habia sentado la tarde anterior, creyó el marqués que veia una sombra huyendo de él. Persuadido que era Blanca, corrió al instante á alcanzarla: detúvose de repente la persona á quien perseguia, y volviéndose esta, reconoció el señoron, á favor de la claridad de la luna, la jóven Italiana.

—Vos en estos parages? dentro de mi parque? exclamó Villebelle con la mas grande sorpresa.

—Si, señor marqués, contestóle Julia dejando escapar una sonrisa amarga ¿y os admira eso?..... Caballero de Villebelle, sin embargo, deberiais comprender todo el júbilo que el hallarme á vuestro lado me causa.

—Otra vez os pregunto, ¿que venis á hacer aqui?

—Un tiempo hubo, señor marqués, cuando mi presencia no os causaba fastidio... cuando me deciais con los juramentos mas tiernos que me amariais sin cesar... Acordaos cuantas veces me vi obligada á haceros repetir el voto, antes de doblegarme á vuestras voluntades.

Hizo el marqués un movimiento de impaciencia, gritando al mismo tiempo;

—¿Y es para decirme eso que os introducis de noche en mi quinta?

—No, dijo Julia, abandonándose á todo su furor... otro motivo me conduce á estos lugares... la esperanza de vengarme... Os reis de mi dolor... si, yo me hartaré con vuestros padecimientos..... derramareis lágrimas de sangre... pero será ya tarde en demasia.

—Esto si que es demasiado... vuestras amenazas me aburren y me dan compasion... Si teneis poder para hacerlo, ¿porqué aplazais el momento de la venganza?

—La presencia de un indispensable testigo..... la de vuestro confidente... el barbero Touquet.... me hace falta.

Dicho esto escurrióse Julia por entre los árboles, y desapareció antes que el marqués alcanzarla

podiese. Muy sorprendido de encuentro tan singular, tuvo cuidado el señorón de contárselo á Marcelo, cuando volvió á la quinta, y le dió orden de redoblar la vigilancia á fin de que nadie pudiera penetrar en el aposento de Blanca.



CAPITULO XIV.

*Tentativa nocturna.*

BNCERROSE el marqués en su cámara, agitado en extremo. Las amenazas de Julia no le asustaban, porque las atribuía al despecho y á los celos; sin embargo, había cierta cosa en la voz de la jóven Italiana que anunciaba la convicción y ya sus ojos parecían animarse de un bárbaro júbilo, al fijarse en los del marqués.

Disgustado porque no le había sido posible obligar á Julia á que diese esplicaciones, llamó Vi-Hebelle á su ayuda de cámara, y mandóle hacer una batida en el parque en compañía de algunos lacayos y si hallase en él á una muger la llevase

inmediatamente á la quinta: German, el jardinero y tres criados se apresuraron á recorrer toda la hacienda: mas volvieron á la casa sin haber topado con alma viviente; y el marqués pasó toda aquella noche en reflexionar acerca de suceso tan raro. La imagen de Julia inquietaba su paz; temia él que la Italiana hiciese llegar hasta Blanca noticias de su amador. Apenas vino el dia, escribió al barbero, mandándole acudiese á la quinta sin perder un instante.

Margarita acababa de morir; la vieja sirviente no habia podido sobrellevar la pérdida de Blanca, ni las furias de su amo despues de la visita de Julia. El barbero que hacia tiempo intentaba vender su casa, iba á dirigirse al efecto á un notario público, cuando el mensajero del marqués le entregó la esquela de su señor.

—Quiere que yo vaya á Sarcus, dijo para si Touquet, despues de haber leído el billete; todavia me necesita el señorón... Hay á veces arrepentimientos que hacen se me habran las carnes; mas él paga generosamente... y ademas, ¿podré yo rehusarle cosa ninguna?... ha adivinado parte de mi conducta, y si algun dia se le metiera en la cabeza hacer que me ahorcaran, en espiacion de todas sus locuras... pues que este es el nombre que dan nuestros hombres grandes á sus crímenes.... pero no... el marqués será un calavera mientras exista. Precisa sobre todo que triunfe de Blanca; esto es parte integrante de mi propia seguridad.

Preparóse Touquet para emprender su caminata, y al dia siguiente llegó á la quinta, donde tuvo una entrevista con el marqués quien le aguardaba en su cuarto.

—Bien veis, señor con qué prontitud he obedecido vuestras órdenes... dijo el barbero, haciéndole una reverencia profunda:

—Está muy bien: tu presencia aquí pueda servirme de mucha utilidad... Tengo precision de alguien que me eche en rostro mi endebleza.... ¿Podrás creer que maldito el paso que he adelantado respecto á Blanca?

—Para que yo lo crea, señor, es indispensable que lo oiga de vuestros propios labios.

—Cierto! ni yo mismo sé en lo que consiste.... Ha mas de tres semanas que permanece ella en esta quinta, y á penas he podido besarle una mano. Algunos dias hace, que, hallándonos en el parque, quise ser mas emprendedor; pero rogóme ella que la dejase, con una voz tan conmoviente!.... Tengo tanta pena de haberle dado que sentir! Desde aquel dia la chica jamas sale de su cuarto, y cabe mi se ostenta, tan medrosa tan cortada... luego llora!... siempre tenemos lágrimas.

—Todo eso se concluye en el instante que queráis, señor.

—¿Has vuelto á ver á su amante?..... es Urbano quien jamás se le cae de la boca; y al que llama á todas las horas del dia.

—Eso no vale un pito, señor; y estoy seguro de que el joven Urbano es mucho mas razonable que Blanca, y ha olvidado ya esos amorios.

—¿Lo crees así?..... pero la pobre moza está siempre pensando en él... Si yo pudiese persuadirla que su amante la ha olvidado á estas horas!... ya! pero no me creería... Hablándote de Blanca, se me olvida el motivo de haberte llama-

do aquí..... jamas adivinarias á quien hallé anoche dentro de mi parque!..... á Julia.

—A Julia! exclamó el barbero, haciendo un movimiento de sorpresa.

—Si: ella ha penetrado en estos lugares; ¿mas como pudo descubrir que yo aquí me hallase?

—No lo entiendo yo tampoco, señor marqués.

—Tuvo la audacia de amenazarme; los celos y el furor centelleaban en sus ojos; tambien me habló de ti, aunque no pude comprender á derechas lo que significar procuraba, y desapareció tan luego como pretendi que se explicara con mayor claridad.

—Señor, esa muchacha tiene algun mal intento.

—Eso mismo pienso yo; sin embargo, no ha vuelto á presentarse desde entonces; y eso que asquea oscurece hacen mis criados en el parque una batida general.

—Eso poco importa; Julia ha de hacer lo posible por robaros á Blanca.

—Como! ¿te se figura que podrá conseguirlo?... por lo demás, recorrerás tú las cercanías, y si hallases á Julia, dirasle que le prohibo vuelva á presentarse en estos alrededores. Si á pesar de eso, se atreviera á volver, fácil me será alcanzar un mandamiento de prision para ella, y el cual me desembarazaria de sus importunidades.

—Ese será el mejor paso que habria de darse, señor. Mañana mismo voy á comenzar mis pesquisas.

—Todo el tiempo que permanezcas en mi casa de campo, evita de pasar por el lado del es-

tanque, para que Blanca no te vea; pues, no quiero sepa que te encuentras aquí, supongo que tu vista no le dará maldita la satisfacción, y quiero economizarle cuanto pudiese añadir á su pesadumbre.....

—En mi vida he visto al señor marqués tan enamorado!

—No: muger ninguna me ha inspirado hasta ahora lo que siento respecto á Blanca.

—Voy á descansar un rato; mañana al amanecer me tendreis de explorador; recorreré las cercanías, visitaré hasta los chozajas mas insignificantes. No le será fácil á Julia sustraerse á mis pesquisas; y así que yo sepa su huronera, salgo garante, señor, de que no habeis de verla mas.

Alejábase el barbero al decir estas palabras, pero tenian sus facciones una espresion que no se le fué por alto á Villebelle. Corrió este en su seguimiento, y le dijo con severo tono.

—Touquet! ¿me habrás entendido bien?... cuidado que no quiero se le haga daño ninguno á Julia... Esa moza tiene los cascos á la ginetá, pero el amor deberá disculparla... Siempre habremos de perdonar los defectos, cuya primera causa es uno mismo: yo deberia haber contemplado algo mas su sensibilidad y la he tratado con bastante menosprecio. Si ella consintiere á ponerse en razon, prométele cuanto pida, dale oro hasta que se harte; déjala que viva feliz... ¿Quieres que te hable con franqueza? todavia se me antoja verla á fin de que me explique lo que quiso darme á entender en su carta.

—En ese caso, señor, luego que yo haya descu-

bierto su paradero, me apresuraré á avisároslo. Diciendo así, saludó el barbero profundamente al marqués, y salióse de la habitación.

—Este hombre es un pillo consumado, dijo para sí Villebelle, al ver que Touquet se alejaba... hasta ahora solo he creído que era un intrigante y un bribon... ¿y á que le he de necesitar ya?... pero no era cosa que yo diese á German el encargo de hablar con Julia... Julia! pensé amarla de pasol... Que diferencia hay entre esa muger arrebatada y vengativa, y la dulce y encantadora Blanca! ¿Y porqué esa Julia habrá de amarme con tanto furor? será posible que no consigan mis ansias hacer que se prendan en el corazón de estotra jóven unas chispas del fuego que devora á aquella.

Mientras el marqués tenía los cinco sentidos puestos en Blanca, la cual triste y solitaria en un rincón de su aposento pasaba sus días rezando y vertiendo lágrimas por su amante; Julia, después de su encuentro nocturno con Villebelle, buscaba hablar con la jóven cautiva. La vigilancia de los criados del marqués no le impedía que se escurriese en el parque; pero aunque penetraba hasta el lago no le era posible acercarse á la torre-cilla porque habian quitado todos los barquichuelos que servian para recrearse en las aguas, por recelo de que valiesen para que alguien se allegase á las ventanas de Blanca. Respecto á Chaudoreille, encargado de atisvar á cuantos entrasen en la quinta ó saliesen de élla, contentábase con esconderse en un espeso matorral, distante dos tiros de cañon de la puerta, y allí, teniendo por precau-

cion á Rolanda á un lado y una botella de vino al otro, pasaba sus horas de servicio con una baraja vieja en la mano, estudiando un nuevo modo de hacer que la carta en puertas diese el salto mortal, y escondiéndose al mas leve ruido bajo la ancha cobertera de su enorme capa.

Al día siguiente de su llegada á la quinta, empezó sus pesquisas el barbero. No presumiendo que fuese Sarcús el lugar donde Julia estuviese escondida, visitó otras aldeas mas distantes, hasta que á la caída del día vino á recaer sobre el mencionado lugarejo.

Ya cerca de sus tapias, notó que le precedía un hombrecillo, embozado en una capa parda, bajo la cual era muy difícil descubrir su cuerpo; pero una larguísima espada, cuya vaina hacia que por un lado formase pabellon el pañoso envoltorio, le dió á conocer quien era el sugeto que la llevaba.

—Ese es Chaudoreille! dijo entre si el barbero, apretando el paso con el fin de alcanzarle. El hombrezuelo que oyó pasos á su espalda, sintióse ya acometido del miedo, y no tardó en advertir que le agarraban por la contera de la tizona.

—¿A donde vá tan aprisa el caballero Chaudoreille? dijole el barbero con tono socarron.

—Que á donde voy?... voto á Chápiro... ¿como lo pasas, amigo querido?

—Ola bribonazo! tengo que ajustarte una cuenta muy al pormenor.

—Carísimo Touquet, este mundo está lleno de chismosos. No hay que dar crédito á todo lo que á uno le dicen.

—¿Y te parece que no he de creer lo que me ha dicho el mismo señor de Villebelle? tu fuiste quien le hablaste acerca de Blanca, no obstante tus juramentos.

—Tu sabes muy bien que entre nosotros un juramento es una telaraña... meras bagatelas, amado Touquet, luego ¿de que te quejas? también el lancecillo te ha hecho ganar buenos cuartos.

—¿Y ahora estás al servicio de Julia, supongo?

—Yo al servicio de Julia! bah... si quieres te serviré á ti tambien... estoy al servicio de todo el mundo. Sabes que siempre he sido muy servicial.

—¿Donde está Julia?

—Ella... está empeñada en guardar el incógnito.

—Responde, miserable! y fuera de mentiras.

—Ay! ay!... suéltame la oreja, que me clavás las uñas!... estamos parando en esa aldea; en la posada no hay mas que una, Julia pasa por hermana mia, yo por un moro de Granada, profesor de castañuelas.

—¿Y cuáles son los proyectos de Julia?

—¿Qué diablo sé yo! pasa los dias enteros y parte de las noches rondando esa quinta de allá abajo como una zorra un bien poblado gallinero. Entre nosotros; figúraseme que está loca de remate.

—¿Y á ti conque intenciente ha traído en su compañía?

—Solo por el gusto de tenerme á su lado... le agrada infinito mi conversacion... le canto mis villanelas.

—Escúchame; yo debía romperte las costillas solo por la trastada que me has jugado.

—Amigo Touquet, si no fué mas que una broma.

—Anda! que te desprecio demasiado, para cascarte.

—Eso es una prueba de tu excelente corazon.

—¿Me has dicho la verdad?

—Si dudas de mi palabra, vente á la posada conmigo, pues Julia no debe tardar en retirarse á ella.

—No; lo que es por esta tarde no puedo ir; pero cuidado como le digas una palabra de nuestro encuentro.

—Cuando tu me prohibes una cosa es lo mismo que si me cerrasen la boca con una lápida sepulcral.

—Si mañana no encontrase yo á Julia en el mismo parage; el señor marqués en persona seria el encargado de aplicarte el debido castigo, y entonces ya no te dábamos cuartel.

—Bien lo creo.

—Adios; vuélvome á la quinta.

—Y yo al lugar... donde no aguardaré por cierto tu visita, añadió entre dientes Chaudoreille, terciándose la capa á fin de correr con mayor ligereza.

Volvióse el barbero á la quinta, y subió al aposento del marqués. Ya era de noche, y Villebelle estaba sentado delante de una mesa servida con tanto fausto como lo permitian las facultades de la quinta, pero el marqués previendo que su permanencia en el campo habria de ser algo dilatada.

había tenido cuidado de abastecer su hodega, y si bien la cocina era menos delicada que en París, no eran los vinos menos esquisitos por cierto.

El marqués parecía estar de mejor humor que nunca, ya había apurado algunas copas, y á su lado tenía gran número de cartas que mientras cenaba se entretenía en leer.

—¿Qué hay de nuevo? dijo el señorón al presentársele el maese rasura.

—No han sido vanas mis pesquisas, señor: Julia está en la aldea, aposentada en el hostel bajo un nombre supuesto. He visto á Chaudoreille que es ahora confidente suyo.

—Ah! el hombrezuelo descendiente de Sanson y de Dalila! le habrás roto el alma á trancazos!

—Todavía no, señor: quise primero venir á tomar órdenes de Vuesñoria, y por eso no he visto aun á la jóven Italiana.

—Has hecho perfectamente; yo le hablaré en persona. Mañana pasaremos á la aldea tú y yo; haremos entrar en razon á esa mala cabeza... y sabremos el gran secreto que pretende tener que comunicarnos.

—¿Un secreto?

—Si, me dijo ella, que era necesario te hallases presente á su revelacion.

—Yo! señor?

—Mañana saldremos del paso. Ves estas cartas? todas vienen de París, escritas por damas de alto tono que echan de menos mi presencia en la corte... estan llenas de reconvenciones, de promesas, de juramentos... Un poquito de cada cosa... Toma! tíralas todas en la lumbre.

—Qué! ¿señor marqués, hasta las que estan sin abrir todavia?

—Si, por cierto; ¿no dicen todas lo mismo? Ah! una sola sonrisa de Blanca vale mas que el conjunto de las dulces frases de todas esas remilgadas hermosuras! ¡Quién la tuviera aqui pegadita á mi lado!

—Si á Vueseñoria se le antojase...

—Pues! para que viniese con los ojos hinchados de llorar, no faltaba otra cosa!

—Echóse el marqués un gran vaso de vino, que se tiró á pechos de una vez, y luego dijo:

—Ya empiezo, sin embargo, á fastidiarme de suspirar en valde; Blanca no está muy lejos de mi; en la quinta la tengo... y á pesar de eso no me atrevo á emplear la fuerza; seria una cosa demasiado dura.

—Sin valerse de la violencia, señor, mil arbitrios hay; ella duerme sin desconfianza, y teneis llave maestra para introduciros en todas las habitaciones.

—Ah! que perfidia!

—No mayor que la de haberla metido en un coche, diciéndole que iba á juntarse con su Urbano.

—Callate; eres un monstruo! tus horribles consejos me harian tan criminal como tú mismo.

—No fui yo; quien os aconsejé os enamoraseis de la niña. Mas ya que se halla en vuestro poder, parécenme vuestros escrúpulos algun tanto atrasados.

Guardó silencio el marqués por algunos instantes, y repuso en seguida:

—Esta mañana me habló ella con menor frial-

dad: pasé á su lado algunas horas, y parecióme algo menos asombradiza... Toméle la mano, y ella me la dejó largo tiempo dentro de la mia.

—¿Y qué mas apeteceis, señor? Blanca os ama secretamente; mas ¿pensais que una jóven tan tierna habria de confesar lo que pasa dentro de su corazon? No, solo despues de su derrota, es cuando ella desterrará toda esquivéz y repugnancia.

—¿Blanca me ama, dices tu? Ah si eso fuese verdad! pero es muy tarde! retirate á descansar, mañana iremos en busca de Julia.

Saludó Touquet al marqués, y lanzandole á hurtadillas una mirada escudriñadora, tomó una bugia y se alejó en silencio.

Mucho tiempo se pasó aun antes que el marqués se levantara de la mesa, pues quedóse sumido en reflexiones, y bebió muchos vasos de vino, cual si pretendiese ahogar en el licor los pensamientos que le abrumaban. A todo esto se acrecentaba su agitacion; en fin llamando á German le dijo con voz sombría:

—¿Quien tiene las llaves maestras de la quinta....?

—El portero será quien deba tenerlas señor.

—Dile que venga, pues le necesito.

Apresuróse el viejo portero á obedecer las órdenes de su amo.

—¿Hay llaves maestras para estas habitaciones....?

—Si señor, hasta un juego triple de ellas.... Esa es una costumbre muy antigua, que tiene de fecha desde los años....

—Corre á buscarme las de la torrecilla que cae al gran estanque.

Desapareció el portero, y volvió á poco con un manojo de llaves, diciendo:

—Si Vueseñoria gusta que vaya yo á probarlas....

—Dámelas y vete, contestó el marqués arrebatándose las manos.

Estupefacto el viejo, hizo su reverencia; y salióse de la estancia sin atreverse á levantar la vista para mirar á su señor. Despidió el marqués á los demas sirvientes, y la mas profunda calma no tardó en reinar en toda la quinta.

Paseóse Villebelle con pasos descompuestos en la habitacion, empuñando siempre el manojo de llaves. Todavía no estaba decidido, y de cuando en cuando prorrumpia en estas espresiones.

—No, no haré uso de estas llaves. ¿ella parece haberme devuelto su confianza, y he de atreverme á abusar de su inocencia?... ¿y pasar toda mi vida de este modo, estando tan lejos de la felicidad? ¿Que dirán de mí todos los calaveras, todos los hombres de gran tono, si llegasen á saber mi conducta? Pero ¿y si viesen á Blanca? Maldito barbero! ¿por qué me hablaste de semejantes llaves?... Ah! yo debí haber adivinado que al entrar en esta quinta ese hombre habría de aconsejarme la perpetracion de algun acto abominable.

Transcurrieron todavía algunos momentos; en fin apoderóse el marqués de una bogia, y dijo:

—Esto es hecho! ya solo escucho la pasión que me arrebató.

Salióse del aposento, al que separaba de la terrecilla habitada por Blanca, una larga galeria, cu-

yas paredes, hermoseaban hileras de retratos representando los abuelos del marqués. Caminaba este con pasos lentos, deteniéndose con frecuencia, y temblando de que alguien se le apareciera. Llevaba la vista clavada en el suelo, y parecía tener miedo de levantarla para mirar; aquellos retratos de sus antepasados, la mayor parte de los cuales honraban á su patria con su valor y sus virtudes; en aquel momento una voz interna le decía que iba á cometer una acción indigna del nombre que aquellos le habían transmitido, y cuando sus ojos se encontraban por casualidad con un semblante pintado en alguno de aquellos lienzos, figuráhaselo que leía en él la expresión de la cólera y del desprecio.

Llegó por fin al cabo de la galeria, que nunca le había parecido tan larga; subió una gran escalera, atravesó muchas salas, y se introdujo en la torrecilla que habitaba la jóven.

Un temblor violento agitaba su máquina, y esforzándose por sobreponerse á él apresuró sus pasos el criminal señorón; abrense á poco todas las puertas de comunicacion, y hállase instantes después junto á la del cuarto de Blanca.

Allí detiénese, y mira las llaves que conserva en la mano. Todavía vacila; pero procurando trastornarse respecto al crimen que vá á cometer, prueba gran número de llaves; en fin ábrese la puerta y se encuentra el marqués en el aposento de Blanca.

El silencio mas profundo reinaba en aquel parage. Dió muy de quedito algunos pasos el marqués, sentando los pies con la mayor precau-

cion. No estaba cerrada precisamente la puerta del dormitorio. Asomóse por ella Villebelle con todo tiento, y á la luz de una mariposa que ardía en el hogar, descubrió á la jóven, profundamente dormida.

—Está en siete sueños, dijo el raptor; ella se cree segura en este asilo... Pero su respiracion parece agitada... Las palabras quieren escaparse de la boca... si yo pudiera oír lo que dice!

Aproximóse al lecho de Blanca; ella estaba soñando con su amante; estendia los brazos, cual si pretendiese implorar la lástima de alguién y con voz balbuciente se espresaba así:

—Oh! Dios mio!... siempre se empeñan en separarnos!

Sintióse Villebelle enternecido.

—No, no me ama ella, dijo el marqués con dolor, entre sueños no cesa de invocar á Urbano.

Escáposele un profundo suspiro, ya iba á alejarse quizás... pero el sollozo que arrancára despertó á la niña, quien abriendo los ojos, gritó con espanto.

—Oh cielos! ¿quien anda ahí?

—Soy yo, Blanca, respondió el marqués con alterados acentos.

—Vos, señor! tan á deshora en mi cuarto!

—Tranquilizaos os ruego.

—Pero, vos mismo estais temblando, señor, ¿qué es lo que ha sucedido? hablad por amor de Dios

—Nada... nada... queria veros, queria hablaros, queria contemplar vuestros hechizos otra vez...

—Ah! no me mireis de ese modo, señor, me dais mucho miedo...

—Miedo! ah! Blanca, es ese el sentimiento que os inspira el amante mas apasionado? Si, mi amor llega ya á su colmo! nos puedo dominarlo... es preciso que constituyais mi dicha, que seais mia de veras.

El marqués estrecha á Blanca entre sus brazos: lanza la jóven un grito desgarrador, y reuniendo todos sus brios consigue desprenderse, y salta ligeramente de la cama. Pero Villebelle no tarda en asirla de nuevo; briega por cubrirla de besos, se esfuerza por ahogar sus alaridos. Arrójase Blanca á sus pies, tiéndele los brazos suplicantes, y grita con voz que se introducía hasta el fondo del alma:

—Por Dios! por Dios no me hagais nada hasta mañana!

Estos acentos penetran en lo mas íntimo del corazón del marqués... La vista de Blanca á sus pies, con el rostro anegado en lágrimas, su temblor, su desesperacion, vuelven en su juicio al noble frances: quien á pesar de todo, receloso de poder dominar largo tiempo su pasion alejase, precipitadamente del aposento de Blanca, y corre frenético á encerrarse dentro del suyo.

CAPITULO XV.



Visita de Urbano al marqués... Última aventura del valiente Chaudorcille.

PERMANECIO Blanca largo tiempo en un estado de insensibilidad y en la actitud en que implorára la compasion del marqués: en fin un torrente de lágrimas acudió á aliviarle de su angustia. Levantóse y mirando con terror en torno de si escuchaba trémula el ruido mas ligero que hacia el viento en las aguas del lago, estremeciase la cuitada pensando que de nuevo se dirigia á su cuarto el marqués.

Por su parte el señorón no pudo disfrutar del

reposo con mayor sosiego que su víctima; dividido entre el amor y los remordimientos, sintiendo por intervalos el haber cedido á lo que llamaba debilidad, y maldiciendo otras veces una pasión que hacia la desdicha de Blanca, vió venir el día sin haber tomado ninguna resolución.

Asombrado de no recibir órdenes referentes á Julia, pasó el barbero al aposento del señorón; advirtió el trastorno de sus facciones, y se propuso á acertar la causa: el tono sombrío y melancólico de Villebelle no daba á entender que este hubiera sido muy dichoso en su tentativa, y mientras guardaba su patrono un obstinado silencio, no se atrevió Touquet á preguntarle una sílaba; en aquel instante entró German en la habitación, y dijo á su amo que un jóven acababa de presentarse á las puertas de la quinta pidiendo un instante de audiencia del señor marqués.

—Un jóven! dijo Villebelle, ¿es algun habitante de estas cercanías?

—No, señor, su vestimenta le anuncia como estudiante; se espresa en términos muy comedidos, y parece anheloso de veras.

—¿No ha dicho su nombre?

—Pretende que vos le conoceis, sin saber como se llama.

—Vaya una cosa estraña ¿será algun emisario de Julia? dijo el señorón mirando al barbero.

—No lo creo, señor marqués, y el retrato que German ha hecho no corresponde á Chaudoreille de modo alguno.

—Haz que me presenten ese jóven. Touquet;

pásate á la pieza inmediata, pues tal vez pretenda el desconocido hablarme sin testigos de vista. Desapareció el barbero, y huyó el criado á verse con Urbano, quien despues de haber viajado sin detenerse, acababa de llegar á Sarcus, y esperaba impaciente, que el portero le llevase la respuesta del señorón.

—Mi amo quiere recibiros. Seguidme caballero, voy á conducirlos á su presencia, dijo German á Urbano; este, haciendo un ademan de júbilo, siguió al criado quien le introdujo al marqués.

Entró Urbano temblando; acercóse con embarazo al poderoso señorón, quien estaba sentado en un canapé en el testero de la estancia, y contemplaba con curiosidad al jóven, pues no podia prescindir de que le causase cierto interés la figura dulce y distinguida de Urbano.

—Dignaos, señor, dispensarme la libertad que me tomo, dijo el jóven bachiller, haciendo á Villebelle un profundo saludo.

—Hablád, señor; ¿en qué puedo servirlos?

—Vengo á implorar vuestra proteccion, á la que me prometisteis cierto dia ocurriera en un caso de necesidad. Ya hace tiempo que nos vimos en Paris... Estaba yo entonces disfrazado... Os encontré una noche en el campo grande de los clérigos y un desafio...

—Es posible! ¿seréis vos, mi valiente jóven, el que iba disfrazado de aldeanita?

—Si señor: tuve la desgracia de heriros en el brazo.

—Decid mas bien que os hicisteis justicia; pues

la culpa estuvo en mi parte, como sucede casi siempre... Pardiez... cuanto me alegro de volveros á ver... Dadme la mano bizarro mancebo, sois un Alcides... vive Chápiro!

Levantóse el marqués y apretóle la mano la estudiante con toda cordialidad. Encantado de semejante recibimiento, no sabia el bachiller como manifestar su gratitud á tan noble patrono.

—Sentaos á mi lado, le dijo Villebelle, y confiadme el motivo que me proporciona el placer de recibirlos hoy en mi quinta.

—Señor, tuvisteis la bondad de ofrecerme vuestra proteccion siempre que me aconteciera una desgracia... y vengo á reclamar...

—Haceis perfectamente, bravo amigo, hablad sin demora ¿es oro lo que necesitais? tengo bastante á vuestra disposicion, no os andeis en economias; bastante mal uso hago yo de ese metal algunas veces... A lo menos que una vez tan sola sirva para algun fin virtuoso haciendo feliz con él á un semejante mio.

—No es el dinero lo que puede devolverme la felicidad. Es el amor quien causa mis pesares, señor marqués.

—Ola! ¿estais enamorado? eh! Pardiez, tambien lo estoy yo, y en este instante no me hallo muy á mis anchas tampoco. Pero, veamos; contadme vuestros amores.

—Amo, idolatro á una encantadora chica.... ah! señor, no hay quien pueda compararsele.

—Quien sabe; pero continuad.

—Ella no conoció á sus padres; mas el que de su infancia cuidára me la otorgó por esposa.

Solo un dia nos faltaba para que en lazo indisoluble nos unieramos, cuando un miserable, introduciéndose en la morada que la sirviera de asilo, me robó á la que iba á ser mia para siempre!

—Eso es muy singular, dijo el marqués, sorprendido de la relacion de Urbano; ¿y sabeis el nombre del raptor?

—Lo ignoro, señor marqués; pero segun me han informado, es un sugeto de alta categoria, un hombre rico y poderoso... ha! mi única esperanza se cifra en vos, para que me ayudeis á descubrir ese monstruo, para que me auxiliéis á buscar el sitio donde para... si, prestadme vuestro favor á fin que dable me sea recuperar al idolo de mis adoraciones; Que me devuelva el raptor mi Blanca querida y el infeliz Urbano os deberá mucho mas que su existencia!

Al oir el nombre de Blanca, levantóse bruscamente el marqués; arrojóse de rodillas el joven amante, y asiéndolo una de sus manos, fijó los ojos en él, mas su patrono, apartó la cabeza á fin de que no advirtiera el trastorno que toda su fisonomia experimentara.

—Alzad, alzad, respondió por fin el marqués, procurando enseñorearse de sus emociones; quiero servirlos... si... mas no puedo promotoros que os devolveré la joven que os han robado. Entre los poderosos de la corte, encuéntrase alguno que otro de esos hombres que se vanaglorian de sobornar á la inocencia, y de llevarse á una joven de los brazos de su padre.

—Ah! señor, si teneis alguna sospecha... á veces el mas ligero indicio puede ponernos en la recta vereda.

El marqués pareció reflexionar profundamente; Urbano, quien creia hallarse su colocutor ocupado en recordar alguna circunstancia interesante para él, aguardaba con la mas viva impaciencia lo que fuese a decir.

Después de un silencio bastante largo dijo por fin Villebelle:

—¿Sois muy joven, Urbano?

—Solo cuento diez y nueve años de edad, señor.

—Blanca será sin duda la primera muger á quien habreis amado!

—Si, señor, así como tambien será la última.

—Os engañais, amigo mio; á vuestra edad se ama con ardimiento... pero esa es una llama que no tarda en extinguirse. Solo á mis años es cuando, desengañado el hombre acerca de la juventud, y fatigado de la mudanza, un amor verdadero llega á ser una necesidad para el corazon... y se convierte en sentimiento indomable. Igual á vos, cuando yo solo tenia diez y nueve años creí que iba á amar para toda la vida... Engañéme... creedme, todavia podeis ser feliz...

—Sin Blanca, es imposible, señor.

—Vuestro caudal es poquísimo.

—Tengo una casita de campo que heredé de mis padres, y 1200 libras de renta.

—Con medios tan reducidos las distracciones son menos fáciles... Quiero que goceis los placeres propios de vuestra edad, y en su torbellino, olvidareis bien pronto vuestros primeros amores.

—Mucho os lo agradezco, señor; mas no puedo aceptar vuestros beneficios. Os lo digo otra

vez... de ningun goce disfrutar me es dado, lejos de la muger á quien adoro.

—Está bien: lo que os ofrezco facilitará las diligencias que vais á practicar... No me lo rehuséis. Solo á ese precio prometo que segundaré vuestros pasos. Aguardadme aqui, y no os movais de este aposento.

Asi hablando, pasó el marqués, á la pieza inmediata, donde estaba en acecho el barbero Touquet.

—Aqui tenemos á Urbano, le dijo, ese jóven desconocido que pretendia hablarme, es el amante de Blanca.

—Ya lo sé, señor, púseme á escuchar y le conocí por la voz.

—Viene á implorar mi proteccion á fin de buscar al raptor de su amada.

—A mejor parte no podia dirigirse.

—Ganas me estaban dando de devolverle la presa.

—Que locura!

—Pero la imagen de Blanca está grabada en mi corazon demasiado profundamente, voy á hacer lo posible por indemnizar á Urbano de los perjuicios que causado le hé, y á fuerza de oro...

—Ese es el remedio de todos los males, señor.

—Si: á tu modo de ver, alma venal! quien nunca has conocido las dulzuras del amor.

—Pero á lo menos, señor, precisa deshaceros por largo tiempo de ese jóven, ¿que os impide que con un falso aviso, le enviéis á Inglaterra, á Francia... á los infiernos si preciso fuere?

—En efecto ya caigo.

—Los viages le distraerán de su amor... Sois

un rival [generoso; otros en vuestro lugar aprovechándose de la ocasión, harían encerrar á ese jóven en algun calabozo, no dejará de haber sustráneos en esta quinta.

—Ah! que horror! ¿retribuir con tal vileza la confianza que en mí viene á depositar un niño?

—Ya! en vez de eso, le dais al angel de Dios plata larga para que se dé una vida de príncipe.

—¿Y como habré de pagarle jamás el tesoro que le he arrebatado?

Abrió el marqués una gabeta, sacó de ella sesenta mil libras en billetes las cuales metió en su cartera, y volvióse á reunirse con Urbano.

Se habia acercado á una ventana el jóven bachiller, y desde allí paseaba la vista por la interior de la quinta diciendo entre sí:

—Tal vez en un palacio como este se encuentra Blanca gimiendo ahora mismo.

Llegóse á él Villebelle, y examinó con inquietud hácia que parte se dirigian las miradas de Urbano: tranquilizóse empero á causa que desde aquella ventana era imposible descubrir el cuarto de Blanca; cuyas luces no caian al patio.

—Al considerar lo que dicho me habeis, dijo Villebelle he recordado ciertas circunstancias..... las cuales pudieran ponerlos sobre la pista de la beldad á quien buscais:

—Ah! señor dignaos decirme...

—El marqués de Chavagnac ha conseguido una ruin fama con motivo de sus raptos. Acaba de salir súbitamente de Paris, y se supone que su ausencia la ha causado una aventura de esta jaez.

—Ah ese es quien me ha robado á mi Blanca!

—Cuidado! que no os digo nada de cierto.

—¿Y se puede saber en cual casa de campo se encuentra ahora?

—No se quedó en Francia, ha tomado el camino de Italia.

—De Italia! pues allá voy á ir tambien yo.

—Tomad esta cartera, como una pequeña muestra de mi aprecio, y no economiceis lo que ella contiene.

—Señor: no sé si debo...

—Creed á un hombre de experiencia: con el oro se ganan las dueñas, se seduce á los carceleros... se superan los obstáculos.

—Entonces será á vos á quien deberé mi felicidad. Ah! señor, no sé de que modo espresaros mi gratitud.

—Id con Dios, Urbano; recorred la Italia; y ojalá que en ella encontreis vuestra dicha.

—Quiso el jòven bachiller manifestar de nuevo al señoron toda su gratitud, pero este se sus-trajo á las espresiones de su reconocimiento, deseándole feliz viage, y llamó á German para que acompañase á Urbano hasta la puerta de la quinta.

Apenas salió el jòven amante del cuarto del marqués, cuando Villebelle mandó á Tonquet siguiese de lejos los pasos de Urbano, y no vol-viese hasta que estuviera el bachiller á buena distancia de Sarcus.

Alejóse Urbano, transido de reconocimiento para con el marqués, y no obstante al trasponer la gran puerta, esperimentó una tristeza cuya causa ignoraba; causábale pesadumbre el dejar la quinta, y volvióse con el objeto de dirigir una últi-

ma mirada á las antiguas torrecillas de Sarcus.

Absorto en estos pensamientos, seguía caminando paso á paso por la primera vereda que se le había ofrecido, vivamente conmovido del acogimiento que en la quinta recibiera. Esperaba, merced á su bienhechor, hallarse pronto en Italia convencido de que el raptor de su Bianca era el marqués de Chavagnac.

Hallábase ya Urbano bien lejos de la quinta, cuando acabando de entrar en un sendero que conducía á la aldea, el grito de «poco á poco, soó, poco á poco» le hizo levantar la cabeza. Advirtió delante de sí á un hombre á caballo, pero el jinete dirigía tan mal su corcel, que el animal, en vez de ir adelante, se veía atravesado en el camino, con la cabeza clavada en un matojo.

—Voto á San Bacéfalo! si querrás volverte? animal testarudo; cuidado que en vez de la espuela no te meta yo por los hijares á [Rolanda... poco á poco, que diantre! este caballo es espantadizo... vos sois quien lo asustais.

El aspecto y la voz del jinete llamaron desde luego la atención de Urbano, quien reconoció en aquella figurilla al hombre que le diera la cita en la puerta de Montmartre. Chaudoreille, después de su encuentro con el barbero, solo había pensado en huir de la quinta, y sin consultar á Julia, quien habría de oponerse á su resolución, aguardó hasta que al día siguiente saliese de la posada la jóven y tomando la maleta que contenía el equipage y dinero de su compañera, había hecho que le ensillaran uno de los caballos, só pretexto de pasearse por los alrededores y se pu-

so en ruta á fin de huir á pais extranjero.

El fugitivo, sin embargo, era un malísimo ginete, aunque desde su romería á Sarcus figurábase que era el primer caballista de Francia. Agarado con toda su fuerza á la brida, de miedo que su rocin no se le desbocase, habia echado una hora en andar medio cuarto de legua, y ya comenzaba á creer que viajando de aquel modo no caminaría demasiado vivo, cuando Urbano lo encontró en la vereda, donde se le habia plantado el caballo.

Gozoso el joven bachiller de haber vuelto á dar con el hombre, quien le prometiera decirle como se llamaba el raptor de Blanca, dió un grito de gozo y allegóse corriendo á Chaudoreille. El súbito ruido, y la brusca aproximacion de Urbano, asombraron al rocin el cual con un bote de carnero, despidió por encima de las orejas á su ginete lanzándole seis pasos de allí sobre un monton de ortigas.

—De esta hecha no me queda hueso sano, gritó el valenton, al caer: acorrió Urbano á enderezarle, pidiéndole mil perdones; mas afortunadamente el caballero no llevó otro daño que su susto, y mientras se palpaba todo el cuerpo tambien examinaba su colutor, quien le decia una y mil veces.

—Yo soy el amante de Blanca; ved en mí aquel joven á quien encontrasteis aquella noche y al que disteis la cita junto á la puerta de Motmartre.

—Eso es muy cierto... ahora tambien os reconozco yo, ¿mas á qué diantre venirse tan corrien-

do y dando esos espantosos gritos? Esta es la primera vez que ha podido tirarme ningun caballo... tambien este animal es una fiera...

—Ah; señor dignaos cumplir vuestra palabra, dadme á conocer el raptor de Blanca; ahora está en mi poder recompesaros mas de lo que desear pudieseis.

—Chiton, dijo Chandoreille, llevándose á Urbano á un matorral contiguo, que ocultaba la vista de la quinta; jóven imprudente! no habéis tan de recio.

—¿Y por qué no?

—Silencio, os digo... que! ¿os hallais aqui en Sarcus y no conoceis al raptor de vuestra novia?

—No, os lo juro; acabo de implorar la proteccion del marqués de Villebelle, y mereed á ese noble caballero tengo esperanzas...

—Canastos, amigo mio, ahora si que escampa de veras... escuchadme, jóven; me interesais infinito... Voy á ponerme en obsequio vuestro; pero cuidado que me habeis prometido una brillante recompensa.

—Ved ahi: tomad este oro... estos billetes... y hablad por fin.

—El raptor de vuestra amada no es otro que el marqués de Villebelle.

—El marqués!

—Toma! que si; y la chica á quien amais tanto se halla ahora en esa quinta de Sarcus.

—No, eso no puede ser posible. Vos me engañais! el marqués acaba ahora mismo de colmar-me de beneficios.

—Para mejor alejar de vos toda sospecha. Ah!

voto á Mercurio! que niño sois aun; os repito que Blanca está encerrada en ese palacio de campo, y que el barbero...

—Está aquí dijo una voz terrible que salió de detrás de una mata, y al mismo tiempo apartándose el follage, mostróse el barbero Tonquet, á los asombrados ojos de Urbano, mientras Chaudoreille, perdiendo las piernas con tan súbita é inesperada aparicion, rodó entre las ortigas, diciendo entre dientes:

—Es el diablo...

—Ese miserable no os lo ha dicho todo, señor Urbano, dijo el barbero: só pretestó de servirnos no os he hecho sino una revelacion á medias. Quiero por mi parte, que sepais los muchos favores que le debeis. Ibais á casaros con Blanca, y nada obstaba á vuestro himeneo; el marqués no habia oido hablar en su vida acerca de la jóven á la cual oculté siempre de su vista, pues que preví desde el principio á que escesos pudiera conducirle; pero Chaudoreille, en despecho de sus promesas, hizo al marqués el retrato mas seductor de vuestra amada, dióle á entender vuestro cercano casamiento; en fin á él tan solo debeis el rapto de Blanca, y la pérdida de vuestra felicidad. Responde, bribon ¿no es verdad?

—No puedo negarlo... contestó el caballero medio muerto de susto... sin embargo... la circunstancia...

—Infame; gritó Urbano transportado de furor; tu eres el causante de todos mis padecimientos... defiendete... Por tu muerte vá á comenzar mi venganza.

Urbano llevaba espada cuando iba de camino, desnudóla y adelantóse hácia Chaudoreille. Pero las palabras *por tu muerte*; y la vista de la desnuda arma devolvieron las piernas al hombrecillo. Saltando por encima de las matas, y abandonando su capa que le estorbaba para huir, echó á correr á todo escape, seguido de Urbano, quien no cesaba de amenazarle con su estoque, mientras el barbero, montándose en el caballo de Chaudoreille, volvióse á galope á la quinta.

El valenton, quien cree sentir que la punta de la espada de Urbano le pica las espaldas, redobla su premura; pero el jóven bachiller, animado por el deseo de vengarse, está ya próximo á cojerle; solo dista de él algunos veinte pasos cuando entraron ambos en la aldea. Un hombre hayendo y seguido de otro espada en mano, es un espectáculo que atrae las miradas de todos.

—A un lado! á un lado! gritaba Chaudoreille, mientras Urbano decia tambien á voces.

—Detened á ese infame.

El posadero que se hallaba asomado á la puerta de su casa dijo:

—Vaya un lance, pues no es ese el señor Malek-al-chiras, maestro de Castañuelas.

Entróse el fugitivo en la primera casa, cuya puerta halló abierta. Era la de una vieja y rica viuda. Subió las escaleras Chaudoreille, y habiendo llegado al primer piso advirtió que una puerta tenía la llave en la cerradura; abrióla, y echó el cerrojo por dentro.

Mientras hacia esta maniobra gritaba una voz:

—Caballero! ¿qué estais haciendo? aquí no se entra; no estoy visible todavía!

Era la vieja viuda quien precisamente se hallaba poniéndose una camisa limpia en el momento que como un desesperado se arrojaba el valentón á su alcoba.

Nada le responde Chaudoreille, quien solo vé y oye los pasos de Urbano.

—Caballero, me estoy vistiendo...

—Aced lo que gustéis, dijo él por fin, yo no os estorbo.

—Salid de aquí, señor.

—Yo salir... voto à Misis! me guardaré muy bien... ¿con que anhela is mi muerte? Viene persiguiéndome un hombre que se ha empeñado en que yo me bata con él.

—Batios en hora buena... ¿qué no podeis defenderos?

—Yo no me defiende sino cuando nadie me ataca.

—¿Y á qué pues os sirve esa espada, señor?

—¿Qué os importa eso?... ah! virgen de Paris... ya le oigo...

En efecto, Urbano habia descubierto la huronera de Chaudoreille, y comenzó á aporrear la puerta mandando que le abriera al instante.

—Responded que no hay nadie, dijo Chaudoreille á la viuda, y con eso le salvareis la vida al hombre mas amable de Europa.

Por lo contrario la vieja comenzó á decir á gritos:

—Aquí está, pero se ha encerrado conmigo, y quitado la llave de la puerta!

—Bueno: vamos á echarla abajo si ese miserable rehusase abrir.

A todo esto buscaba un escondrijo el valenton; pero la vieja podría venderle al instante: por fin registrando con los ojillos el cañon de la chimenea, y no viendo á mano mejor salida, corrió á él y comenzó á trepar con toda la ligereza de una ardilla. Ya la puerta se habia violentado, y entró en la habitacion el jóven bachiller, seguido de las gentes del lugar. Ya desapareciera Chaudoreille pero la vieja viuda indicó el sitio por donde se habia fugado. Volvieron todos á bajar al patio desde donde vieron al caballero corriendo por el ala del tejado y procurando ganar la casa contigua. El camino uada tenia de seguro, pero el temor de batirse parecia haber cegado á Chaudoreille sobre los demas peligros. Ya tocaba su pié el tejado vecino... llevaba nuestro valiente desnuda su Rolanda, la que asida por la punta le servia para sondar el terreno... Ya iba á ganar una casa desde donde esperaba saltar al campo y de evadir la persecucion, cuando los gritos de los aldeanos le hicieron creer que se hallaba perseguido: volviendo la cabeza para asegurarse de si Urbano venia detras, perdió el equilibrio con el movimiento, y resbalándose desapareció... Todos acorrieron al lugar de su caida. El descendiente de Milon habia caido sobre un arriate de colinabos, pero no habiendo soltado de la mano á su Rolanda, se habia atravesado con su larga oja por medio del cuerpo. Así acabó el prudente Chaudoreille solo por evitar un desafio.

CAPITULO XVI Y ULTIMO.



*Relacion de Julia; lo que contenia
la cartera.*

EL barbero, al separarse de Urbano, apretó su caballo á fin de noticiar al marqués sobre lo que acababa de pasar. Llegó á la quinta, y subió corriendo al cuarto de Villebelle á quien contó su encuentro con Chaudoreille y Urbano.

—Conque, sabe el muchacho que yo soy quien le engañé, que soy el raptor de Blanca, dijo el señorón; cuan vil deberé aparecer á sus ojos!

—¿Y que os importa la opinion de ese niño. señor marqués, lo que mas interesa es impedir que

pueda introducirse en el aposento de Blanca, cosa muy difícil por cierto. Ahora que sabe hallarse ella en esta quinta, se valdrá de mil estratagemas para meterse en ella. El amor le hará capaz de cualquiera cosa.

—No: un niño no ha de robarme la mujer á quien adoro.

—Si viniere como estoy seguro de que lo hará, á pedirnos una satisfacción... no supongo que esquivareis el combate; en el hecho será ese el mejor arbitrio de desembarazaros de semejante rival con vuestra sangre fría, y vuestra habilidad en manejar las armas, fácil os será vencer á un hombre á quien ciega el furor.

—Desgraciado, ¿quieres que me bañe en la sangre de un niño? No... asaz culpable me encuentro ya! ¿pero quien me impide que deje á Sarcus, que trasponga á Blanca donde su amante jamás podrá dar con ella. Sí; partiremos esta noche misma, y nos trasladaremos á país extranjero.

Vé al momento en busca de German, y cuida que los preparativos se hagan con el mas profundo secreto; solo avisaremos á Blanca en el instante de la partida. Dejaremos la quinta á media noche. Por este medio haré que Urbano pierda para siempre hasta el último vestigio de Blanca.

—Efectivamente, señor, esa idea es excelente, pero Julia...

—Ahora no se trata de ella; tambien este viaje me desembarazará de sus importunidades. Anda y disponlo todo para esta noche.

Dióse prisa Touquet para hacer que se ejecutasen las órdenes del señorón. Ya era muy tarde,

y poco tiempo le quedaba á Villebelle para hacer los preparativos de su viage, y el cual presumia debiera ser de larga duracion. Mientras mas en ello reflexionaba, mas se aplaudia interiormente. Juzgó que Blanca encontraria por donde quiera en el extranjero distracciones que le harian olvidar á cuantas personas hubiese dejado en Francia; lisonjeábale en fin la idea de ver muy en breve colmados todos sus deseos.

Las once de la noche acababan de dar.

El tiempo estaba hermoso, y todo dispuesto para la partida. Cuatro caballos frescos y briosos se hallaban uncidos para arrastrar el coche de camino del marqués. Este se encontraba todavia en su cuarto ocupado en escribir algunas cartas dirigidas á sus mayordomos y á algunos amigos íntimos en Paris; á su lado estaba el barbero, al cual daba sus últimas intrucciones, encargándole, toda vez que viese de nuevo á Urbano, le aconsejase olvidará á una muger que jamás seria suya, y disfrutase de la brillante fortuna que habian puesto á su disposicion.

Oia tranquilamente Touquet lo que su patrono le decia; sus ojos contemplaban ávidos el oro y las letras de cambio que estaban sobre el bufete, al lado de un par de pistolas. Al cabo de algunos minutos, iba ya Villebelle á decir á Maria llamase á Blanca, cuando la puerta de la habitacion se abrió dequedito. El marqués sorprendido de que algúien se atreviera á introducirse tan á deshora en su estancia, levantó los ojos, y conoció que era Julia quien acababa de entrar cubierta de una apa negra.

—Ya está aquí esta muger otra vez! exclamó Villebelle, mientras volviendo Touquet la cara se quedó estático al ver delante de sí á la joven Italiana.

—Tranquilizaos, señor, dijo Julia, entornando la puerta, esta visita será la última que os haré en mi vida.

—¿Y por qué medio habeis penetrado hasta aquí?... que buskais?... hablad!.. daos prisa á responder... ó recelad que haga castigar vuestra estraña conducta.

—Nada recelo ni temo, señor. Poco importa el arbitrio de que yo me haya valido á fin de penetrar hasta acá, pues os encuentro con vuestro confidente, y esto es lo que yo buscaba. Dignaos escucharme con atencion. Lo que voy á deciros mudará todas vuestras resoluciones, estoy bien cierta, y no tendrá lugar vuestra partida.

El estraño tono de Julia, su inesperada aparicion, tan á deshora, inspiraron á Villebelle una curiosidad mezclada con un secreto terror. Hizo señas á la jóven Italiana para que prosiguiese hablando. Sentóse esta entre el marqués y el barbero, que aguardaban con impaciencia su esplicacion, y despues de haberles mirado por algun tiempo con espresion singularísima, comenzó así su relato.

—Preciso es ante todo, señor marqués, que sepais que soy hija de un sugeto llamado *Cesar Perditor* el cual pasaba por hechicero á los ojos de los espíritus vulgares, y cuya reputacion á tal grado acreciera que tuvo que ausentarse de Paris á fin de evitar la muerte, ó cuando menos una prision perpetua en la mazmorras de las Bastilla.

—Cesar! Si, me acuerdo de haber oído hablar de ese famoso hechicero, dijo el marqués.... Si no me engaño, celebraba sus conferencias en una cueva cerca de Gentilly.

—Si, señor, y allí acudió, con el objeto de consultarle, cierto anciano cuya hija acababais de robar vos mismo.. y á quien habiais herido con vuestra espada... Llamábase Delmar aquel infeliz; y era padre de Estrella.

—De Estrella?

—Precisamente, señor; el anciano Delmar contó á mi padre las cuitas, suplicándole le proporcionara medios para vengarse de vos; mas á pesar de toda su ciencia hubiérale costado á Cesar infinito trabajo satisfacer al viejo, si, al recibir la confianzas de muchos señorones de alto vuelo, no hubiera sabido adonde estaba situado vuestro casino, y el parage donde teniais oculta á la jóven Estrella: dijosele al anciano, y consiguió este arrancar de vuestras manos á su hija.

—Que! ¿fué su padre quien la robó del asilo donde la tenia yo guardada? dijo con sorpresa el marqués, quien parecia interesarse mas y mas á cada momento con la relacion de Julia. ¿Y cual fué el paradero de esta?

—Poco á poco señor... lo sabreis luego que me permitais proseguir. El viejo Delmar habia vuelto á ver entre sus brazos á su hija; pero vos la habiais deshonorado, y esta aventura hizo demasiado ruido para que él pudiese quedarse en la ciudad de vuestra residencia. Tenia algunos bienes el anciano; vendiéndolos todos, realizó su caudal, y despues de haber recompensado á mi padre por el

servicio que le hiciera, llevóse á su hija Estrella al corazón de la Lorena. Allí fué donde la jóven dió á luz el fruto de sus entrañas.

—Gran Dios!..... ¿era madre?... ¿podría ser?... Estrella me habia hecho padre!..... Ah! Julia, por piedad! concluid vuestra relacion.

La Italiana pareció por algunos momentos gozarse en las ansias del marqués; en seguida enhebró así su discurso.

—Fué en aquella época, cuando mi padre se vió precisado á salir huyendo de Paris, para evitar que le prendieran, y se hizo correr la voz de que habia precedido en uno de los calabozos de la Bastilla. Pero ya habia juntado medios de subsistencia y cansado del destino peligroso que habia egercido, solo pensó en vivir con descanso. Entonces me hallaba yo en Italia, pais de mi cuna; mi padre fué allá á buscarme y me llevó de regreso á Francia, cuyo clima le gustaba infinito.

No pudiendo volver á Paris, donde le hubieran conocido al instante, establecióse mi padre en las cercanias de Nancy. En aquellos sitios, volvió á ver al anciano Delmar y á su cuitada hija, criando con profundo misterio á la criatura, á quien solo ruborizándose se atrevia á darle el dulce nombre de madre; allí hizo conocimiento con un pobre labrador, reducido á la miseria por lamala conducta de su hijo; ente miserable, quien, despues de haber cometido una bajeza en el pais de su cuna, se huyera de la casa paterna, despojando á sus padres de cuanto tenían y dejándoles sumergidos en la mas profunda miseria.

—La historia de ese hombre no puede tener

conexión ninguna con la criatura de Estrella, dijo impaciente el marqués; por Dios Julia acabad vuestro relato.

—Perdonadme señor marqués, esta parte de él es mas interesante de lo que juzgais, pues que interesa sobremanera á vuestro digno confidente. El señor Touquet habrá ya reconocido á su padre en el pobre labrador de quien acabo de hablaros.

El barbero que habia prestado suma atención á las últimas palabras de Julia, exclamó al instante:

—¿Qué será ese mi padre?... portéme muy mal con él: hizome el amor del oro cometí faltas infinitas, pero siempre ha sido mi intención repararlas .. y si es tiempo aun...

—No: ya es demasiado tarde! dijo Julia lanzando al barbero una mirada aterradora!

—¿Habrá muerto, pues?

Guardó silencio la jóven Italiana, y el marqués, se levanto bruscamente diciendo:

—Pues bien, muger cruel; ¿no habreis gozado ya suficientemente de mis tormentos? ¿cuando pensais terminarlos?

—Ambos estais impacientes, dijo ella, haciendo aparecer en sus labios una amarga sonrisa. Ahora me queda muy poco que comunicaros. El viejo Touquet preguntó á mi padre si en sus viajes habia oido hablar de su hijo... Mi padre no pudo darle una respuesta satisfactoria. No tardamos en establecernos en una aldea cerca de Amiens; alli viví hasta la edad de quince años, cuando habiendo muerto mi padre, vine á Paris y entré en un obrador de costura como simple menestra-

la. Habíame dejado mi padre por única herencia, un manuscrito, en el cual habíase entretenido en escribir las aventuras mas curiosas de su vida y las historias secretas de las personas con quienes habia tratado. Ved ahí, señor marqués, como llegó á mi noticia el rapto de la pobre Estrella, y fué tambien recorriendo los apuntes de mi padre como supe el modo conque Touquet se habia conducido hácia aquellos que el ser le dieran...

—¿Y eso es todo lo que sabeis? dijo el señorón. ¿nada habeis descubierto despues acerca de Estrella y de su criatura?

—Hace poco tiempo, señor, que nada mas sabia; una casualidad, sin embargo, me ha puesto al corriente de cuanto conoecer deseais; y debo agradecersele á la visita que hice á este barbero, pues fué en su casa donde encontré la llave maestra de todo este misterioso negociado.

—¿En mi casa? dijo Touquet mirando con sorpresa á Julia.

—Si, en tu casa,... en el gabinete oculto detras de la alcoba de la difunta Margarita.

Púsose á temblar el barbero, mas pálido que las pajuelas, y dijo con voz cortada:

—Habeis entrado en ese gabinete... pero..... si alli nada habia... no... bien seguro estoy...

—Te engañas; pues descolocando por casualidad un cofre, que habia en el suelo, hallé esta cartera que probablemente habia escondido alli la persona que alejaste, y la cual, no sabiendo donde depositar sus papeles, unos documentos tan importantes, juzgaria conveniente colocarlos en aquel

parage secreto, á fin de tenerlos en seguridad todo el tiempo que tu casa habitase.

—Miró aterrorizado el barbero la carcomida cartera, que sacó Julia de bajo de su capa, mientras decia el marqués:

—¿Serán procedentes esos papeles del padre de Blanca?

—En efecto pertenecian á la persona que llevó á esa jóven en casa del barbero; Señor, leed primero este.

—Entregó Julia una carta á Villebelle, quien lanzó un grito de sorpresa, al repasar lo que sigue:

»Fé de bautismo de Blanca, hija de Estrella Delmar«

—Ah! Dios mío! gritó el marqués con sobresalto; ¿será posible?

—Tomad, señor; ¿conoceis la letra de Estrella?

—Si, esta es; la misma... bien la conozco.

El marqués tomó la carta, y leyó ansioso:

»Conozco que voy á morir; pero á lo menos mi padre me ha perdonado. Habíame prohibido que hiciera conocer la existencia de Blanca á su padre, y mientras vivió he respetado sus órdenes; pero ya no existe él, y yo voy á seguirle á la tumba. Villebelle, Blanca es vuestra hija, y fruto de nuestros amores. Adios quedad. Amadla mas que amasteis á su madre: yo os perdono.

Estrella Delmar.

—Oh Blanca! ó hija mia! gritaba el marqués abandonándose alternativamente á su gozo y á sus remordimientos. Yo soy tu padre, y he causado tu desdicha!

—Acabad la carta, señor; dijo Julia, aun queda cierta cosa que respeta á este vuestro digno confidente.

Vió el marqués otras líneas añadidas por la mano de Estrella, las cuales decian como sigue:

«No me queda pariente ninguno ya; mi hija os será presentada por un digno amigo, en el cual tengo toda confianza, y pasa á París bajo un nombre supuesto á fin de hacer algunas investigaciones acerca de un hijo suyo que le deshonorará. A él confió la fortuna que dejó á Blanca; mi hija ya no necesita mas que la proteccion de su padre, pero si este se negase á dispensarsela, el anciano Touquet haria sus veces.»

—Touquet!..... exclamó el marqués mirando de hito en hito al barbero. Cual si un rayo le hubiera herido, echó este una mirada á la carta, un sudor frio comenzó á bañar su frente y no pudo pronunciar una sola palabra.

—Si, dijo Julia, si; perverso! tu padre fué quien se apeó en tu casa acompañando á Blanca, que conducia al marqués. Habia tomado el nombre de Moranval, sin duda para estar mas á mano de recibir en Paris informes de su hijo. Quizas tambien supiese, al alojarse en tu posada, que se hallaba en casa de su desnaturalizado hijo. Responde, miserable, ¿qué trato diste á aquel viagero?

—No me preguntéis... dijo Touquet andando por la habitacion con pasos descompuestos... Soy un monstruo! para apoderarme de su oro... me atrevi... ah! huid de mi! yo asesiné á mi padre!

—Y por espacio de diez años me has privado de mi hija! exclamó el marqués, alejándose horro-

rizado del barbero... tu ibas á hacerme el mas culpable de los hombres... tus horribles consejos me arrastraban al crimen. Toma, facineroso, recibe el premio de todas tus iniquidades.

—Empuñó el marqués una de las pistolas que estaban sobre su gaveta, y apuntando á Touquet, tiró del gatillo; Julia con la mayor frialdad vió al barbero caer muerto á sus pies.

—Esa muerte es todavía demasiado dulce para ti, dijo el marqués; pero, gracias al cielo, no he cometido el mas abominable de todos los atentados. Oh, Blanca querida, tu eres mi hija. Ved ahí la causa del secreto presentimiento que le hablaba en mi favor. Ah! haciendo tu felicidad será como yo te haga olvidar mi indigno amor. En adelante un padre cariñoso te estrechará entre sus brazos.

Fuera de sí el marqués, salió corriendo de su cuarto seguido de Julia, y atravesó de un vuelo la distancia que le separaba de la torrecilla donde Blanca habitaba. Al acercarse, su voz hacia retro-nar los ecos. Villebelle llamaba á gritos á su hija Blanca.

Llegaron á la puerta de la habitacion, pero encontráronla cerrada por adentro; el marqués no habia llevado consigo sus llaves maestras, y tuvo que llamar con redoblados golpes, al mismo tiempo suplicando á Blanca franquease la entrada. Nadie contestó, pero muy pronto un ruido bastante fuerte hirió los oídos del Villebelle, y pareció causado por la caída de algun objeto en las aguas del lago.

Esperimentó el señoron un sentimiento que no pudo definir; llamó corriendo á German, hizo que

le diese las llaves, y penetró por fin en el aposento de Blanca. Estaba solitaria la habitacion, y todo parecia anunciar que la jóven no se habia acostado; pero una de las ventanas que caia al lago estaba abierta de par en par. Impelido por un secreto presentimiento, corrió el marqués al balcon, y dirigiendo la vista hácia las aguas, gritó de nuevo:

—Blanca! Blanca! hija mia!

Nadie le contestó; mas de cuando en cuando se asomaba un grueso bulto á la superficie del agua, y parecia moverse aun.

—Ella es! vociferó Villebelle, y se precipitó en el lago.

En efecto, era la desgraciada Blanca, quien despues de la escena de la noche precedente, recelosa á cada instante de alguna nueva empresa del marqués, no habia gozado un instante de reposo. Temiendo que la sorprendiese el sueño, no se habia acostado, y velaba trémula, creyendo á cada instante que su raptor iba á introducirse de nuevo en su cuarto. Hallábase Blanca decidida á morir antes que dejar de ser digna de su Urbano. Al oir que unos pasos precipitados se acercaban á su puerta, y reconociendo la voz del marqués llamándola con recios gritos, apoderóse de ella el terror mas violento, y no dudando que acorriese Villebelle á poner por obra sus infames designios, habíase precipitado en las aguas, pronunciando aun, el nombre de Urbano.

Nadó el marques hácia el objeto que sobre las aguas columbrára; pero otra persona que se hallaba ya dentro del parque se habia tirado al lago tambien. Era Urbano; quien cierto ya de que su

amada estaba en la quinta, se aprovechó de la oscuridad de la noche para introducirse en los jardines.

Habia oído el bachiller la voz querida de Blanca, pronunciando su nombre; y luego un súbito ruido le hizo dirigir la vista hacia el lago. Voló al socorro de la infelice, con la cual consiguió ganar la ribera, donde tardó pocos instantes en juntársele el marqués, acompañado de Julia y de cuantos criados habia en la casa: atraídos por los gritos de su señor.

Estaba Blanca tendida sobre los céspedes. Urbano, de rodillas á su lado, la llamaba con recias voces, cuando acorrió el marqués, víctima de la desesperacion mas violenta, y precipitóse en el suelo suplicando á Dios le devolviera su hija

—Su hija! exclamaron cuantos le rodeaban.

—Si, dijo Villebelle fijando miradas de desespero en las facciones descoloridas de Blanca... Si, mi hija es!... he causado la desdicha de mi niña... de cuya muerte soy culpable... Ah! yo hubiera dado mi caudal todo por abrazar á la hija de Estrella, por oirla llamarme padre... y á causa de mis pasiones, de mis vicios... me he privado del mayor de los bienes... Oh querida Blanca! vuelve á la vida!... Que antes de espirar pronuncie á lo menos tu boca que me has perdonado!... pero no... ni aun este último consuelo de tener habré; y ella morirá sin haber nombrado á su padre!

Arrojóse el marqués sobre el cuerpo de su hija, que Urbano regaba con sus lágrimas; tomóle á Blanca las manos, y allegándolas á su corazón

procuraba calentar y reanimarlas todavía; pero todos los socorros fueron inútiles... Blanca no podía oír ya ni los gritos de su padre, ni los sollozos de su amador.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE

SEGUNDO TOMO.

<i>Capítulos.</i>	<i>Páginas.</i>
1.º ¿Saldrá ella del aprieto?	5
2.º ¿Quién lo hubiera pensado? . .	16
3.º Instantes de felicidad.	37
4.º Un día de los de Chaudoreille. . .	52
5.º La cena de confianza.	69
6.º Con el oro y el poder todo se llega á obtener.	88
7.º La cita. Golpes de fortuna. El palacio de Borgoña. La silla de manos.	114
8.º ¡Pobre Urbano!	145
9.º La quinta de Sarcus.	149
10 El encuentro. Plande venganza.	177
11 Vuelta al gabinete oscuro. . . .	197
12 La tormenta se cuaja.	211
13 Regreso á la quinta.	226
14 Tentativa nocturna.	241
15 Visita Urbano al marqués. Ultima aventura del valiente Chaudoreille.	257
16 Relacion de Julia. Lo que con- tenia la cartera.	273

7000
2. found in 1 vol

- LU 1
- SXIX
- VAR
- AN
- CAD
- OF 1



